

# Flor del Cuanto







# editorial

## el nombre

Hace tiempo, muchas, como Gloria, llegaron a ser conocidas públicamente como “las reinas del guanto”.

Desde la infancia y a lo largo de la vida, sus cuerpos se fueron formando en las experiencias de desplazamiento rural, marginalidad urbana, violencia ciudadana, tortura institucionalizada... Eran hijas de peregrinos venidos del campo a la ciudad o pequeñas migrantes solitarias, regaladas o vendidas como criadas; muchas fueron prófugas de la violencia de las familias capitalinas, otras más, fugadas de hospicios de buenas pastoras de la infancia perdida. Fueron desertoras del trabajo doméstico maltratante y mal pagado, jóvenes enamoradas de la inmensidad de la calle y de la noche, de los hombres, la aventura. Fueron madres jóvenes de familias contrahechas por el racismo, el empobrecimiento, la misoginia y otras fobias. Fueron buscavidas. No eran mujeres sino mujerzuelas, por eso vivían repudiadas por las ciudadanas y los propietarios, amenazadas y castigadas por la policía, lo jueces y cancerberos. Aunque en ciudades como Quito no había espacio para ellas, optaron por seguir viviendo.

No eran consideradas hermosas, no eran mujeres sino mujerzuelas, su belleza ya no era la fragilidad, la domesticidad, la concepción de retoños para garantizar el futuro de la Patria. Eran hermosas de otro modo. Andaban quedito, en calles de mala muerte, en noches de mala vida, en rincones populosos de la ciudad a la luz del día. Andaban con los hijos a cuestras, enseñando a sus hijas a hablar y a cuidar de los otros al mismo tiempo, con sus hombres a cuestras, a pesar de la presencia esporádica y la ausencia cotidiana de ellos. Así inventaron el trabajo informal, y planeaban la apropiación, considerada ilegal, de un pedacito de riqueza.

Corrían los años ochenta, década de intensos sacrificios humanos por las políticas neoliberales, cuando la luz de la escena pública cayó sobre ellas. Seguramente era por esos años, seguramente, porque la memoria es frágil, el tiempo inexacto, la violencia continua, y la piel y las manos y los labios y el andar y la mirada, ya mostraban cicatrices del desarraigo, la lucha, la tortura, la soledad, la angustia, los partos, la picardía, el arrojito. Por esos años, silenciadas pero expuestas a la luz pública, fueron llamadas “las reinas del guanto”. “Falsas prostitutas”, sólo aparentemente dispuestas a ser explotadas sexualmente a cambio de los pocos sucos que valieran sus cuerpos mal vividos. Empuñaban un frasquito de esencia de flor de guanto que, pacientemente, vertían gota a gota, juguetonas, en la bebida a la que invitaban a los que pretendían penetrarlas. Ellos bebían, reían, babeaban, se henchía de sangre su sexo viril, se embobaban, se sentían extraños, caían desplomados, para ser desvalidados por ellas, sin haber consumado el acto.

Flor del guanto. Así nos nombramos muy diferentes hermanas de aquellas que, en la vulnerabilidad extrema, invirtieron las relaciones de poder sexual, transformado lo femenino en fortaleza y en afirmación aleccionadora de la desigualdad.

Así nos nombramos, porque descubrimos que ahí estuvimos todas, unas como “falsas prostitutas”, otra como ciudadanas, unas como mujeres, otras como mujerzuelas. Ahí estuvimos todas sin reconocernos, debido a la profundidad de nuestras diferencias; sin encontrarnos, porque andábamos por caminos aparentemente divergentes, paradójicamente senderos del mismo mundo. Ahora sabemos lo mucho que debemos aprender unas de otras, lo mucho que nos necesitamos para comprender, asumir y trabajar en la transformación del mundo de todas.



Flor del guanto. Así nos nombramos, porque nos sabemos impuras, hijas y actoras jamás neutrales de una sociedad malvada, donde ha llegado a suceder que las más vulnerables han tenido que buscar estrategias de autodefensa, en actos de justicia desesperada, por mano propia, a riesgo de volver a sentir herido el pellejo a manos de la autoridad policial; justicia desesperada, también, por la indiferencia de las ciudadanas, dedicadas a la defensa de sus bienes pocas veces abundantes.

Gloria se murió muy envejecida, pero contaba con poco más de cincuenta años. Algunas nos llenamos de rabia y entendimos de nuevo que nuestro pensamiento feminista debe comprender y afrontar los mecanismos de poder que generan desigualdad, y la complejidad de nuestras identidades, para desarrollarse como acción política radicalmente transformadora. Queremos que nuestro feminismo raje el espacio público para que pueda escucharse y entenderse, realmente comprenderse, la palabra de todas. Buscamos liberar espacios para el conocimiento colectivo del mundo, para la alegría compartida y el despliegue de la creatividad de todas. Las que así nombramos este espacio colectivo, también nos encontramos en la palabra de otras latitudes y así vamos construyendo alianzas y tomando opciones. ¿Por qué optamos por escribir?

¿ Por qué me siento tan obligada a escribir? Porque la escritura me salva de esta complacencia que temo. Porque no tengo otra alternativa. Porque tengo que mantener vivo el espíritu de mi rebeldía y de mi misma. Porque el mundo que creo en la escritura me compensa por lo que el mundo real no me da. Al escribir, pongo el mundo en orden, le doy una agarradera para apoderarme de él. Escribo porque la vida no apacigua mis apetitos ni el hambre. Escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo, para escribir nuevamente los cuentos mal escritos acerca de mí, de ti. Para ser más íntima conmigo misma y contigo. Para descubrirme, preservarme, construirme, para lograr la autonomía. Para dispersar los mitos de que soy una profeta loca o una pobre alma sufriente. Para convencerme a mí misma que soy valiosa y que lo que yo tengo que decir no es un saco de mierda. Para demostrar que sí puedo y sí escribiré, no importan sus admoniciones de lo contrario. Y escribiré sobre lo inmenconable, no importan el grito del censor ni del público. Finalmente, escribo porque temo escribir, pero tengo más miedo de no escribir.

Gloria Anzaldúa

### La revista

Este primer número, es resultado de un proceso colectivo que a su vez se fue gestado por diálogos y movimiento de años entre diversas, aprendiendo en el mundo de cada una, desde la experiencia; conociendo porque aprendimos a dejarnos afectar por el mundo. Es la voz de diálogos entre diversas, con identidades múltiples, situadas, complejas, cruzadas por la clase, la

sexualidad, la etnia y la raza, cruces cuya comprensión es interés fundamental de nuestras reflexiones.

Es en la alianza de historias, de pensamientos, donde nuestra apuesta se ha ido consolidando. Por eso gran parte de las contribuciones de esta revista son resultado de procesos de co-investigación, en los que nos vamos observando y conociendo de las diversas posiciones sociales que ocupamos, nuestras similitudes y diferencias, para alcanzar a comprender la complejidad del mundo. Desde esos procesos de co-investigación, incorporando reflexiones críticas de otras en el Ecuador y de otras partes del mundo, nos involucramos en reuniones periódicas donde el trasegar de cada proceso de búsqueda, de autorreflexión, fue alimentándose y girando en cuestionamientos entrelazados que configuran nuestro desafío. Así, el camino de construcción de los artículos, fue acompañado de reflexiones que compartimos como elementos comunes de cada uno de los procesos vividos, algunos de estos apenas naciendo, otros ya recorridos, pero todos con nuevos desafíos en los que nuestro trabajo se acompasa.En las páginas siguientes, hacemos parte de las historias y reflexiones de mujeres, hombres y raritas que se exponen, que se cuentan hacia fuera, buscando escudriñar en cada una, en el mundo de todas, los gérmenes insurgentes que rompen con las estructuras sociales que nos atrapan.

En este número, partimos desde nuestro lugar más próximo: el cuerpo –para nosotras mismas, para otras y para otros– y la sexualidad; nuestros cuerpos como espacios de decisión, lugar poético y sensual. La construcción de los cuerpos entre la potencia del deseo y el conocimiento que transgrede la norma, en el reconocimiento de los discrímenes, el empobrecimiento selectivo, la diferencia.

Leer esta revista de principio a fin es acompañar, paso a paso, el ritmo, el crecimiento, las posibilidades abiertas por un proceso colectivo que avanza. Abrimos este primer número *A ras del suelo en esta ciudad andina: manifiesto feminista* con el que, hace casi dos años, varios colectivos consolidamos un esfuerzo militante autónomo, que implicó la apertura de la CASA feminista de ROSA en Quito, un espacio público abierto a la iniciativa colectiva. En aquel escrito, nos expusimos y abrimos a la discusión el feminismo que buscamos construir y discutimos el miedo de las izquierdas a los procesos colectivos atravesados por la inteligencia feminista.

Este número avanza a varias voces con las reflexiones (auto)críticas y los procesos de co-investigación que le dan sentido. *Autorretrato con otras*, cuenta la historia de vida de una mujer, que de muchos modos somos varias de las que hace casi dos años nos juntamos, otras más que aquí escribimos y muchas más, signadas por nuestra condición de mujeres mestizas de clase media, en nuestros vínculos con el mundo indígena.

Los cuerpos de *Mujer colonizada*, cuyos contornos podrían encontrarse en las paredes de cualquier calle bonaerense intervenida por el colectivo de arte callejero *Mujeres Públicas*, esos cuerpos, son revisados y profundamente cuestionados, por las que recalcamos *La importancia de redescubrirnos, nuestro cuerpo como territorio*. Cuerpos de mujeres que van siendo trazados sobre el

papel, conocidos, expresados por mujeres negras y mestizas, que nos embarcamos en un proceso de investigación cartográfica de los cuerpos y los espacios donde vivimos.

Compañeras presas, no presas y excarceladas, negras, mulatas, longas, blanco-mestizas, nos volvemos sobre nuestros cuerpos hermanados en la resistencia y el conocimiento del castigo sufrido por los sectores empobrecidos, y desde allí comprendemos y discutimos el Estado Penal y la Revolución Ciudadana que nos confrontan. *Olena vuelve a casa: indulto sin liberación; Diario entre rejas; Crónica de un retorno anunciado: la reincidencia de Teresa* y *¡Qué miedo, ladrona ha de ser!* son el resultado de este nuevo esfuerzo colectivo. Aquí, tomamos la palabra de mujeres que deciden romper el silencio de la sexualidad oprimida de muchos modos; palabra que articula lo personal y lo político *Hablando de aborto*, al encontrarse en los placeres del cuerpo colectivo que confronta el gobierno de la moral sexual.

*La masturbación femenina, experiencia auto-erótica para la liberación de la opresión sexual*, estira la reflexión sobre la autoconstrucción de nosotras en diálogo con nuestro cuerpo para reconocer los poderes de la autonomía sensual, vital de nosotras, hasta alcanzar *Lo erótico como poder*, a través de una voz feminista, negra, lesbiana, norteamericana, con la que tejemos una alianza con hilos largos.

Hilos, que nos vinculan en la discusión de la *La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana*, reflexión feminista, lesbiana, norteamericana, que entiende nuevas posibilidades de pensarnos, estar juntas, sentirnos cerca, en medio de la diversidad sexual que atraviesa el mundo de nosotras.

*La construcción de los cuerpos* diversos, la evidencia de que ser hombres y mujeres es una construcción social, estalla la discusión sobre la diversidad, a través de las voces singulares y

colectivas de quienes trans-forman sus cuerpos a fuerza de deseo.

*Manifiesto (hablo por mi diferencia)*, con acento chileno, amaricona esta revista, y discute con una lucidez incisiva la militancia de izquierda, hasta amariconarla también. Hasta que la diferencia se lanza como acción callejera, interpelante, en forma de *Arte y radicalidad en la lucha contra la discriminación. Las Tupis, una experiencia de interferencia político-sexual*, de regias locas limeñas.

No cabe duda de que estas discusiones implican a nuestros compañeros, que entienden, como nosotras, la importancia de discutir la masculinidad opresiva, por eso nos entregan aquí las reflexiones *Sobre el taller de masculinidades*, activado en Quito.

La sociedad patriarcal, la opresión sexual, la violencia doméstica del Estado que conocemos, discutimos y confrontamos, tiene que ver también con *El incesto: del silencio verdugo al testimonio victimario. El caso de las niñas y niños en el proceso penal ecuatoriano*, sobre el que abrimos la discusión.

El conocimiento profundo y lúcido de otros aspectos de la violencia social, sexual, de Estado, nos llega de la mano de compañeras trabajadoras sexuales de El Oro, con quienes salimos *A la calle. Recorrido por la explotación sexual y las burlas patriarcales*, pero también por la lucha organizada. Así nos acercamos a la comprensión de la misoginia institucionalizada, del *Estado Patriarcal y Estado proxeneta: la puta no tiene clientes, tiene prostituyentes*, es una reflexión fundamental que, con acento boliviano, nos invita a repensar nuestra militancia feminista y de izquierda.

Cerramos este número con las *Memorias feministas del neopopulismo o De pasada por la Constituyente*. En este punto, quien haya leído el cuerpo de la revista habrá conocido varios argumentos y colectivos, que decidimos participar del proceso constituyente, y que ofrecemos en estas líneas una reflexión sobre la coyuntura en la que nos movemos en el Ecuador.

Índice	FLOR DEL GUANTO #1
6	<b>Manifiesto feminista.</b> A ras del suelo en esta ciudad andinda
10	<b>Autorretratos con otras</b>
	• <b>Mujer Colonizada</b>
16	<b>La importancia de redescubrirnos.</b> Nuestro cuerpo como territorio
26	<b>Sara vuelve a casa.</b> Indulto sin liberación
30	<b>Diario entre rejas</b>
32	<b>Crónica de un retorno anunciado.</b> La reincidencia de Teresa
36	<b>¡Qué miedo, ladrona ha de ser!</b>
38	<b>Hablando de aborto.</b> Coalición por la despenalización del aborto
44	<b>Masturbación femenina.</b> Experiencia auto-erótica para la liberación de la opresión sexual
48	<b>Usos de lo erótico.</b> Lo erótico como poder
52	<b>Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana</b>
56	<b>La construcción de los cuerpos</b>
60	<b>Manifiesto “Hablo por midiferencia”</b>
62	<b>Arte y radicalidad en la lucha contra la discriminación.</b> Las Tupis, una experiencia de interferencia político-sexual
64	<b>Sobre el taller de masculinidades</b>
68	<b>Incesto.</b> Del silencio verdugo al testimonio victimario
72	<b>A la calle.</b> Recorrido por la explotación sexual y las burlas patriarcales
78	<b>Estado patriarcal y Estado proxeneta.</b> La puta no tiene clientes, tiene prostituyentes
80	<b>Memorias feministas del neo-populismo.</b> De pasada por la Asamblea Nacional Constituyente



**a ras del suelo en esta ciudad andina**

# manifiesto Feminista

asamblea de la CASA feminista de ROSA

**No tuve tiempo de prepararme para lo que creía que nunca me pasaría a mí, solo a otras. Lo que sentía no tenía nombre, de ello solo conocía los nudos en la garganta, el vacío en el estómago, las manos cerradas, el miedo anudado al miedo... si de sentirlo paso a pensarlo y le doy nombre, todo se destruirá, dirán que me lo inventé o que lo estoy exagerando, que me lo busqué, que lo provoqué... todo se va a romper... la casa se va a caer.**

**Rosa Zorrilla. Muerta por mala práctica médica en un aborto clandestino el 12 de mayo de 2007. Sin haber amado.**

**I**ndialogantes, embrutecidas, agresivas, insanas, vaginíticas, anacrónicas, imposibles, antidemocráticas, manipuladoras, sometedoras y sometidas, feminazis... ronronean las voces que de soslayo socializan el descrédito y establecen un juicio despectivo, rotundo, sobre nosotras. El ruido nos llega de todas partes, de las ausencias que no se explican, de los silencios que no son neutros, de lo que se dice que se dijo, pero de nadie que hable de frente. Así, persistente, invisible, oblicua, ha sido la violencia política contra nosotras, mujeres feministas: voces incómodas, insolentes ante el sentido común de la superioridad masculina.

Que las mujeres sufren violencia específica, así, en tercera persona, con marcas de clase y etnia subalternas; que sufren violencia horizontal, en su cama, en su entrega, a manos de los hombres de sus vidas, atadas a sus figuras de amante, esposa y madre, hasta en la huida de la migración económica; violencia vertical, sobre el cuerpo, con hijos a cuestas, esclavizadas en floricultoras, presas, en la reinención permanente del trabajo informal, nadie lo duda, mucho menos la joven izquierda de esta ciudad. Ciudad andina-mirada selectiva que reconoce tonos, marcas, cicatrices, empobrecimientos, cada rasgo de esos rostros imprescindibles para quienes con ellas se solidarizan. Mirada selectiva-círculos de radicalidad hacia la izquierda, círculos que sobre sí mismos no dudan: “¿sexismo?, ¡prueba superada!”

Bajo esta cómoda perspectiva, la violencia es siempre y sólo un acto brutal del que estamos liberadas las mujeres de la clase media culta y progresista, porque una cosa son los chistes fáciles contra las mujeres o los maricones, olvidar lavar los platos o mostrarse desagradados sin mala intención, y otra cosa, muy diferente, es la violencia machista. ¿Cómo podría haber violencia machista en los colectivos de izquierda, cuando hablamos de compañeros comprometidos, artistas e intelectuales, inteligentes y rebeldes que luchan contra el capitalismo salvaje y que, por supuesto, poseen conciencia de género? ¿Quién puede poner en cuestión la iniciativa de los compañeros de izquierda, cuando su carismático estilo encubre cualquier rasgo de autoritarismo y sexismo? ¿Quién puede atreverse a cuestionar su sensibilidad y conciencia de género, sin perder “objetividad” o caer en el “separatismo”? ¿Quién puede hacerlo sin cruzar la línea que separa a las mujeres sensatas y racionales de las “extremistas”, “totalitarias” y “resentidas”? ¿Qué implica hablar desde nuestra experiencia sentida y desde la crítica a nuestros espacios colectivos?

Cuando nosotras, mujeres de clases medias, militantes de izquierda, hablamos desde nuestras propias historias provocamos molestia, incomodidad y hasta repudio. En nuestra

Casa Colectiva, espacio de resistencia antipcapitalista, la armonía desapareció; el chiste fácil se transformó en mordaz bufonada que divertía porque ridiculizaba, nos banalizaba; el desagrado se transformó en diagnóstico: ¡vaginitis!, patologización de nuestra voz política; el liderazgo carismático se transformó en profunda hostilidad grupal, miradas de sanción, ¡noches de graffiti dedicadas a la firma de misoginias en nuestro nombre, para rompernos antes que al capitalismo transnacional!, el desprestigio reapareció como agresión tradicional contra las mujeres, violencia oblicua, ni una palabra de frente, ¡visitas inesperadas de saqueo de lo que un día fue nuestro!, ¡miradas que no han visto, en un pacto gemelo al del silencio incómodo que se guarda ante un vecino y su mujer con el ojo amoratado!... hasta hacernos dudar de nuestra inteligencia... hasta repletarnos de ganas de abandonar la “arena” política.

La nuestra es la historia de muchísimas, no es el relato de la violencia excepcional sino el de la agresión corriente y cotidiana. Historia de violencias domésticas, casa adentro, malestar en la cama, en la calle donde nos dicen que ocurre lo que nos buscamos, en la intimidad de la propia organización, mal-estar en su palabra compartida. La nuestra es la historia de todas, el arte de hacer equilibrismo, el deber de reconciliarnos permanente con la dominación masculina. Todas tenemos una historia de violencia vivida que contar, una y muchas historias de cuya comprensión se nos ha privado, inculcándonos el silencio para seguir siendo parte de este pequeño mundo como mujeres accesibles, inteligentes, sanas en su desmemoria.

Nosotras hablamos desde casa adentro, tendemos los trapos sucios al sol, no para destruir al Movimiento sino para renovarlo a través de la (auto)crítica. Nosotras hablamos desde las dolorosas marcas que nos deja esta agresión, que nos recuerda de algún modo aquella dolorosa confusión durante la infancia, cicatrices en las paredes, marcas en la piel, el recuerdo del placer risueño en la expresión de nuestros... compañeros “triunfantes”, y la complicidad social con esta guía grupal que realza grandezas individuales y nos impone una lógica de vencedores y vencidos. Y preguntamos, ¿en qué lugares del cuerpo se aloja el deseo de aleccionar, en cuáles el placer de violentar, cómo circula en el cuerpo el miedo a la crítica, qué músculos se contraen en la decisión de recurrir a la amenaza de aislamiento como antiquísima táctica de agresión contra las mujeres y autoafirmación viril?

Escribimos porque la elaboración pausada en el diálogo es esclarecedora. Y decimos que es necesario desestabilizar los poderes que separan aquello digno de volverse palabra pública, de la violencia íntima, organización adentro.



## a ras del suelo en esta ciudad andina



Sabemos que es imprescindible que la izquierda asuma una autocrítica radical, que asuma la politicidad de lo íntimo, de lo personal. Desde un feminismo de izquierda, comprometido consigo mismo, pensamos la política no como la toma de poder tal como está distribuido, sino como la experiencia vital de transformación de identidades rígidas y accesos diferenciados, en la (auto)crítica del mundo tal como es.

Nuestro punto de partida es la franca exploración de nosotras mismas. En un mismo gesto desvelamos la pequeñez de nuestro entorno e intentamos la construcción de alianzas con “las otras”, aquellas que no sólo reciben la violencia sistemática por los múltiples rasgos de los que se sirve la discriminación, sino que además son miserabilizadas, tomadas por la derecha y por la izquierda, perfiladas como pobres, in-capacitadas, necesitadas de asistencia. Dejamos de lado la condescendencia, atendemos con cuidado a nuestros dolores, y proponemos partir de la puesta en común de nuestros malestares para la construcción de una política en contra de la victimización de algunas y de la buena reputación desmemoriada de otras; contra la resignación de todas; hacia el feminismo como espacio de reconocimiento mutuo y descubrimiento de nuestras desazones y diferencias; hacia la crítica en la práctica de los mecanismos del poder en nuestras relaciones horizontales y verticales. Arcilla que se moldea acompañándonos en los malestares que sentimos, que resultan de distintas combinaciones de rasgos sexuales, clasistas, étnicos en cada una; porque la única forma de protegernos es tomar el riesgo de acercarnos mutuamente, enfrentando con rebeldía los sitios pre-asignados que sólo producen desencuentros entre nosotras y nosotros. Y esgrimimos el feminismo como necesidad de reflexión y también de apego, no de “ingenua hermandad” entre diversas sino de cuestionamiento colectivo. Porque el feminismo es un movimiento pegajoso, alianza que rebosa, desborde del dolor que ya no es solitario y que no sólo es de las otras, sino de todas juntas y diferentes. Porque la política de la colectividad es la sensibilidad de responder a la violencia que se ejerce sobre las otras como si fuésemos nosotras mismas.

Insolentes, alevosas, necias, nosotras, orgullosas portadoras del virus del feminismo, hablamos la política en primera persona. Y nos rebelamos. No cedemos, porque si lo hacemos no podremos ir más allá, porque es imprescindible tejer el feminismo como perspectiva política coherente que nos sirve para comprendernos en el mundo. Des-encubrimos nuestro blanqueamiento de izquierda, develamos nuestros

privilegios, y nos exponemos. Y decimos que sabemos que las heridas se infligen sobre los cuerpos expuestos y por eso criticamos las posiciones de neutralidad como piezas de la misma maquinaria. Y decimos que el feminismo no es solo cosa de mujeres, sino una perspectiva que incorpora a la reflexión política los afectos, la sexualidad, la diferencia. Praxis a ras del suelo.

Convertimos nuestro malestar en reflexión compartida, nuestra ira en protesta, pero también en esperanza transformadora, en rebeldía adolorida, alegre, productiva y contagiosa, lejos de los adoctrinamientos. Porque el feminismo dota de pasión sensual a la política; porque nos la jugamos como acto de generosidad de nuestras propias vidas; porque exponemos nuestros cuerpos de forma indecente, y ya perdida la vergüenza lo que nos queda es el placer político del acercamiento entre reflexión y conocimientos entrañables; desborde de las fronteras entre razón y emoción que revoluciona la cotidianidad. El compromiso es la ruptura del silencio, parto doloroso que no pide permiso para interpelar al mundo. Porque el feminismo exige aproximarnos al dolor y a la violencia no como episodios incidentales sino en su forma estructural, de manera que nos haga comprender las fuerzas y los poderes que nos atraviesan. Porque un feminismo transformador no radica en la protesta aislada sino en la conciencia de que solo juntas derrumbaremos la maquinaria del abuso.

Ahora sabemos que la casa parece caerse, sólo parece, cuando hundimos nuestra palabra en lo que cada uno de ellos protege con tanto cuidado: la imagen de sí mismo, su prestigio, la estabilidad de su sitio en el mundo. Asentamos con firmeza nuestras historias para, con el coraje anudado al coraje, pensar, nombrar y construir un espacio en donde quepamos todas y todos.

Desafiamos a cada una, a cada uno y a nosotras mismas a mirar la persona en la organización colectiva, así como la organización colectiva en cada persona. Invitamos a mujeres y hombres hartos de asumir roles pre-destinados a sumarse a la Casa de estas mujeres insolentes, donde la reinvención de la mirada hace de la ciudad-montaña tierra de un feminismo renovador; feminismo de izquierda a ras del suelo. En donde rescatar la lógica femenina de la alegría compartida, el trabajo esforzado y transformador, y las posibilidades de la palabra frontal.

Quito, mayo de 2007



# autorretrato con otras

alejandra santillana ortiz

Cada tarde, excepto sábados y domingos, la señora Delia nos cuidaba a mi hermano y a mí. Cocinaba y limpiaba la casa mientras mi padre y mi madre trabajaban. La señora Delia era indígena cuzqueña, había llegado a Lima como miles de migrantes en esa década, huyendo de la pobreza y la violencia del campo. Vivía con sus tres hijas y su esposo albáñil, a dos cuadras de nuestra casa, en un cuarto arrimado detrás de una carpintería.

En la Lima de los 80, muchas empleadas domésticas compartían el espacio distrital con sectores medios precarizados. Era una década donde la clase media desaparecía en el empobrecimiento acelerado, confundiendo por momentos con los sin trabajo, sin sueldo, sin seguridad social. Situación imposible en la Lima actual. En esta Lima de Allan García neoliberal, la capital del perro del hortelano, las empleadas domésticas habitan en barrios periféricos, pueblos jóvenes, polos gigantes de migrantes provincianos; en una ciudad donde el éxito del neoliberalismo a ultranza ha significado una exacerbada diferenciación social que aleja a pasos agigantados a la blanqueada clase media local de los imaginarios y circuitos de las barriadas chicha.

Un día la señora Delia se fue, su esposo había violado a una de sus hijas. Nunca más la volví a ver. La señora Delia nos quería y nosotros a ella. Estaba tan cerca. Esa cercanía nunca resultó extraña, ni incómoda. Yo era tan niña que no sentía la diferencia de nuestras vidas.

Fueron años duros. Cada año los fenómenos del niño y de la niña acrecentaban la carencia de agua. Nos bañábamos con taca y recogíamos el agua en baldes, ollas. Tampoco había luz. Las torres que proporcionaban energía eléctrica a la ciudad eran voladas semanalmente. Los sueldos miserables de un Perú con una hiperinflación que alcanzó el 250% antes de la llegada de Fujimori en 1990, servían para comprar leche evaporada de lata, sémola, camote, caramelos chinos y pan. Hubo, sin embargo, un verano con agua. El azul pálido barrió el triste cielo color panza de burro de nueve meses y Lima entera fue un carnaval. Febrero pica pica, carnaval de betún, talco, agua. Mi hermano y yo casi no salíamos de casa, nuestra vida con los otros niños del barrio era limitada. Íbamos a la escuela por la tarde y toda la mañana la pasábamos encerrados con llave. Pero en algunos

fin de semana de este febrero ochentero, nos poníamos la camiseta más vieja, el short o la lycra más roída y salíamos a la calle para armar bandos y lanzarnos bombas, acorralar a algún niño distraído y sentir el agua de las mangueras que emergían de las casas vecinas. El carnaval era una de esas épocas donde todos los niños y niñas del barrio nos volcábamos a jugar. Un domingo, mientras yo seguía en la calle empapada, mi padre salió a la puerta, era la señal de que el juego debía terminar, me despedí de todos y corrí a mi casa. Cuando entramos, mi padre molesto, con ese tono que le caracterizó hasta entrados los noventas, me dijo casi gritando: “¿que hacías con esas chicas? Hija, no puede ser. Tú no eres como ellas, ellas son hijas de empleadas domésticas, solo míralas, ignorantes, vulgares. Tú eres distinta, tú eres bonita, culta. No es posible que estés con ellas, de qué vas a hablar, no tiene sentido hija. No quiero que esto se repita”. Probablemente en esa década cargada de vidas humanas irrelevantes, pobreza, trenes eléctricos inventados, grupos paramilitares y televisión a blanco y negro, el desprecio y el racismo ya estaban atravesándome, pero yo no estaba aún consciente de esto. Ese día sin embargo, escuchar las palabras de mi padre me hizo sentir mil cuchillos en el pecho, la garganta ácida, el fuego en el corazón, malestar innombrable que se volcó en lágrimas a borbotones. Mis amigas no podían ser mis amigas. ¿Qué me hacía tan distinta a ellas? Ahí en medio del agua no encontraba la diferencia. El mismo color de piel, el pelo oscuro, la misma estatura, las mismas caderas lánguidas, las mismas ropas viejas; iban a la escuela como yo, vivían en la misma cuadra. Lloré toda la tarde, en silencio. Nunca más volví a jugar con ellas. Luego se fueron del barrio.

Mi familia paterna es del campo. Mis abuelos fueron campesinos, hablaban quechua y castellano, como todos mis tíos paternos, como mi padre. Vivían en Ayacucho, donde yo nací, departamento peruano empobrecido, sierra centro casi sur, Huamanga, Huanta. Abimael Guzmán, presidente Gonzalo, líder de Sendero Luminoso daba clases en la Universidad de Huamanga. Ayacucho fue uno de los cinco departamentos más golpeados por la guerra interna que comenzó en los 80. El ejército llegaba buscando senderistas. Campesinos desaparecidos, indígenas violadas, jóvenes torturados. Sendero reclutaba

jovencitas, secuestrándolas en las ma-  
drugadas. Silenciaba a las dirigentes  
comunitarias, a los líderes campesinos,  
degollándolos con machete... indicios  
del Estado burgués, cuota de sangre pa-  
ra la patria nueva. Las tierras abando-  
nadas, las cosechas perdidas y el mie-  
do. El terror. Pueblos enteros huían.  
Mi familia llegó a Lima, y algunos a  
Australia.

Conocí a mi abuela paterna. Era una mujer hermosa, con trenzas largas y atadas atrás, con los ojos como miel, la piel cobriza. La primera vez que la vi pensé ojalá me parezca a ella cuando tenga su edad. Mi abuelo usaba sombrero, traje, camisa. Cuando no estaba confundido por el alcohol, hablaba varios idiomas que los jesuitas le habían enseñado. Llegaron con mis tías, tíos, primos y una prima que se había salvado de un reclutamiento alguna madrugada. La mayoría se mudó a Comas, semi pueblo joven, casas de estera en los cerros pelados, casas de cemento en la parte baja, ventanas cubiertas con papel periódico, plástico, mitad alcantarillado, polvo, calles que se terminaban en arena gris, distrito de migrantes serranos, reuniones de fin de semana, huaynos, cerveza fría y voley en fin de semana. Nunca dejé de preguntarme si la cultura, la belleza, la diferencia a la que mi padre se refirió ese domingo de carnaval, estaba en Comas, a una hora de camino por la avenida universitaria, entre migrantes provincianos y recuerdos de la guerra.

Lo que quedaba claro era el silencio, las cosas de las cuales no se hablaba ni en mi casa, ni en la calle, menos en la escuela, tampoco en el colegio. Los ochentas me dejaron claro que, para algunos, recordar de dónde veníamos estaba negado. Década de susurros. Me acostumbré a callar que había nacido en Huamanga, “es para evitar problemas, hijita”, me decía mi padre. Y era verdad. Se había construido una noción común en la capital: ser ayacuchano era ser terrorista. Terruco de mierda. Rojo asqueroso. Serrano coche bomba. Era preferible ocultar el lugar de origen. Ya en esos años, sin embargo, la idea de no tener lugar de origen, ni familia pública, ser del viento me inquietaba. Ocultar Ayacucho se debía realmente a Sendero o había también un argumento perfecto para no hablar de las manos campesinas de mi abuela que curaban pasando el cuy, de las bromas diarias en quechua y los cantos, sentimiento de huayno ayacuchano, quechua intercalado con castellano y ríos de lágrimas. Nunca lo supe, nunca pregunté. Solo me encontré una mañana negando mi procedencia campesina en el aula del colegio. Sentí vergüenza no poder decir que soy huamanguina cuando la profesora nos preguntó a los alumnos nuevos, donde habíamos nacido.

La televisión en estos años apristas, grises, jamás mostró los muertos del campo. Solo nos llegaba la crónica roja, la crisis





económica, la corrupción judicial y las peleas de los congresistas. A Lima llegaron los muertos por televisión a finales de los 80 y en los primeros años de los 90. Mientras el campo se desangraba en plena guerra, Lima se miraba así misma. La tele no contaba sobre las masacres en el campo porque los muertos eran indígenas y campesinos. Por eso la guerra existió cuando Lima se llenó de coches bombas, niños bomba, carritos de helados bomba, cuerdas voladas, tanques, dinamita, anfo, sangre, secuestros y pintas senderistas. Después de veinte años de guerra interna, al Perú aún le duelen sus muertos, finalmente el 75% era pobre, campesino, quechuablante, monolingüe. No existían cuando estaban vivos. No existieron luego de ser asesinados. El país de los susurros aún se mantiene, pero ahora poblado de voces que gritan, paros, carreteras cerradas, gobiernos locales alternativos, foros solidarios, movimientos.

Las campesinas que llegaban a Lima dejaban de serlo, se quitaban las polleras, el sombrero, se cortaban las trenzas, se pintaban el pelo de rubio, contestaban en castellano y en cada pregunta por su origen negaban, como yo, su tierra. Nadie se reconocía como indígena, la herencia de una izquierda marxista y economicista había borrado cualquier posibilidad de serlo. Ellas eran campesinas no indígenas. Pero en Lima eran migrantes,

provincianas, pueblo joven, masa chicha, tecnicolor. Lo que sabíamos de los indígenas venía de las clases de historia del colegio. Manco Capac y Mama Ocllo, los hermanos Ayar, los Incas, Pachakutec y Tupac Amaru, eran los únicos indígenas a los que habíamos visto en láminas y libros escolares. Todos héroes que formaban parte de un pasado glorioso, del imperio incaico unos, de la independencia otros. Los únicos indígenas existentes en un Perú imperial: miembros de la nobleza, último escalón en la pirámide de la jerarquía ancestral. Miles de indios ocultos, desaparecidos de la historia.

Después de doce años, mi madre ecuatoriana y yo dejamos el país a inicios de la era del chino, Fujimori, en medio de la apertura a las transnacionales, el cierre del Congreso Nacional, los decretos ejecutivos para privatizar toda área estratégica del Estado y la imagen de Abimael enjaulado, derrotado y una Elena Iparraguirre que gritaba sin hacer concesiones “¡Viva la Patria Roja, Viva el Partido Comunista Sendero Luminoso!”, mientras era expuesta a los periodistas del mundo. Llegamos en agosto de 1993 a Quito a casa de mi abuela materna.

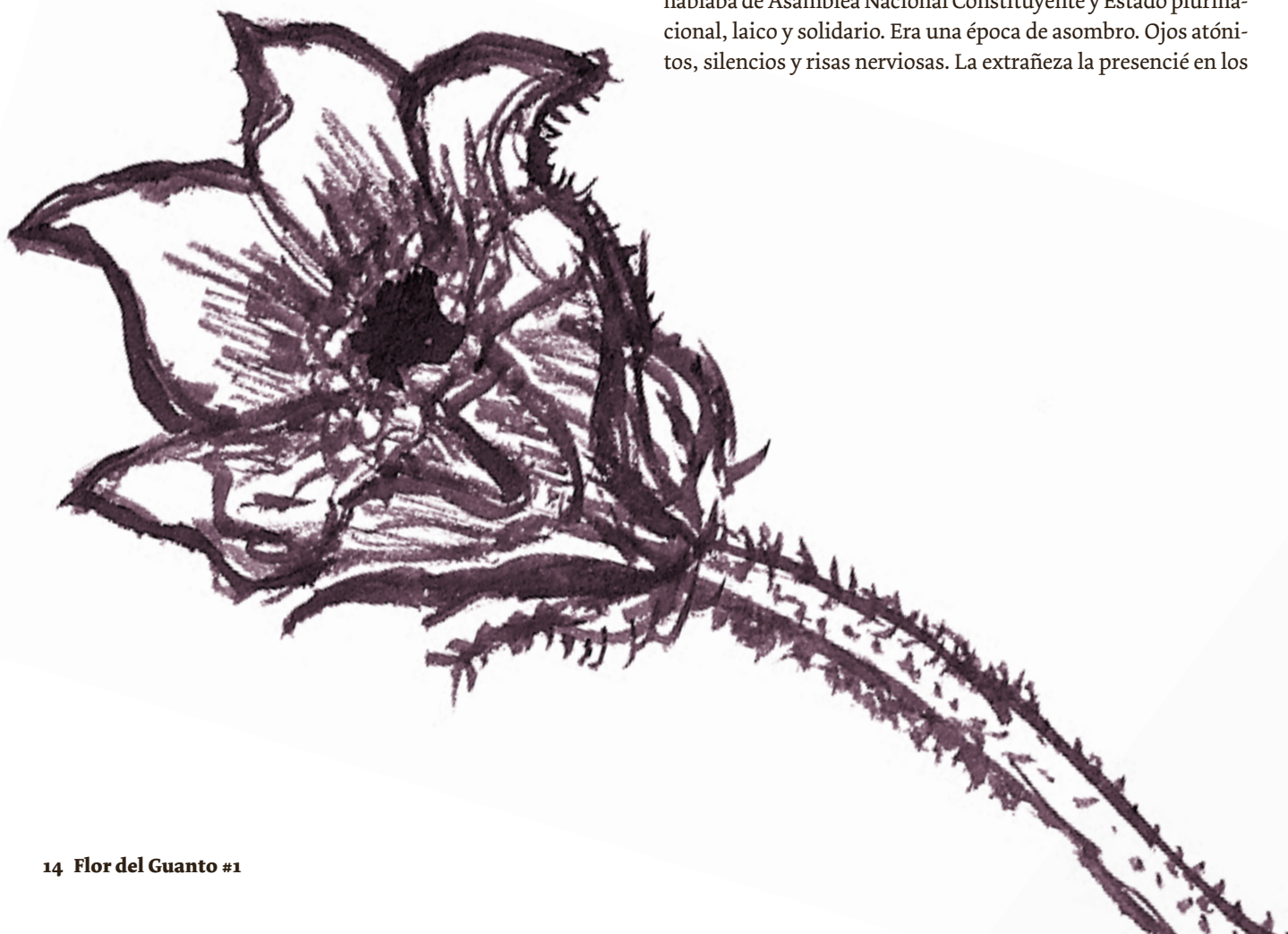
Luego de asistir a un colegio ajeno me cambiaron, como buena hija de la clase media progresista, a un colegio *alternativo*. Por esos años neoliberales miles de indígenas, campesinos y mujeres cargadas con sus guaguas envueltos en la espalda, cerraban carreteras y caminaban madrugadas interminables hasta llegar a Quito para frenar las políticas de ajuste estructural reforzadas por Sixto Durán Ballén. Ya en la mitad de los 90, el movimiento hablaba de Asamblea Nacional Constituyente y Estado plurinacional, laico y solidario. Era una época de asombro. Ojos atónitos, silencios y risas nerviosas. La extrañeza la presencié en los

rostros de algunos de mis profesores, jóvenes sociólogos de la Universidad Central del Ecuador. La presencia indígena desubicaba. La izquierda no sabía qué hacer, no eran obreros, no eran alfaros, ni estudiantes, no pertenecían a ningún partido, célula, ni pedían permiso, hablaban de pueblos, nacionalidades, territorios, “nada solo para los indios”. La izquierda heredera de una vocación colonial y hacendataria no concebía la existencia de organizaciones indígenas autónomas. La sola presencia de una indígena desconcertaba, indígenas no domésticas, sin delantal, sin favores sexuales al patrón, al señor. Incomodaban. Molestaba su fuerza, sus agudos gritos, sus rostros cobrizos, su constancia. La izquierda revolucionaria no podía encontrarse ahí, en esos indios que “no saben leer ni escribir”, que “solitos no deben haberse organizado, cómo pues, esos indios que seguro son pagados por la CIA para quebrar la unidad de la izquierda con esas ideas étnicas separatistas”.

Pero la capacidad del movimiento, su proyecto político, su alternativa nacional, nos hizo encontrarnos. Y yo me encontré ahí. Por primera vez estaba en la calle compartiendo el espacio con mujeres indígenas, después de que en mi mente solo existieran campesinas descampesinizadas, migrantes cholas, chichas, mendigas, empleadas domésticas o vendedoras de fruta en los mercados limeños. Las indígenas ecuatorianas, kichwas, cayambis, panzaleas, otavales recorrían las calles gritando por un mundo mejor para todos. Se desencadenaron en mi existencia nómada dos abismos. De la militancia colegial y la referencia de una izquierda kitch –clases media, libertaria, guevarista, latinoamericanista, alfarista y campesinista–, me inicié en la cercanía del movimiento indígena ecuatoriano. Asistía a

las asambleas, reuniones, marchas, levantamientos, movilizaciones. “Amo lo que tengo de indio”, se grafiteaba en las paredes de la capital.

Supe con una certeza implacable que una parte de ese amor por lo que en mí existía de indio, era en realidad un inmenso afecto por lo que tenía de india. Mi padre provinciano ayacuchano entró a la academia, en parte por su inteligencia rigurosa, los aprendizajes, lenguas e imaginarios que los curas del pueblo le habían entregado en la escuela, y en parte porque siempre fue su posibilidad de reconocimiento en una ciudad hostil y elitista que despreciaba y degollaba a todos los migrantes que llegaban de la sierra, huyendo de lo que fuera. Mi padre no huyó de la guerra, huyó del futuro posible de seguir en Ayacucho, sin academia ni libros. Huyó de una parte de sí mismo para reinventarse, ascender, acceder al prestigio, al reconocimiento y al Pensamiento. La academia y las disquisiciones intelectuales fueron el vínculo más notorio entre mi padre y yo, tanto que, en momentos de separación, parecía que era lo único que nos había quedado. Entrar a la academia también fue para mí la posibilidad de valoración y reconocimiento de mi padre, fue lo que me alejaba de lo doméstico, la entrada a lo público, a lo importante. Ser distinta a las niñas de mi barrio era eso. Y la molestia de mi





**La idealización del movimiento indígena fue un camino que se encontró con la larga avenida de cooperación internacional que, salvo excepciones honrosas, perpetuaba su vocación mercantil masculina que convertía a las indígenas en objetos de cooperación, asistencia, en medio de una década de feminización del campo, del trabajo y la pobreza.**

padre aquel domingo de febrero ochentero era también miedo, horror a que yo me acercara, a que yo pudiera parecer una hija de empleada doméstica, a que el tono de mi piel se confundiera con la de una serrana migrante, nieta de campesinos, algo que por lo demás siempre he sido. La academia. El *pensamiento duro*.

En cambio, mi madre nunca tuvo un título ni entró a la universidad. Y eso pesó más al llegar a Quito. Las opciones laborales se redujeron, precarizaron y los contactos, el capital simbólico, la herencia social familiar no bastaron para sostenerse. Cada trabajo encontrado era un mal sueldo, inestabilidad, drama; en cada trabajo mi madre sentía que no era lo que ella quería hacer, ser. En cada trabajo yo pensaba “eso pasa porque no tiene título, porque así es la vida y tiene que ajustarse a lo que hay, otra vez lo mismo. ¿Y ahora? ¿Por qué a mis 15 años debo sostenerla en cada drama?” En el fondo, en algunos años de mi adolescencia, mi madre era toda la inestabilidad, precariedad, angustia que la representación del ámbito de lo doméstico suele ser. Un remanente de la colonialidad y la estructura patriarcal había quedado luego de la ruptura del huasipungo: lo doméstico. Donde las relaciones serviles perviven para el control de los cuerpos y los tiempos, y hay un mundo de encargos entre tinieblas y por las ventanas se cuelan cuchillas de luces somnolientas. Amar lo que tenía de india era reconocerme en eso que me incomodaba, reencontrarme con lo que había quedado oculto en lo doméstico, recuperar a mi madre arrebatada.

Y así pasé los años *grunge* en medio de huipalas. Estaba ahí por urgencia, una mezcla de solidaridad y conciencia, un reconocimiento a la reflexión profunda, a la práctica y acción colectiva que desestructuraba la esfera pública, a la capacidad aglutinadora del movimiento, en momentos donde la izquierda resistía golpeada por la inseguridad laboral, el contrato por horas, la privatización informal de la seguridad social, la educación, el abandono del Estado en el campo y el fortalecimiento de la agroexportación y el monocultivo, una izquierda que después del asombro había pasado a la fascinación absoluta por los

indios. Los indios eran reales, pero de alguna forma mucho de la izquierda los inventaba. Yo también los inventé. Una militancia que intercalaba la identidad del sujeto en la experiencia y los inalcanzables valores que yo quería que tuvieran y que en cada signo, señal, encontraba. Todos los habíamos vuelto seres casi mitológicos que llegaban a salvar al país, en una suerte de *re-make* de Mama Ocllo y Micaela Bastidas, mujeres heroínas, madres redentoras, guerreras milenarias. Costaba dejar de buscar en cada rostro indígena un Rumiñahui, una Dolores Cacuango, una Quilago. Dejar de creer que todas las decisiones del movimiento eran estratégicas, irreprochables, nunca cuestionables. Abandonar las ideas de pureza y deber ser que deshistorizaba a los indígenas, los domesticaba, silenciándolos una vez más. Y siguiendo la abigarrada estructura colonial de una sociedad pigmentocrática, nuestra vocación de resistencia escondía sutilmente miradas de desprecio y desconfianza, sospechábamos de esa autonomía, dolía no ser protagonistas de la Historia, sujetos de vanguardia. Esa fascinación que los convertía en seres épicos, ocultaba nuestra incapacidad para reconocer la existencia de resistencias cotidianas menos cinematográficas y panfletarias y la existencia de dinámicas internas, estatus de poder y reconocimiento. Nos impedía encontrar la perpetuación del espacio doméstico después de la reforma agraria y la dominación patriarcal sobre los cuerpos de las mashis, nos volvíamos así, por omisión perversa, cómplices de esa estructura de explotación y exclusión bajo el concepto de complementariedad.

Pero al mismo tiempo, la idealización del movimiento indígena fue un camino que se encontró con la larga avenida de cooperación internacional que, salvo excepciones honrosas, perpetuaba su vocación mercantil masculina que convertía a las indígenas en objetos de cooperación, asistencia, en medio de una década de feminización del campo, del trabajo y la pobreza. Desde las agencias de cooperación y la institucionalidad de género que, en su mayoría, siguen la agenda de las convenciones internacionales –todas firmadas por el Ecuador, todas ratificadas, ámbitos acostumbrados a concentrar la política como un juego de cabildos y *lobbies*– se ha construido unas ideas sobre las mujeres indígenas, estructuras de relación y acercamiento, marcos de distancia y abismos.

Lo sé porque a pesar de haber formado parte de espacios de investigación durante algunos años –acompañamiento que hacían esfuerzos por construir una relación diferente con la población indígena, más dialogal, más horizontal, explícitamente política– habían condicionamientos estructurales que volvían todo más complejo, más difícil y menos realizable. Distancia académica. Objeto/sujeto. Herramientas que alejan. Preguntas que te ubican allá lejos, que no te interpelan, que no te interrogan, que cuestionan su vida, no la tuya; candado al corazón, a la autorreflexión. Matrices que definen lo que a ti te interesa, lo que consideras que es importante, trascendente, útil, dato. Matrices nunca preguntadas, nunca consensuadas. Necesidades tuyas, no necesariamente de ellas. Necesidades de alguien más, no necesariamente tuyas. Sujeto/sujeto. Discursos deshonestos. Imposibilidad de reconocerse en lo que no somos y somos.

Cortes que impiden la complejidad. Pensamiento binario. Ellas, las otras. Porque no es *bueno*, no es *normal*, no es *adecuado* que las investigadoras, las talleristas, las coordinadoras, nos pongamos en cuestión, siempre debemos hablar de ellas que no son nosotras.

Y así surgen frases que determinan intervenciones en cuerpos, espacios, ritmos; orientaciones y productos, enfoques y métodos. Entonces, bajo esta mirada perversa “las mujeres indígenas son más maltratadas que nosotras –las técnicas, las académicas–, no tienen nada, sería bueno hablarles sobre el maltrato, darles unos tallercitos para que sepan qué es eso”. “Las indígenas, pobrecitas, necesitan capacitación en otras actividades no agrícolas, manualidades, algo que les haga despertar, tener más dinero”. “¡Ay ellas!, pobres seres, no pueden decidir como nosotras, están siempre a merced del marido, silenciosas siempre, les dan diciendo, les dan decidiendo”. Y entonces una llega con esas ideas y se relaciona desde allí, desde ese reducto de poder, micropoder. Pero resulta, porque para la academia y la cooperación las otras son un eterno descubrimiento, que las indígenas están inmersas en un complejo sistema de dominación y explotación, pero también, aunque usted no lo crea, señora, señorita, tienen espacios de reconocimiento, prestigio y estatus que las mestizas no tenemos, como ser portadoras de cultura, encargadas de la salud. Y resulta que se saben maltratadas, sienten dolor, lloran, se indignan, así como nosotras y diferente. Y así como nosotras callan, enmudecen, justifican, dejan pasar –¿o no será que eso hacemos cuando nos violentan?–. Y resulta también, que la mirada sobre ellas las ha hecho recipientes vacíos, factibles de ayuda y, con cada nueva actividad que se le ocurre a un proyecto, su vida se recorta aún más entre las reuniones para acceder al crédito, las asambleas comunitarias, el cabildo, el grupo de mujeres, la minga, las tareas de los guaguas, la comida, los animalitos, el huerto, los bordados, el marido y la familia.

¿Y si no es desde mi interpelación propia, cómo relacionarme? Tenemos miedo, lo sé, yo lo tengo, y a veces no se bien cómo ubicarme, desde dónde hablar, y a veces también encuentro el lugar, ese que me pone en cuestión, que me hace sentir dolor, fuerza, que me permite y nos permite reconocerme, reconocernos, mirarnos con otros ojos que asumen la mediación e intentan darle la vuelta, para mirar las costuras y los rotos. Pero todo es subjetividad, voluntad política, asumir que hay una estructura de clases, unas relaciones complejas de dominación entre nosotras, abigarrado sistema de explotación, racismo, exclusión y silencio, es quizás la forma más honesta, el punto de partida de una militancia feminista, a ras del suelo, de izquierda crítica. Aun no sé, no sabemos, qué hacer después, cuáles son los siguientes pasos para el encuentro, desencuentro y senderos comunes con otras. Por ahora empezamos exponiéndonos, vulnerables, descubiertas.

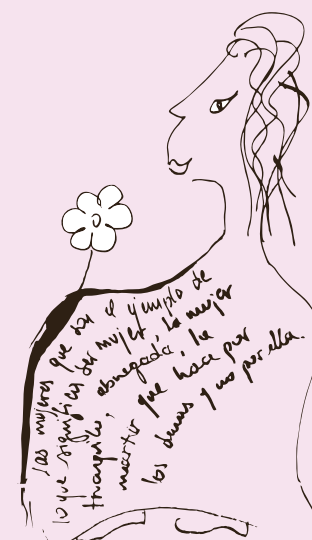






marianita carcelén  
ofelia lara  
maría elena padilla  
lucy santacruz  
maría antonia aguirre

# La importancia de redescubrirnos nuestro cuerpo como territorio



Dibujarme, mapearme, hacer de mis recuerdos  
y silencios pinceladas de color en el papel,  
hacer de aquel cuerpo de mujer un mapa lleno de caminos...  
Dibujándome busco las cadenas, pudores, temblores  
que no dejaron más que un tímido deseo de explorarme.  
Dibujándome encuentro los caminos que tejieron rebeliones.

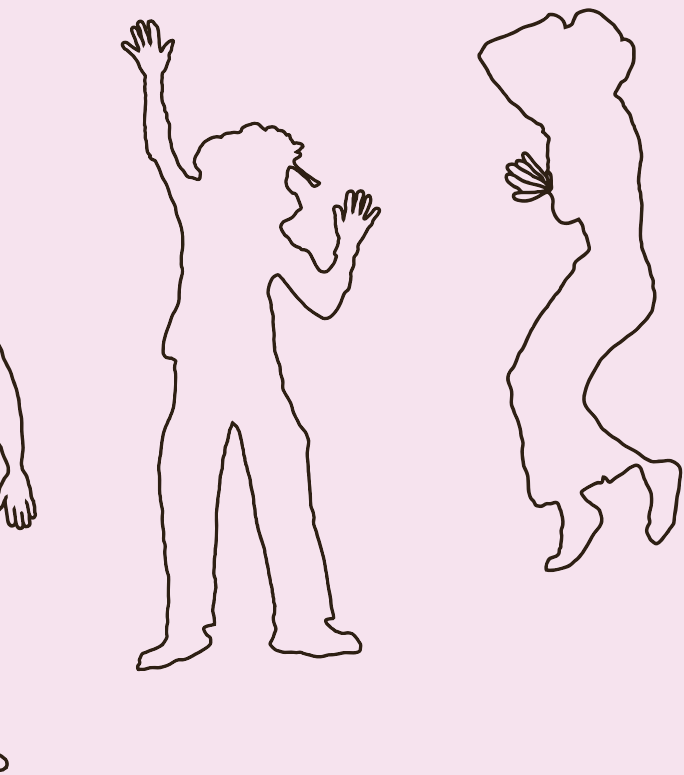


## aprendizajes y preguntas para

Cuando nos planteamos pensar nuestro cuerpo como un territorio, partimos de la necesidad de recorrer sus honduras, sus valles, sus paisajes, como si fuéramos explorando un paisaje desconocido. Hablar de nuestro cuerpo siempre representó una dificultad, en verdad tenemos un gran desconocimiento sobre este espacio en el que habitamos, en el que somos. Nuestro cuerpo se ha ido llenando de silencios, de temores, de imágenes impuestas, que nos moldean, nos señalan y llenan de sentido. Haciendo cada vez más fuerte aquello que deberíamos representar como Mujeres. Juntarnos, conversar y escuchar las distintas experiencias de cada una, nos proporcionó la fuerza para darnos cuenta que *nuestro cuerpo es realmente un territorio tangible que nos pertenece*, al que defendemos y no permitimos invadir.

Pensar nuestro cuerpo como territorio y el territorio como nuestro cuerpo, es resultado de la convergencia de tres apuestas que hicieron posible escudriñar en nuestras vidas. Por un lado, la necesidad de alianza que representa esta revista, desde una apuesta feminista donde fue vital el conocimiento e intercambio con otros procesos de mujeres en la ciudad; por otro, la importancia de las luchas de mujeres desde la diferencia, en contra de la discriminación y el racismo, junto a la experiencia de mujeres afroecuatorianas. Y finalmente, desde el cómo construir conocimientos colectivos a la luz de procesos de investigación que nos involucren de manera horizontal, partiendo de la *cartografía social* (ver recuadro) como referente.

Inicialmente, las preguntas involucraron las experiencias de vida de Marian y más, desde nuestros ejercicios militantes y de investigación. Preguntar sobre el cuerpo es vital desde una perspectiva feminista, preguntar por el territorio es central en los procesos de investigación colectiva. Aquí, la cartografía social, nos planteó el desafío de acercarnos al tema e involucrar nuestros propios cuerpos, llevándonos a enfrentar los miedos, pudores y cicatrices en él dibujadas, buscando mapearnos como

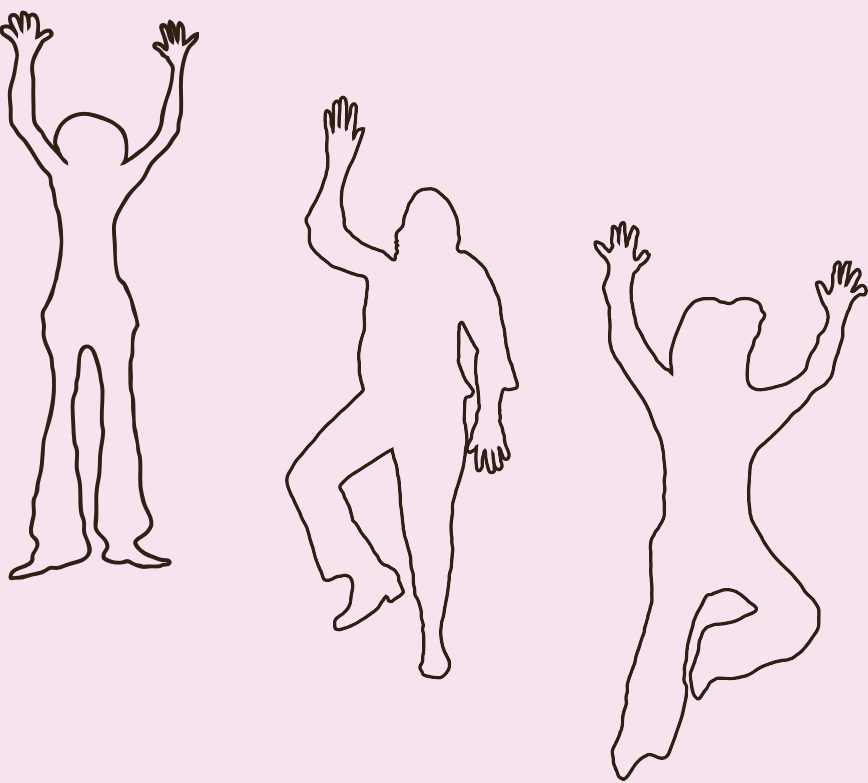


territorio individual y colectivo; espacio para pensarnos entre nosotras y con otras. Cuando nos planteamos ¿con quiénes construir este proceso?, nos encontramos con la potencia de las mujeres afroecuatorianas. Esta experiencia desde y con las mujeres afro, con Ofelia y su organización, suma el reto de intentar construir un proceso de investigación donde el ser mujeres nos permita encontrarnos reconociéndonos distintas, y al mismo tiempo reconociendo los lugares comunes donde nuestras luchas convergen. Reto al que se sumaron y comprometieron María y Mariana, con la memoria construida desde su infancia en el Valle de El Chota y la lucha cotidiana que constituyen sus vidas en Quito, en el Comité del Pueblo, como mujeres, como madres, como compañeras.

Lucy

En nuestros caminos recorridos con nuestro cuerpo, equivocadamente, hemos buscado siempre tener el cuerpo perfecto, como artistas de telenovelas, cantantes, modelos de revistas, reinas de belleza. Con mucha angustia, rechazamos nuestro cuerpo, a veces hasta encontrar la muerte. En este proceso descubrimos que nuestro cuerpo era un territorio desconocido,

## seguir construyendo en colectivo



sometido por esta sociedad colonizante. Sin embargo, nos hemos ido reconociendo, aceptando, construyendo otras formas de relacionarnos con las otras. Buscamos juntas los modos más viables para resolver nuestros problemas, potenciamos nuestros aprendizajes intercambiando las experiencias vividas por cada una de nosotras, para terminar como un grupo que se tiene mucha confianza.

Re-descubrirnos con otras mujeres, nos ayudará a descolonizar nuestro territorio y protegernos de esta sociedad aplastante y machista, que no nos ha permitido ver más allá de las fronteras que nos ha ido trazando. En ese transitar, encontraremos al cuerpo como el territorio más importante; el de una mujer, aquel cuerpo que da luz, energía y que valientemente anida al mundo en su vientre y pare al ser vivo. Para que este cuerpo, nuestra joya invaluable, irremplazable, no se extinga, nos vamos formulando estrategias que nos ayuden a conservar nuestra felicidad y a romper esas trabas que no nos permiten avanzar con libertad y luz propia, individual y colectivamente. Potencialidades que en este proceso hemos ido fortaleciendo, coraza que protege nuestro cuerpo como territorio.

Ofelia

Nos juntamos, al principio con miedo de que el trabajo no resultara conjunto y no termináramos de ponernos en juego todas. Todas, con muchas ganas de trabajar y con algo de recelo. Siempre preguntando: ¿cuándo este cuerpo, mi cuerpo, me dejó de importar?, ¿en qué momento este cuerpo dejó de ser un aliado para convertirse en un estorbo, en un obstáculo para mi vida? Este cuerpo, este conjunto de tripas, huesos y pellejos, ¿qué interés puede tener?, ¿qué cosas de valor puedo decir sobre él?

Marian

Juntas, cada una de nosotras fue conversando y escuchando, y así fuimos pintándonos en el proceso de autoconciencia que nos fue permitiendo conocernos en nuestros cuerpos mapeados. Dibujamos nuestras siluetas y ellas fueron territorios que exploramos desde su miedo y su fuerza, desde su magia y

deseo. Cada una fue enfrentándose a su propio cuerpo y, finalmente, juntas nos buscamos encontrar en un cuerpo colectivo.

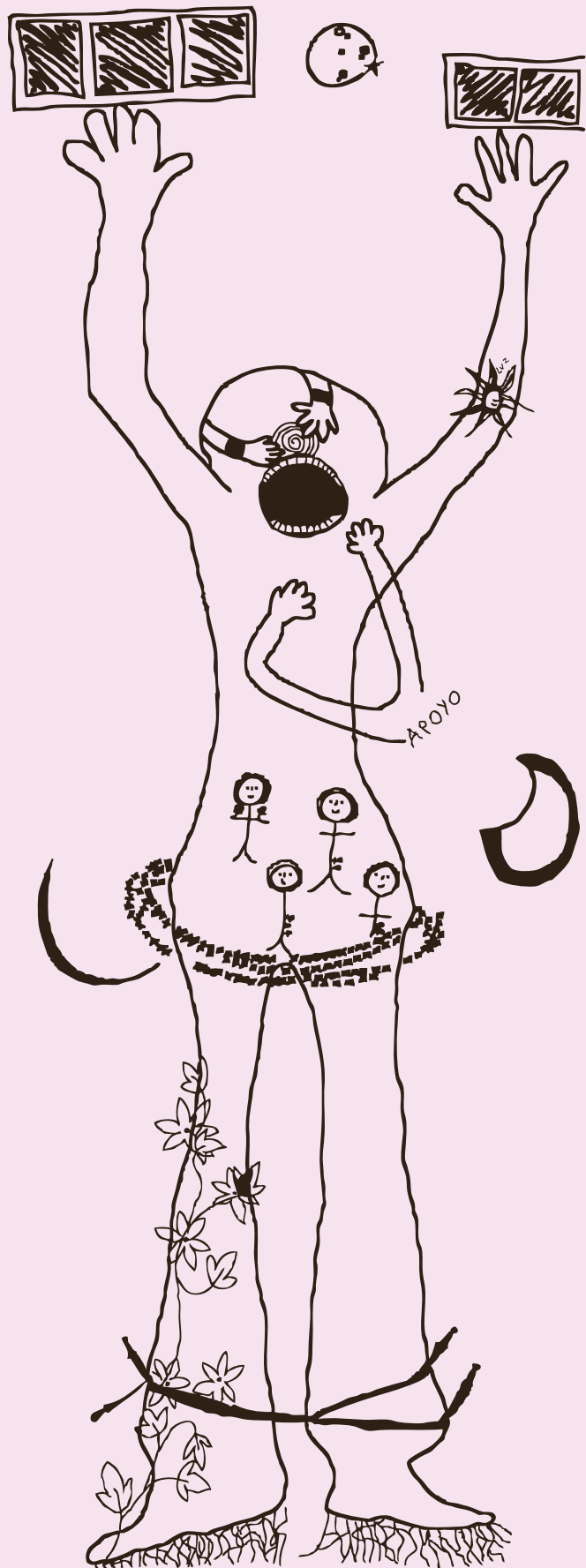
Para nosotras, la perspectiva metodológica adoptada constituye un resultado en sí mismo. No es concebida como técnica a ser utilizada, sino como escenario y ejercicio de nuestra postura política y en ello, el desafío que significa construir conocimientos colectivamente, desde el feminismo y desde la diferencia. Este es un proceso en el que nos encontramos. El cuerpo es un tema del que no hablamos con frescura, nos cuesta mirarnos re-conocernos, de-velarnos.

Lucy

### CARTOGRAFÍA SOCIAL

La cartografía social es una metodología que retoma algunos planteamientos de la Investigación Acción Participativa, sin embargo, su puesta en marcha en diversos procesos le ha permitido un desarrollo propio. Esta metodología consiste en la creación de un escenario para la construcción de conocimiento colectivo, a partir de la indagación y conversación sobre las relaciones dibujadas en el territorio, pensando el territorio como el espacio por donde transita la vida. Fundaminga y, en ella, Álvaro Velazo y Gloria Restrepo, son quienes me han permitido acercarme y apropiarme de esta apuesta metodológica.





## nuestro cuerpo como territorio

El encuentro con nuestro cuerpo, con las memorias inscritas en nosotras, nos hizo hacer concientes cada una de esas capas, de esas marcas, recordar de dónde vienen, ¿cómo y cuántas veces se han repetido en nuestras vidas? Como Ofelia nos enseñó, tenemos un cuerpo interno, uno donde somos dueñas de nuestros sueños y anhelos, y otro hacia fuera, con el que nos enfrentamos y combatimos, reconociendo las máscaras impuestas por otros. Máscaras que se acomodan a nuestro día a día, a los quehaceres de la casa, a nuestro oficio como madres, como hijas, como mujeres trabajadoras.

*Lucy*

Mi cuerpo fue construido desde el silencio, las culpas y los miedos..., siempre en soledad y bajo la mirada de una sociedad que califica y te dice cómo debes ser, siempre en comparación y en un sálvese quien pueda. Nunca existieron aliados, tampoco los busqué. Difícilmente aprendemos a echar un vistazo a los costados, siempre la mirada al frente y en objetivos claros. ¿Objetivos y prioridades puestas por quién?, porque yo no fui, yo solo me limité a seguir lo ya estipulado, sin cuestionar nada, siempre obediente, aunque a veces haga trampa y busque hacer las cosas de otros modos, a escondidas, callada, por abajito y en silencio, como para que nadie se de cuenta, como para evitar que algo se perturbe (como si no mereciera experimentar, aventurarme o existir en mi propia vida, porque como dicen, “cuando un hombre cae, se levanta, pero cuando una mujer cae, es para siempre”) permitiendo que las cosas sigan siendo iguales: nunca las cuestionamos, siempre nos sometemos, manteniendo los abusos, injusticias y desigualdades sobre todas, sobre mí, sobre las otras y, en su momento, sobre nuestras propias hijas, a las que nosotras debemos aleccionar, en silencio (nunca valorando nuestros saberes y experiencias). Y en silencio, callando, vamos siendo el mejor cómplice de nuestros verdugos.

*Marian*

Aprendí a reconocer mi cuerpo como algo bueno, bonito, lleno de virtudes; aprendí a quererme y a saber que es especial, que es un cuerpo que da vida y hace lo que nadie puede hacer. Este proceso me enseñó a poner límites a todos los que me ofendían y no me daban felicidad. Aprendí también a no tomarme con mucho resentimiento las ofensas que me hacen los otros, porque eso me destruye, me estresa, enferma interiormente mi cuerpo e invade todo el territorio que protege mi cuerpo. Nuestro cuerpo como territorio es el lugar donde el cuerpo vive y donde el cuerpo no quiere sentir dolor, ni ofensas de los demás. Que no invadan mi territorio. El territorio es como una casa que le da sombra, abrigo y le protege al cuerpo.

Mi cuerpo es hermoso por eso tengo que cuidarlo, saber cuando está cansado, darle cariño, protegiéndolo de los abusos de los otros. Es un monumento al que tenemos que dejarle hablar cuando tiene que hablar, sin miedo. No hay que dejar que se

decir lo correcto  
o sino callar

yo merezco  
ser feliz

Debes  
ser...



El resto  
tiene la  
razón

CUIDATE  
DEL  
RESTO

Desconfía  
de  
Todo

No  
puedes

No lo ves



quede en silencio, tiene que pensar en sí mismo, no permitiendo que otros le den órdenes diciéndonos, por ejemplo, cómo vestir, cómo reír, cómo caminar. El cuerpo tiene que ser libre, podemos preguntarle, explorarlo, conversar y decirnos cuánto le amamos.

*Mariana*

¿Qué pasaría si, dentro de tanto control de mí sobre mi cuerpo y mis deseos, y de mí sobre el cuerpo y deseos de los demás, este cuerpo comenzara a experimentar, comenzara a indagar y rebelarse, descubriéndose y enamorándose de sí? ¿Qué pasaría con ese terrible castigo a la desobediencia que permanentemente pende sobre mí? El peligro al abandono y al “ya no te van a querer más” y al “¡Detente!, porque sola no vas a poder” (dejando siempre en duda, además, el buen nombre de la familia que no te supo educar).

*Sobre nosotras penden siempre nuestros defectos e inseguridades... y una sociedad que permanentemente busca recalárnoslos y acrecentárnoslos.*

Cuando comenzamos a juntarnos y empezamos a cuestionar lo siempre dicho; cuando comenzamos a escarbar en conceptos simples como cuerpo, territorio o lo que es ser mujer, y empezamos a agregar nuestros propios criterios, sacados de la experiencia; o cuando, sobre un simple papel en blanco dibujamos nuestra silueta y, de a poquito, la vamos llenando de las cosas de las que estamos hechas, redescubriendo que este cuerpo además de ocupar un lugar tiene sentido en sí, tiene historia y mucho valor, más allá de la apariencia, o de lo que nos quisieron hacer creer; de pronto, frente a frente con nosotras mismas, con nuestras experiencias y las de las otras, este cuerpo va cobrando

vida y le vamos reconociendo límites que proteger. En mi vida siguen teniendo valor mis hijos y mi pareja, así como otras personas, pero voy descubriendo que también Yo, que Mi Cuerpo es un templo, mi templo, y que lo es en la medida que lo voy conociendo, lo voy queriendo y lo cuido, enseñando a los otros, en lo cotidiano, a respetarlo, como proceso en el que nos vamos descubriendo y apreciando la existencia y valor del otro.

*Marian*

Aprendí a identificar mis miedos y a buscar formas de rechazar esos miedos con las cosas que me hacen feliz, por ejemplo, mis hijos y mi trabajo. Aprendí que soy fuerte y que puedo sobresalir, cuidar de mí sin miedo a que otros me dejen sola, y a vivir sin pensar qué dirá el resto sobre mi vida. Aprendí a ir a lugares, a fiestas, donde yo tengo que ir aprendiendo a divertirme y a relacionarme con otras personas, con amigas, para que de su experiencia me enseñen muchas cosas nuevas y me ayuden a fortalecerme como mujer.

*Mariana*

Descubrimos que tenemos malestares que todavía no sabemos cómo nombrar –todavía no les encontramos las palabras, pero ahí están, los sentimos aquí, en el cuerpo, y ya no los pensamos silenciar–. Nos sabemos en proceso y que el camino es largo, pero que es importante continuar buscando acompañarnos y ser cada vez más. Andamos despacio, cuestionándonos, reformulándonos permanentemente, haciendo camino, buscando encontrarnos, disfrutando, compartiendo, aprendiendo, escuchando... Nos reconocimos en el proceso y éste, como nuestro primer gran paso juntas dentro de todo un andar, es una apuesta que continúa y que buscamos que nos desafíe.

*Marian*



Historia De Vida

En mi niñez tuve todo, no en lo económico, pero sí fui muy rica, con una madre y un padre que me amaban y que me supieron cuidar. Yo era la mimada, porque después de tantos hombres, al fin llegué. Mi madre me esperaba con muchísimas ansias, ella siempre me dijo que fui muy feliz y, hasta donde yo recuerdo, sí lo fui.

Cuando iba creciendo siempre me sentí protegida, hasta del viento, estaba segura. Cuando yo veía las mariposas volar, yo también sentía que volaba. Me encantaba correr, saltar, jugar, sentirme libre, esa libertad nadie me la va a quitar. Yo era una niña flaca, muy flaquita y muy bonita.

Llegó la hora de la responsabilidad, ya era hora de ir a la escuela y ahí aprendí muchas cosas, entre ellas, a tener la sensación más linda. Ya tenía pepitas, luego tenía vellos y tenía miedo, porque esa inocencia iba desapareciendo, porque ya llegaba la hora de ser una mujercita y tenía más obligaciones, tenía que cocinar para mis hermanos.

Ya había menstruado y tenía tantos miedos. Mi madre se dio cuenta, cuando lavando la ropa en la acequia encontró mis interiores. Ella lloró, porque dijo que ya no era una niña, que ya debía tener más cuidado. Me preguntó: ¿cuándo pasó? y ¿por qué no le conté nada? Estaba con una tía y empezaron los consejos y las preguntas. Yo solo tenía vergüenza, pero todo iba cambiando.

Luego, a mi corta edad salí del pueblo, mi pueblo amado, mi gente. Me costó mucho, nada era igual, no tenía las acequias, los ríos, los árboles. Tenía que caminar con cuidado. No podía salir corriendo por miedo a los carros, a las grandes carreteras. Cambié tanta tranquilidad por lo hermoso de la ciudad.

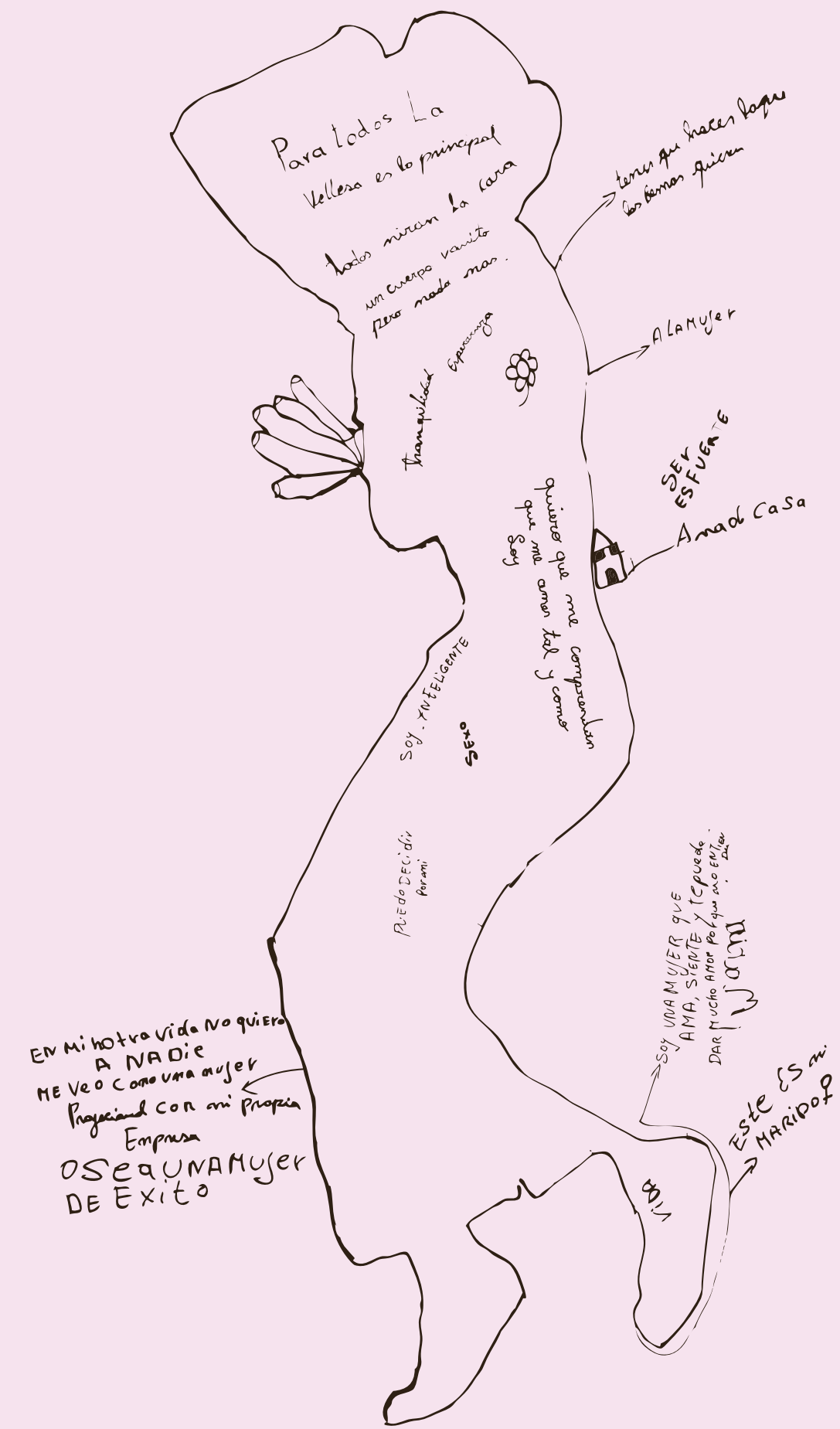
Y fui creciendo hasta que llegó la hora: me enamoré de un hombre que no me merecía, pero pasó. Luego de una decepción vino otra y otra, hasta que llegó la hora de ser mamá. Fue a mis 22 años, un encuentro de sentimientos tristes y alegrías. Mi madre siempre me apoyó, mi padre no y el padre de mi hijo peor, porque él me negó al niño. Todos decían que se acabaron los estudios, que ya no sería nada y yo me creí, hasta que mi hijo nació. Me di cuenta que no era así y que me veía más hermosa. El amor de mi hijo me hizo salir adelante, a pesar del sufrimiento, yo me levanté y seguí adelante, pero sin creer en el amor, hasta que después de 5 años llegó el que con amor, con dulzura y paciencia me conquistó. Confié en él, pero fue otro fracaso, tuve un hijo de él también y salí. A pesar de todo, él estuvo conmigo y con mi hijo; pero me tuve que separar, él ya tenía tomado otro rumbo.

Luego conocí al padre de mi hijo Ariel, mi esposo ahora, mi esposo y mi amante, al que aprendí a amar más de lo que él se imagina y aquí estoy, dándole. Fue y es muy difícil adaptarme a él, pero pienso que después de nuestra separación y luego regresar, ya no puedo separarme, no sé si por miedo a estar sola o por no querer quitarle a otro hijo mío el derecho de crecer junto a su padre. La duda se mantiene: ¿será mejor o peor que Víctor?, no sé qué será. Es una serie de sentimientos encontrados y soy feliz, a pesar de todo.

Para mí, mí cuerpo es todo: amor, paz, sueños, esperanzas. Mi cuerpo es vida. Lo siento único, es mi tesoro más deseado, es un santuario, es un lugar sagrado. Para mí es importante defenderlo, no dejar que nadie diga algo que me lastime, por ejemplo que estoy gorda. Es importante sentir amor propio, porque si no siento amor por mí misma, por mi persona, por mi territorio, entonces, ¿quién lo va a cuidar, a mimar? Nadie, ¡sólo yo! Es importante sentir amor propio por una misma porque así te valoras, te cuidas, te amas y te haces respetar.

Hoy este territorio está cansado y quiere descansar, dándose su tiempo.

María





# mandatos & conclusiones

Mi cuerpo es amor, vida, placer, diversión, y pide a gritos que lo amen y lo respeten; porque él también siente. Experimentando con la desnudez propia (de cuerpo y alma) descubro todo lo hermoso que soy, pienso, siento y deseo.

*María*

Está prohibido rotundamente llegar a la casa de la calle, del trabajo, de las fiestas, de reuniones con sus amigos, acercarse a la cama, subirse sobre una, “hacer el amor” y bajarse sin decir siquiera “Dios le pague”, como un cavernícola. ¡No!, ¡no!, y, ¡no! ¡No somos felices así!

Pensemos que no hay nada más hermoso que hacer el amor poniéndose de acuerdo entre los dos. Recorramos juntos los territorios de cada uno, lleguemos a los lugares nunca conocidos de los cuerpos y detengámonos, acariciándonos y escuchando a nuestra amada, pregúntale lo qué le gusta y cómo, sin apuros. Mirémonos siempre a los ojos y digámonos el uno al otro te amo, no cuesta nada, solo así seremos felices, sin importar las consecuencias.

*Ofelia*

En este mundo nada es casual y peor inocente, tampoco nosotras deberíamos serlo... sólo es cuestión de escarbar un poco y preguntarnos.

El problema de nuestros cuerpos no es sólo problema de pareja sino de relaciones humanas y de cómo yo nos vemos en el mundo.

¿Qué es lo que más te asusta de experimentar? ¿Qué piensas de experimentar y perder el control? ¿Qué piensas que pasaría contigo si descubres que hay cosas que te gustan, aunque no debiera ser así?

*Marian*

*¿Dónde existes tú, qué valor tienes? ¿Nuestro valor radica en la medida que seamos útiles y productivas? ... ¿y tu cuerpo?, ¿simple máquina que se debe mantener sana para mantener a tus hijos? ¿Tus malestares y fracasos, son tu culpa y responsabilidad?, ¿vergüenzas propias y personales? ¿Como toda “buena mujer” eres merecedora de nada y entregadora de todo?... ¿siempre abnegada, firme, fiel y bella?*

Lo más sorprendente de este camino andado, es que toda la fuerza y experiencia que se va teniendo y que va debilitando nuestros miedos, todas esas cualidades que reconozco y nos hacen fuertes, son cualidades y saberes que están y han estado siempre dentro de mí, velados, escondidos, asfixiados y yo, insegura de sacarlos.

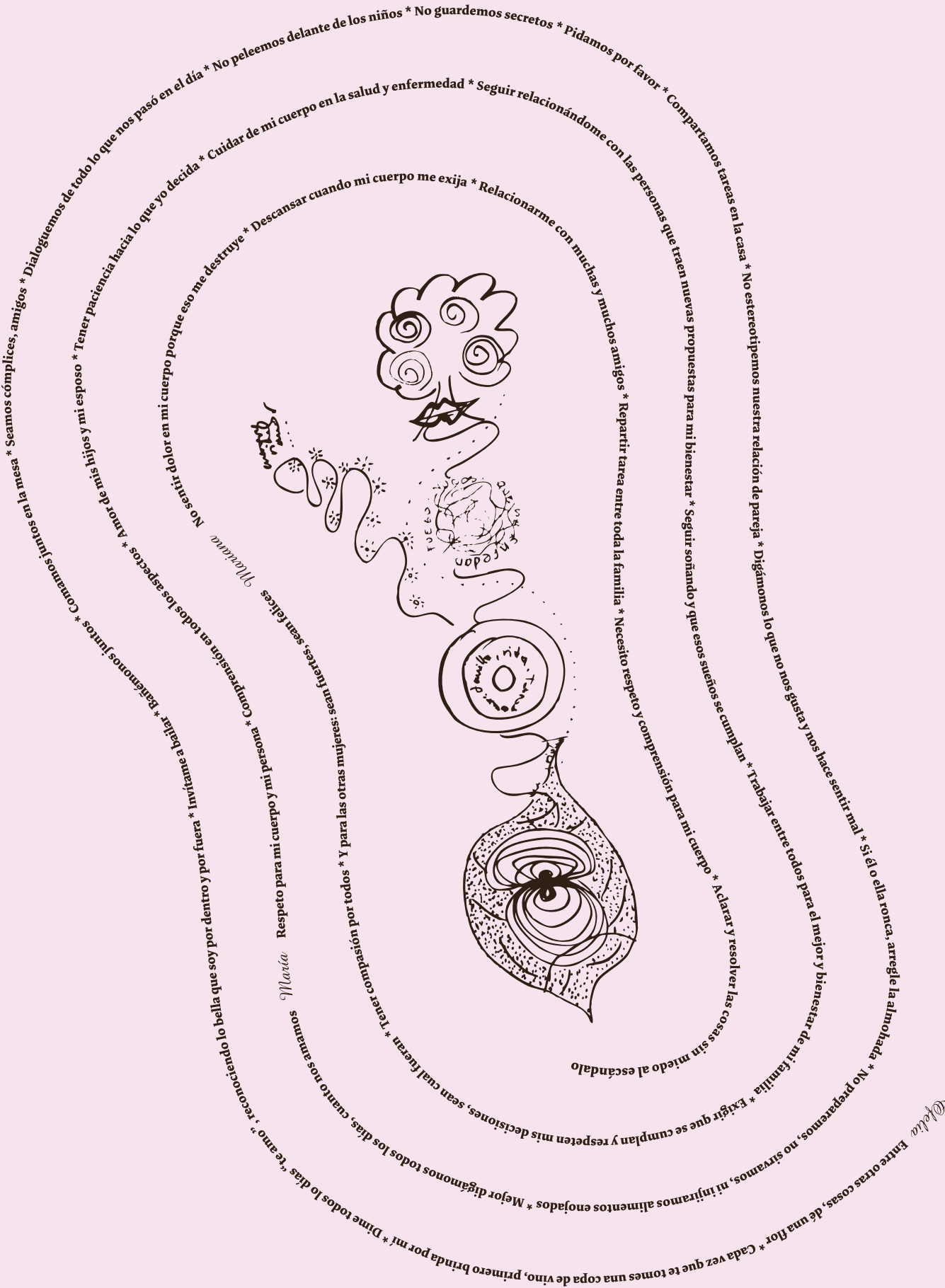
Es increíble el poder que tienen las palabras, el cómo pensar en ellas nos permite visibilizar sus sentidos e intenciones, y reflexionar en lo que se piensa, se siente y se busca decir. Este trabajo es un proceso de amor: descubrirnos y encontrarnos con los y las otras de otros modos más ricos, más vivos, más justos.

*Marian*

Seguramente, quedan muchas cosas pendientes. Tal vez hemos aprendido a vernos desde el lugar común del ser mujeres y nos queda el desafío de aprender desde la diferencia, sin querer borrarla u ocultarla. Las diferencias de clase y de raza entre nosotras, son diferencias que atraviesan nuestra relación sin distorsionarla o perjudicarla, al contrario, nos permiten conocer lo que enfrentamos desde distintos lugares como mujeres. Y aquí, el racismo es una marca muy fuerte que se imprime en la relación de las mujeres con esta ciudad, a pesar de que no es una experiencia que todas hemos vivido, logramos acercarnos a ella a través de mujeres comprometidas en el develamiento de tales relaciones de poder.

Aún quedan preguntas: ¿qué significa ser mujer en una sociedad marcada por las diferencias de clase, de raza y de género?, ¿cómo esas diferencias que se dibujan en nuestros cuerpos, nos colonizan, invaden y nutren de sentidos contrapuestos? Y, finalmente: ¿cómo descolonizar nuestro cuerpo y reconocer los límites de esas diferencias más allá de lo que, por fuera de nosotras, nos nombra, nos norma, nos señala?

*Lucy*







## *Dolor infinito*

*Esta mujer a la que dicen:*

*“¡Es tan hermosa!”...*

*En una celda se golpea*

*como un canario en una jaula de acero,*

*buscando paz y libertad del alma.*

*Z.F.*

POEMA ESCRITO POR UNA COMPAÑERA INTERNA  
EN LA CÁRCEL DE MUJERES DE QUITO

# sara vuelve a casa

## INDULTO sin Liberación

**mujeres de frente\***

**D**obladas con delicadeza, las toallitas fueron colocadas junto a una muñeca de cabeza alargada, las ropitas en el compartimiento intermedio, teteros y gorritas colgaban de los bolsillos laterales. Tamia había cumplido un año el día anterior, la velita fue guardada para el recuerdo.

“Ten cuidado de no mezclar las cosas de la niña con las mías”, recordaba Sara a Analía, mientras sacudía la última esquina de la celda donde guardaba los objetos de su hija. Una maleta para ella, otra para la pequeña, los oficiales de migración llegarían en cualquier momento.

Mirar a la madre separarse de su hija resultaba doloroso. La piel *de todas* se volvía sensible, en el pasillo del pabellón nuestras memorias maternas se desataban, escapaban de nuestros labios como conversación cotidiana, como preocupación constante que se alegraba de que nuestras hijas e hijos no queden en el desamparo, que haya una hermana o una abuela para cuidarlos, que el padre pague los gastos o le reconozca como suyo, que haya una fundación que les dé la educación que no tuvimos, aunque cumpla la infame labor de separarles de nosotras...

Nuestras hijas de la calle, nuestros hijos de la cárcel, de la calle, de la cárcel, una y otra vez. Es sobre nosotras sobre quienes se recicla e intensifica el círculo de la violencia policial que hace que nuestras generaciones pasen por lo mismo. “Negras buenas para los riñones”, “longas carishinas”, “gringas putas”. Piel de intestinas de aquello que no se quiere admitir como fundamento de la nación. Los uniformados emergen como imagen a la que podemos volver la vista, masculinidad principal que nos tutela constantemente, que nos obliga, pues está en capacidad de decidir sobre nuestras vidas, sobre nuestros cuerpos, de traernos compras, de ofrecernos su cariño o alejarnos de su afecto.

---

\* **Mujeres de Frente** somos un colectivo de mujeres externas e internas en la cárcel de mujeres de Quito, activo desde abril de 2004. Entre otros espacios y actividades que hemos sostenido, en junio de 2007, impulsamos un espacio de “organización de las reincidentes”, para reflexionar acerca del círculo de violencia que articula la callejización de las mujeres y la prisión, así como para exigir una serie de derechos negados a las y los reincidentes, discutir la “justicia” penal y reivindicar la construcción de un sistema de justicia reparadora. Desde marzo de 2008, abrimos estas

Masculinidad que llega a seducirnos engendrando hijas, hijos, pues en este mundo de encierro, su protección significa nuestra supervivencia, su engrandecimiento.

Las experiencias de nuestras maternidades deseosas, amorosas, obligatorias y expropiadas, no vienen solas, nos traen recuerdos de nuestras sexualidades; seductoras para el disfrute del otro, abusadas para el disfrute del otro. Amor-poder que entablamos con el abogado, con el funcionario, con la visita en busca de carne-presa, con el marido autoritario y tutelador, con el amante que se cansa de esperar y se va con otra, con los que hablan por nosotras, con los que desean por nosotras, con los que esperan giremos a su alrededor como bailarina de caja musical que no para. El Estado Penal hace posible la ambivalencia hacinamiento-soledad, hace posible la intimidad violenta: nuestros cuerpos rozan los cuerpos del poder. En la calle con el policía, en la cárcel con el guía, amor desde el ahogo, sexo desde el ¡sálvese quien pueda! Mirar mujeres enjauladas es una imagen sexual culturalmente potente.

La cama es testigo del amante que pagó a la guía por unos momentos de pasión. Maternidad emergente del sexo abusado, de la seducción en subordinación, del afecto enredado con la desprotección. Cuerpos de mujeres vulnerados por su sexualidad a través de su maternidad. Afectos que sirven para culparnos. Violencia doméstica del Estado, que te hace desear al hombre que te busca los fines de semana porque sabe que tú lo necesitas. Uno de los castigos más dolorosos es amar a tu opresor. El poder erótico de nuestro sexo intenta ser arrebatado, la fuente nuestra de creatividad intenta ser direccionada para su deseo, así aprendemos a complacer lo que él requiere. Injusticia de los afectos, desigualdad de los sexos, nosotras que estamos presas

---

discusiones y reivindicaciones en la Asamblea Nacional Constituyente. Participamos en las reflexiones, acciones colectivas y en la escritura de los cuatro textos que aquí publicamos: Ana Espinoza, Ana Lía Silva, Andrea Aguirre, Anita Acosta, Carmen Salazar, Esperanza Flores, Gloria Ordóñez, Lisset Coba, Lucía Rosales, Nadia Ribadeneira, Rosa López, Ruth Salazar, Teresa Delgado, Violeta Cisneros, y, en su momento, prácticamente todas las mujeres presas en la cárcel de Quito que se fueron sumando a la lucha compartida.



damos fe de que nuestro cuerpo es el campo donde la gran política libra su guerra.

Aún cuando la justicia busca su camino, parecería que ella sólo es posible mediante grandes actos empujados, dadas las que nos hacen sentir lo frágil, lo minúsculo de nuestras vidas. En el mundo de lo injusto, la promesa de *indulto* no llegó como justicia sino como milagro, ocho, doce años de condena son demasiados para cualquiera, y a veces lo único que queda es tener fe.

“Perdón para las mulas manipuladas”, “compasión”, “misericordia”, como buen patriarca católico, el Presidente Correa predicaba las virtudes de la caridad cristiana hacia los desarra-



dos y las menesterosas del mundo. Nuestras vidas en sus manos. Desde lo altísimo, el poder miraba lejano, ejercía su benignidad hacia las más insignificantes pecadoras del mundo, nosotras las presas. Vidas proclamadas “no políticas”, resultaron ser las merecedoras del perdón del Estado: comerciantes informales de productos ilegales, quizá vagabundas, marimachas, callejeras, mujeres que se enfrentan a la vida.

Perdonar es una virtud cristiana que encierra un aire de superioridad moral, que no reconoce la dimensión política de la insumisión a los roles destinados a nosotras. Nos negamos a ser mano de obra barata en floricultoras, camaroneras, constructoras, empleadas en casas de familias que no son nuestras. No existe el reconocimiento de que nuestra no-domesticidad es desobediencia civil, por eso buscaron perdonarnos.

El Estado *indulta*, perdona, a las delincuentes, pero no reconoce responsabilidad propia. No *amnistía* a “las comunes”, sino solo a aquellos que pertenecen a la gran política, aquella casta a la que no sólo le es posible acaparar sino que, sobre todo, produce las fracturas sociales de las que está hecho este mundo, mundo de “ciudadanos” y “antisociales”.

Pero, no se ofrecía el perdón para las más malcriadas, para las más desafiantes, para las constantemente insumisas, aquellas

que no saben la lección, que no aprenden la obediencia, las que no escarmentan, “las reincidentes”. Para “esas” no habría indulto. Sin embargo, como buenas renegadas, tenemos la conciencia clara de que merecemos algo más que su indulto caritativo, requerimos un tiempo de amnistía política, el reconocimiento de sus responsabilidades como “Estado de sitio”, que se construye desde arriba y con violencia. Menos-mal que creamos la Organización de las Reincidentes, menos-mal que, mujeres presas y no presas, nos aliamos.

No, no somos víctimas ingenuas, seres manipulables, débiles de espíritu que se dejan llevar por la inteligente malicia de nuestros compañeros masculinos. No. Muchas de nosotras hemos escogido el riesgo de la ilegalidad porque entre el desamparo, el encierro femenino, el abuso que provoca el empobrecimiento, traficar o expender pequeñas cantidades, nos libera del empleo doméstico obligatorio, nos permite tener nuestra platita sin depender, cuidar nosotras mismas de nuestros hijos, y ¿por qué no?, comprar un techo donde vivir. ¿Acaso no tenemos derecho?

Nos encontrábamos esperando, ¿llegará el indulto? Tres compañeras habían muerto de angustia, de incertidumbre. Por eso nos organizamos, porque nos duele el encierro, la muerte, pero también porque empezamos a confiar en nosotras mismas, en nuestra capacidad de acción, en la nueva forma de poder que emerge cuando estamos juntas. Hermandad entre mujeres. Cuando, desde adentro, iniciamos la escritura de las 260 cartas que entregamos a la Asamblea

Nacional Constituyente a través de las compañeras no presas que somos parte de nuestra organización, ni siquiera nosotras nos lo creíamos, después empezaron a confiar las otras en nosotras y de repente fuimos muchas.

Nuestra acción colectiva, empecinada, difusa, nos libera de nuestras soledades, de nuestro aislamiento obligatorio, nos transforma en un solo cuerpo, devolviéndonos la creencia, la fe en nosotras mismas, nuestra potencialidad de transformación histórica, minúscula pero nuestra. El placer de la acción colectiva es estar juntas, confiar la una en la otra a pesar de todo, invadir lo público con nuestra palabra retadora.

Las cartas llenaron tres ataúdes de cartón negro, hechos por nuestras manos, en memoria de aquellas compañeras que esperaban el perdón, el indulto, en memoria de nuestras hermanas. Y el indulto no llegaba. A la cuarta fallecida, el gobierno le asignó un ataúd de palo. Y asambleístas visitaron la prisión, se bañaron de gloria caritativa, populista-televisiva, ganando puntos para su imagen política, arrebatando, nuevamente, nuestra potencia política.

Hasta que finalmente llegó el perdón, pero no el reconocimiento político de nuestra liberación, producto, también, de nuestra organización. La “boleta de libertad” llegó como un

premio de lotería. A las beneficiadas nos tocó salir sin tener lugar a dónde ir, nos tocó pedir prestado para tomar el bus, partir a la incertidumbre del no-destino, sin saber qué hacer, qué comer, cómo recuperar a nuestros hijos. Las calles son sólo una prisión más grande, donde deambulamos buscándonos la vida, sin trabajo, sin compañeras de celda que nos aconsejen, que nos acompañen, bajo la marca de haber estado presas, ¿cómo no reincidir? El indulto no permitió reconocer las irresponsabilidades del Estado, la violencia doméstica que el Estado ejerce sobre nosotras, su contribución al destejido de nuestras vidas, desheredadas desde antes, desde siempre.

Sentadas en los patios de la cárcel del Inca, algunas veíamos cómo a algunas otras les llegó la suerte, cómo cargaban bolsas con cositas que tal vez pudieran servir afuera, jabón, aceite, las tablas de la cama, fotos con las compañeras y certificados de perfeccionamiento los oficios domésticos como costureras, pasteleras..., para reinsertarse en la sociedad y, ahora sí, ocupar el lugar adecuado a las mujeres. El estremecimiento se apoderaba de nuestro cuerpo, lo recorrían la alegría por las que se iban, la tristeza de no contar con su consejo, con su consuelo, el dolor de saber que la misericordia no alcanzó para las que ni siquiera hemos sido condenadas aunque llevemos años presas, para las que tenemos un gramo más de lo estipulado, para las que fuimos encerradas por delitos no tipificados como narcotráfico, ni para las reincidentes. Todas luchamos por ello, todas luchamos por la suerte de las otras aunque sabíamos que a muchas no nos tocaría, pues siempre es bueno que alguien salga, este no es buen sitio para nadie.

Como la arbitrariedad es el signo de la “justicia” institucional, muchas fuimos arrojadas a la calle con una mano delante y otra detrás. Algunas extranjeras, habíamos echado raíces donde no debíamos, lejos de nuestro país, y engendramos hijas, hijos del enamoramiento en prisión. De manera que ser deportadas no necesariamente fue un alivio al dilema soledad-hacinamiento, sobre todo cuando una hija ecuatoriana debió permanecer en el país, pues su padre no dio el permiso de salida. ¡Porque la (in)justicia niega el derecho a la madre sobre la hija que se engendró y parió en el país ajeno! Sara recorría el pasillo, no lloraba, tenía las mejillas rojas como si contuviese el



aire hasta más no poder, no hablaba más de lo necesario, sólo recogía sus cosas. Nosotras conteniendo el abrazo. ¿Cuántas veces nos contenemos porque sentimos que no podemos más?, ¿cuántas veces guardamos silencio porque pensamos que nadie escucha?

Sin embargo, nuestra voz se alza y no sólo para ellos, sino para ser pronunciada entre nosotras mismas. Para darnos fuerza, para re-conocernos, para re-definirnos, para volver a perseguir nuestros deseos, para hacerlos propios, sin complacencias. De nuestros cuerpos, nuestras manos, nuestra letra. Nuestra lucha, de cuerpos encerrados frente a un Estado que nos vulnera, nos vulnera.

Y nosotras, intentado resistir en nosotras mismas con el amor que hemos creado y reinventado. Por supuesto fue un atrevimiento nuestro el sólo organizarnos, nosotras putas-seductoras que de seguro somos malas madres por estar presas, nosotras despojadas de toda calidad política, nosotras expropiadas de los derechos ciudadanos que nunca fueron nuestros, que ni cédula tenemos, nosotras ciudadanas atrevidas, no presas, que somos hebra de esta alianza entre mujeres.

Ante el padre que nos castiga, ante el novio que nos chantagea, ante el guía que nos extorsiona, nuestro pequeño cuerpo. El cuerpo del Estado sobre el cuerpo de nosotras. Cuerpo atado a la cama, espacio multiuso: el recibidor de tus visitas, el refugio de la trashumancia diurna adonde regresas después de haber logrado que pase un día más, o simplemente tu pequeño sitio caliente en el mundo de dónde no quieres levantarte a enfrentarlo.

Menos-mal que en este mal mundo, la posibilidad de la creación emerge y pincha la estructura, ahí está Bianca para consolar a su compañera moribunda, ahí estuvo Analía para cuidar de la hija de Sara, ahí está la amiga para advertir a la otra sobre ese “mal tipo”, ahí están Nadia, Andrea, Lisset, Teresa. Ahí estábamos TODAS para juntarnos, para escribir cartas, para inventar acción política colectiva, para exigir una tregua, un respiro a la guerra social que se libra sobre nuestros cuerpos.

Bajo la piel del estigma, rebeldía, insumisión recubierta de indignación que se escapa del confinamiento, que tiende alianzas, Mujeres de Frente, desde la fractura, desde el adentro y el afuera. ¿Nos une la intuición femenina o quizá la experiencia compartida de nuestras feminidades vulneradas?

Salir del país sin la hija que procreaste en prisión resulta una de las ironías más infames de la vida, te quitan a quien puedes amar sin temerle. Complicidad violenta del amante y el Estado sobre tu cuerpo, sobre tu sexo, sobre tu maternidad.

La cama, tu cuerpo, tu sexo, tu vida, la política, se inmiscuyen unos con otros. ¿Promiscuos? La promiscuidad es sólo el revoltijo a veces indeseado del deseo; el encuentro violento de las intimidades forzadas. Violencia que no es sólo golpes sino castigo del afecto, en ocasiones, deseo del propio castigador. Paradoja del hacinamiento: roces obligados, inusitados, repulsivos, a veces, ansías el calor de otro cuerpo. La cobija que conseguiste a plazos, la pequeña almohada, los pliegues de las sábanas son una cartografía de tu vida, de tus deseos, tu sexo. Refugio afectivo.





FRANCOIS LASSO

# Diario entre rejas

analía silva

## QUITO, 2 DE OCTUBRE DE 2008

Yo soy Analía, una mujer negra que siente y piensa que ¡este mundo loco debe cambiar! Los que dictan leyes injustas escriben tiranía para apartar del juicio a los pobres.

## QUITO, 4 DE JULIO DE 2008

Unas compañeras habían escuchado por la tele que se aprobó el indulto, pegaron un grito y despertaron a las que estaban dormidas. Por fin llegó el tan anhelado indulto, indulto que para muchas es alegría, para otras es tristeza porque el perdón no lo repartieron para todas. Los “dioses” se pusieron a elegir: este sí, este no. En esta elección se olvidaron de la gente de la tercera edad, de las reincidentes, de los casos

comunes y de las que tienen más de dos kilos. Las que no estaban sentenciadas quedaron fuera. Mirándonos las caras, consolándonos entre nosotras. Las que se iban nos decían “tranquilas, ya vienen las rebajas”, yo contestaba “¿sí?, ¿cuándo?”

El sábado vino el Director Nacional a confirmar. Ese día, las que no madrugaban, madrugaron. Me detuve un momento a pensar, ¿ahora, con quién me quedo? Mi maestra se va. ¡Otra vez sola! ¿Con quién pelear, reír?, ¿a quién contar lo que me pasa?, ¿quién me levantará el ánimo cuando me encuentre abatida sin querer saber del mundo? Ese mundo cruel que afuera y adentro golpea, destruyendo lazos de amistad que se construyen con el pasar del tiempo; cuando se ven sufrimientos que no me son indiferentes. Ese sufrimiento también siento yo. ¡Qué pena que los científicos no hayan inventado una pastillita para el sufrimiento y el dolor del alma! ¿Cómo no te va doler el alma si no sabes nada de tus caritas sucias que te quitan el sueño y viven en tu mente? En mi corazón anhelo salir para abrazarles, en sus tiernos brazos poderme dormir. Dulces gusanitos, ángeles rebeldes son los dos hijos míos. Tres caritas sucias que viven dentro de mi corazón.

## SÁBADO, 12 DE JULIO DE 2008

Día de visitas que muchas no tenemos. Esperando que se acabe el día para seguir con la rutina. Rutina que está llena de tristeza, soledad, vacío, desesperación, impotencia, rabia y sobre todo dolor, dolor que ahoga el alma y lastima el corazón; que te hace llorar y maldecir la rutina. Esperar que alguien se acuerde de mí y me venga a visitar. Rutina de mirar que a las otras les vienen a ver, felices.

Ellas esperan en la puerta. Cuando llega la hora de irse, cómo duele mirar. Los hijos de sus madres no se quieren separar y por sus mejillas las lágrimas de los dos comienzan a rodar. Mirando el rostro del niño, de su madre, ¡cuánto dolor se ve! Ellos lloran porque entre rejas dejan a su ser querido.

Aquí ellas quedan destrozadas en espera de la próxima visita. Otra vez llantos y abrazos. Hay otras rogando que las vengán a visitar. Otras colgadas en el teléfono

exigiendo que les vengán a visitar. Así es la rutina de este mundo de dolor, aquí en la cárcel.

## QUITO, 20 DE JULIO DE 2008

He despertado a las cuatro de la mañana. Está lloviendo. Me puse a pensar en las cosas que pasan. En este lugar, primero que te dan muchos años y encierran tu cuerpo, con él las ilusiones, los sueños y los amores. Esos amores que quedaron en la calle y no sé su destino.

Aquí hay que pedir permiso para amar, para hablar, para ser acariciada. Si te dan el permiso, se demora tanto que uno de los dos se cansa y ya no ruega más, deja a la voluntad de los que manejan la vida del encerrado.

Los dos estamos presos con la esperanza de encontrarnos y descubrir si aún hay amor, o si en la espera se cerraron las puertas del corazón, así como encerraron nuestros cuerpos, que están cansados de la rutina. En la espera de que algo pase, en esta espera, cuatro compañeras murieron y murieron si ver justicia, justicia que para el pobre se esconde. Las que quedamos estamos buscándola. Ojalá la encontremos antes de que la muerte nos encuentre, como encontró a Gloria, a Vero y a Julia y a Nan, la muerte e injusticia.

## 22 DE JULIO DE 2008

Ha salido libre una compañera del estudio de bíblico. Nos sentábamos juntas y le encantaba hacerme las tareas. No se despidió, me enteré por otras personas. Eso me dolió, no poder desearle buena suerte mirándola a los ojos, y me hubiera gustado abrazarla por última vez y llorar juntas de felicidad. Al fin llegó su anhelada libertad. No sé por donde se vaya, lo único que le puedo desear a la distancia es que sea feliz. Para Dina de Analía.

## QUITO, 30 DE JULIO DE 2008

El indulto comienza a llegar sólo para las de provincia, mientras las de la capital están en espera. Comenzaron a entrar en desesperación. Unas ya no duermen, otras no comen, otras entran en ansiedad, preocupadas, malgenias y sensibles. A mi maestra se le confundieron los papeles. Estaba ella deprimida, luego le han dado la noticia que ya tenía la boleta de libertad. Ya no era ella la que me miraba llorar, ahora era yo la que le miraba a ella llorar, pero esta vez de felicidad. Era un buen motivo para llorar. Días antes le he pedido que no se despidiera de mí cuando se vaya, porque quiero evitar uno de los muchos momentos tristes. Sólo quiero llorar en el momento en el que le eche de menos en el pabellón; la voy a echar de menos en el momento de corregir mis faltas de ortografía y en las mañanas cuando quiera tomar un buen café.

Tengo la esperanza de que pronto nos reencontremos en libertad. El fanatismo del poder no lleva a nada bueno, lleva a la destrucción y desgracia del débil. ¡Fanatismo político!

## AGOSTO DE 2008

Comencé a desesperarme porque el indulto no era para reincidentes; una de ellas era yo. La mayoría de compañeras sabía

que yo era reincidente hace veinte años atrás, y que los antecedentes eran de diez años atrás, entonces me arriesgué, cogí un abogado y saqué todos los papeles de Quito. Cuando pensé que ya tenía todo, me di cuenta de que me faltaba uno, el de Santo Domingo, ocho largos días más de espera que torturaban mi mente. Ya no hablaba con nadie, no comía ni dormía bien, y al lado las otras Mujeres de Frente, apoyándome, tranquilizándome, pero estaba desesperada, mi mente y mi corazón tenía un solo objetivo, salir a la libertad y al mismo tiempo pensaba ¿qué voy a hacer afuera si no tengo a dónde ir?, y ¿cómo? y habían muchas otras sin querer salir por no tener a dónde ir. La cárcel no enriquece a nadie, se sale con una mano delante y otra atrás.

Al fin llegó la esperada boleta, como no tenía a donde ir acudí a Mujeres de Frente, cogí el teléfono y llamé a avisarles, no creían, pese a que siempre estaban pendientes. Conté con suerte, mucha gente estaba atrás de mí boleta: Derechos Humanos, Mujeres de Frente y amigos.

Al momento de mi salida estaban las que nunca me dejaron, las que siempre me acompañaron. Mientras me tomaban los datos, ellas iban sacando mis cositas, que por cierto no era muchas. Cuando me abrieron la puerta de la cárcel del Inca, no sabía si era verdad o una pesadilla abrasándome. Ellas lloraban de felicidad y a la misma vez, de pena; quedaban dentro personas de la tercera edad, personas sin sentencia y personas que por la cantidad no pudieron acogerse al indulto. A la final fueron cinco años que conviví con ellas; me dolió ver cómo se quedaban tras las rejas. Salí un 21 de agosto, no sé si quiero recordar esa fecha u olvidarla. Salí de la cárcel chica a la cárcel grande, a la llamada libertad donde hay otra lucha que enfrentar, luchas que nunca terminan. ¡Bueno, hay que seguir rebuscando si se quiere sobrevivir! ¡Qué fuera de mí, si Dios no hubiera puesto estos ángeles en el camino! Vivo con un ángel que me ha recogido y estoy viviendo bajo su techo. Aún no he conseguido nada, ni un trabajo estable, ni tampoco una vivienda que yo pueda pagar y por el momento estoy estudiando, yendo al Penal porque antes de salir de la cárcel me conseguí un hombre. Él está privado de la libertad, como yo estuve un día. Creo que no le dejaré, a menos que él ya no quiera que le visite, porque consciente estoy que nada es para siempre y que mañana solo Dios sabrá.

Correa vació las cárceles, ¿un favor para los presos o para él? ¡Menos presupuesto para las cárceles y más votos para el Sí! Desde el principio cuando él se lanzó para presidente la gente de la cárcel hacía campaña con sus familiares. Como los presos no podíamos votar, pedíamos a nuestras visitas que voten por Correa. Cuando perdió en la primera vuelta, nos sentimos bajoneadas; se vino la segunda vuelta y no nos despegábamos de nuestros televisores con la esperanza de que gane. Cuando fue la segunda vuelta, la gente gritaba: ¡ganó Correa! Hicimos fiesta en la cárcel.

Algunas compañeras lloraron y otras nos abrazamos de la emoción, y cómo rezábamos para que las puertas de las cárceles se nos abrieran para volvernos a reencontrar con nuestra familia, pero no nos pusimos a pensar que salimos a la nada, sin trabajo, sin tener dónde vivir, sin saber qué hacer.





# crónica de un retorno anunciado

## La reincidencia de Teresa

mujeres de frente

Pasar seis años y medio detrás de las rejas es demasiado para cualquiera, te marca de por vida, te abre heridas tan profundas que jamás terminan de cerrar completamente. Ese es el tiempo que Teresa estuvo en la cárcel de mujeres de Quito. Le faltaba un año y medio para salir con la totalidad de su condena cumplida, ya que le habían negado la pre-libertad por su reincidente “mala conducta”. “...aquí, si les caes bien a los funcionarios sales con la pre-libertad, si no, te quedas... Me contaron que las autoridades me tenían pica por ser lesbiana, y para colmo, una ¡negra marimacha!”. Insolente, pues de las negras, ya que son negras, se espera que al menos aprendan a ser “buenas mujeres”. Teresa es una mujer fuerte de carácter que no se deja ofender, que sabe pelear ante los abusos de la autoridad.

En este país doble-moral, ser lesbiana, ser negra y tener aspecto masculino, es una triple marca de desprestigio. Triple fuente de prejuicios, miradas de asco, rechazo, insultos. La cosa se pone mucho peor si, además, eres pobre y andas rebuscándotelas en la calle, porque las “mujeres” deberían cumplir con los roles pre-establecidos para “su raza” y “su clase”: buenas niñas, amantes silenciosas, voluptuosas, domésticas serviles... Hermosísima negra, lesbiana, varonil, andariega: violencia social por los cuatro costados. Según los pre-juicios, la negra es buena para la cama. La negra lava, plancha, cocina. La negra doméstica limpia la casa ajena de las personas que dicen ser blancas. ¿Cuándo se ha visto que una negra se niegue a complacer al hombre en la cama y a la patrona en la casa? Cuando se niegan a cumplir son tachadas de brutas, vagas, ignorantes e incluso ladronas. Por eso



es necesario actuar, hacerlas rectificar antes de que sea demasiado tarde y se vayan de las manos autoritarias, antes de que se pierdan como cuerpo disponible, mano de obra explotada. Cuando una mujer negra es lesbiana, marimacha y callejera, ni la familia entiende: “Mi mamá me obligó a casarme con un “buen hombre” para ver si así se me quitaba lo lesbiana y me hacía mujercita”. Como si el tener una distinta opción sexual fuera una enfermedad que es necesario curar. “Él me trataba muy mal, no era un buen hombre después de todo”.

A Teresa le tocó buscárselas en la calle, defenderse como fuese posible: trabajo informal, venta ilegal. Aprendió que sobre las veredas encementadas y entre el humo gris de las calles de Quito, no andaban las “mujeres” sino las “mujerzuelas”. Y como no soportaba “el vestidito” de mala mujer, mujer complaciente, asumió una masculinidad rebelde, ágil, dura, tierna y así aprendió a transitar por ese ¡sálvese quien pueda!

Heredera del desamparo social, del racismo, del machismo exotista que recae sobre las mujeres negras, intentaba sacar adelante su vida y la de los hijos que le había hecho el “buen hombre” con el que se juntó, pero que no asumió sus responsabilidades paternas.

Su camino a la cárcel pudo haber sido previsto por los técnicos sociales que saben de proyecciones poblacionales, pero el Estado, como “buen hombre”, tampoco se responsabilizó. Así se traza el destino de muchas, bajo la complicidad de una sociedad de sensibilidad anestesiada, asustada de perder su pequeño privilegio.

Lotería o milagro, el indulto había llegado. En la cárcel de mujeres del Inca, Teresa, por fin, obtendría su boleta de libertad:

“Yo no tenía mi maleta hecha porque no sabía cuándo me iba a ir, de pronto una compañera me avisa, no supe qué hacer, empecé a caminar de un lado a otro sin pensar. Mi compañera de

celda me ayudó, envolví todas mis cosas, que no eran muchas”. Pasaron tres horas antes de poder salir, se debía seguir los trámites de rigor, firmar documentos, esperar, de oficina en oficina para que se cumpla el debido proceso de excarcelación. Cuando Teresa salió a la calle, al sol, al césped, al tráfico, al ruido de Quito, a la vida, nadie la esperaba.

La salida es siempre algo difícil, una mezcla de sentimientos, miedo, alegría, incertidumbre, te invaden el cuerpo, te paralizan. Salir después de mucho tiempo de haber estado encerrada, respirando el mismo aire, viendo las mismas paredes, es algo indescriptible. Dar un paso afuera de la cárcel del Inca e inmediatamente ver la calle mal adoquinada, el bus que pasa echando humo gris, los perros hambrientos que se pasean buscando comida, escuchar de cerca el ruido de la calle, ver la gente que camina apurada, respirar un aire menos denso pero más contaminado, tener miedo de cruzar las calles, reconocer una ciudad cambiada, aprender a caminar sola, desacostumbrarte a ser despertada a las seis de la mañana para que el guía te tome la lista, olvidarte del sonido de las puertas cerrándose todas las noches, sentirte infinitamente pequeña en un mundo que te come, reencontrarte nuevamente con lo que fuiste y lo que eres: “Me sentí sola, tenía mucho dolor y mucho miedo del monstruo que está afuera. No sabía qué hacer en la calle, me daba miedo coger un bus y perderme, así que lo primero que hice fue comprar una tarjeta y llamar a mi amiga para decirle que ya estaba libre. Ella me dijo que tome un taxi y que vaya para donde ella estaba. En medio del miedo del tráfico, el ruido, de la gente, ¡llegué!

Conocí a mi amiga aquí mismo en la cárcel, siempre hubo empatía entre nosotras, desde el primer momento nos caímos muy bien. Ella me tendió la mano, fue la única persona que me ayudó y me acogió cuando salí libre; porque yo, afuera, no tengo a





nadie; si no fuera por ella no sé que habría hecho en la calle, sola, sin tener a dónde ir”.

Transitar por los mismos lugares, regresar a los mismos sitios donde tiempo atrás dejamos nuestros afectos, retornar al mismo barrio marginal o a uno muy similar, caminar nuevamente por las calles que guardan recuerdos, olores, sensaciones conocidas, es una necesidad humana, sobre todo si no tienes dónde ir. ¿A dónde más podía ir Teresa sino a un barrio al que podía sentir que pertenecía?, ¿a dónde más van las personas sino a los lugares conocidos, con la amiga que las acoge y las espera? Porque en el mundo de la calle, de la ilegalidad, la solidaridad y la hermandad son cualidades indispensables para la supervivencia, aunque se entremezclen con la doble intención, el deseo de ganar, el miedo de perder. Amistades, amores, la rutina cotidiana se forma ahí, en esos espacios desprestigiados, con gente igualmente desprestigiada que permanentemente recorre el rumbo ocultado de la calle y de la cárcel, donde la moral y la ley existen como arma del rechazo social. Por eso Teresa volvió a encontrarse con su gente, volvió a quienes la reciben sin juzgarla, sin acusarla ni pedirle explicación; volvió a su refugio, su lugar de pertenencia.

Al poco tiempo, Teresa pudo arrendar una casita para ella y sus dos hijos en ese mismo barrio, a ellos los sacó de la Fundación de beneficencia donde vivían desde que ella había sido detenida. No tenía muebles, cama, ni nada, porque cuando una sale de la cárcel lo hace como entra, sin tener nada: “Compré un dólar de ladrillos y atrás, en una construcción, recogí unas tablas que estaban tiradas, así armé mi cama, sobre los ladrillos puse las tablas y sobre las tablas un colchón. Poquito a poquito

conseguí cosas básicas para poder vivir. Ahí mismo, en la casa, con mesas prestadas y acomodadas, abrí un restaurante de almuerzos, pero no me fue muy bien, no era un buen sector, entonces quería cambiarme a un lugar donde pudiera tener más clientela”.

Teresa lo intentaba, pero por los cuatro costados, el círculo de la violencia social se cerraba en torno a ella. Es como si para algunos, que son un gran porcentaje de la población, la historia fuera un espiral del que no se puede escapar. Pues, ¡cuidado con salirse de los espacios reservados para ellos!, no vaya a ser que se mezclen con los “buenos ciudadanos”, con los hombres y mujeres “de bien”, no vaya a ser que arruinen el ornato del recientemente remodelado Centro Histórico o de la Mariscal; no vaya a ser que ahuyenten el turismo, o que nos muestren lo que en realidad somos: ¡un país con una profunda, cada vez más profunda desigualdad social! “Ciudad-doble-cara”, construida de barrios remodelados, limpios y perfectos, de esos que se muestran en los folletos turísticos, reservados para que los ciudadanos y ciudadanas paseen tranquilos y seguros; “ciudad-otra”, atestada de barrios marginales, periféricos, lejanos, plazuelas, donde habitan los y las “antisociales”.

Ese día Teresa se levantó temprano, dio el desayuno a sus dos hijos, arregló la pequeña casa y limpió el patio. A media mañana, salió a buscar el pan diario para ella y sus hijos. Poco después, en una parada del Trolebus, al sur de la ciudad, fue interceptada por un grupo de agentes Interpol. Ella no alcanzaba a comprender, “¿por qué?”.

Sin evidencia alguna, una mujer policía la acusaba de haber enterrado droga en un montículo de arena cerca de su casa. Se

presumía su culpabilidad porque días antes la habían visto en compañía de una persona sospechosa, porque entró a un restaurante, porque subió a un bus, porque cargaba una maleta, porque era, igualmente, sospechosa. El argumento era su permanencia anterior en la cárcel y la informalidad de su vida. Lo que no se decía, o se decía entre dientes, era: “negra marimacha, algo tienes que haber hecho”. Lo que sí le dijo un agente de Interpol a una vecina que fue detenida en el mismo operativo, fue: “señora, échele la culpa a la negra, a usted que es primera vez que cae le van a creer, sálvese”.

La culpabilidad tiene perfiles predefinidos: empobrecidas, desplazadas, marginadas, vagabundas, negras, longas, raras, sus hijas e hijos, aquellos sobre los que recae la violencia del Estado ciudadano. Estado Penal, poder judicial, jueces, fiscales, abogados y funcionarios, policías, persecutores. Cuerpos de mujeres que no alcanzan a cumplir los estereotipos asignados, cuerpos que asumen actitudes, poses y formas raras y sobreviven en el mundo de la calle, incomprensibles. Mujeres que se niegan a ser explotadas en el trabajo sexual o en el trabajo doméstico, que se niegan a ser “mujercitas” y que revientan otras formas para ellas: carishinas, pelionas, rebeldes, raras y por tanto peligrosas.

Teresa fue arrestada, sus dos hijos observaban. Fueron trasladados a la pequeña casita donde mal vivían. En la mesa del comedor encontraron 0.08 gramos de marihuana, ¡la única evidencia!, cantidad para consumo personal del hábito que había aprendido en la cárcel del Inca. La acusaron de “narcotráfico”, a sabiendas de que un “narcotraficante” no estaría durmiendo en una cama de ladrillos viejos y sobreviviendo gracias a la buena voluntad de las vecinas. La esposaron y la trasladaron a

anti-narcóticos, en donde pasó más de una semana incomunicada –acción policial inconstitucional pero cotidiana–. La (in) justicia actúa así, con la más absoluta impunidad y arbitrariedad sobre quienes no la pueden comprar.

La justicia institucional presume la culpabilidad, no la inocencia, la justicia condena. Mujeres y hombres sin rostro, sin nombre, sin presente, sin futuro, colores de piel determinados, visibles, “delincuentes”. Justicia que presume la culpabilidad de aquellos que transitan por rincones abandonados, recovecos olvidados por los alcaldes, por los gobiernos de turno, por la Comunidad Ciudadana. Sujetos vistos, fotografiados, exhibidos, sólo en el acto ilegal. Culpabilidad de aquellas que llevan auestas la falta de oportunidades, las miradas despectivas, el odio de una sociedad profundamente dividida entre “ciudadanos” y “antisociales”. Esas marcas que algunas, muchas, llevan incluso desde antes de nacer, son las que las condenan; marcas que guían el dedo acusador, que las señala como responsables del malestar de una sociedad fragmentada.

Esas mismas marcas determinaron para Teresa el tránsito por los mismos circuitos, con la impotencia de no poderlos romper. Una vez más, la historia se repite y en menos de un mes Teresa es calificada de “reincidente”, sin entender bien por qué, o más bien, entendiendo bien por qué. Porque para las “antisociales”, para las “delincuentes”, para aquellas cuyo lugar de tránsito sólo puede estar en los márgenes, éste es el único futuro cierto. Nuevamente el Inca, nuevamente en espera de ser juzgada. Su delito: habitar un cuerpo negro, empobrecido, callejero, mari-macho; llevar las marcas del racismo, del sexismo ciudadano; haberse atrevido a buscarse la vida fuera de las normas establecidas.



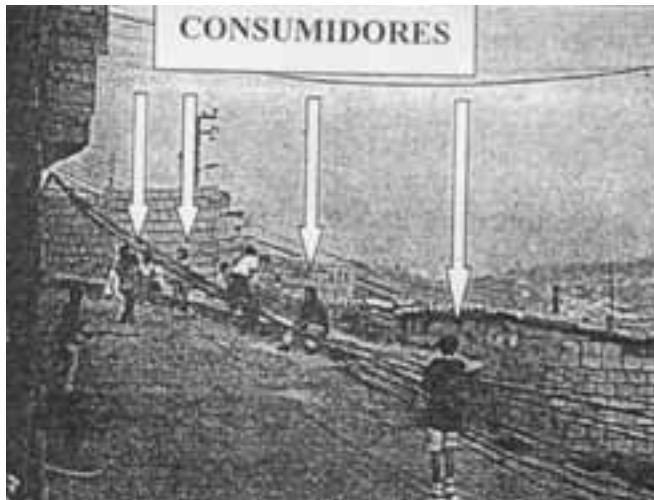
# ¡Qué miedo, Ladrona Ha De Ser!

teresa delgado

Unión, solidaridad y justicia y todos esos cuentos inventados no son más que palabras, ya que nada de eso existe en la vida real, porque la realidad se refleja en los rostros de seres humanos que somos golpeados una y otra vez, por unas leyes sin justicia y una sociedad implacable que en vez de contribuir, destruye.

Yo, Teresa Delgado, una persona, un ser humano que fue castigada por una ley sin justicia. Ley que solo castiga al que no tiene dinero ni padrinos. Cuando se tiene dinero, la ley está de tu lado, no importa cuántos errores o crímenes se cometan, don dinero lo arregla todo sin importar si se es culpable.

Yo cometí un error, ¿será que la ley dice: “pobre mujer, lo hizo porque no tiene dinero, hay que ver de qué manera se la puede ayudar”? No, la pregunta en cambio es: “¿tiene dinero? No, entonces que pague su delito”. Y para demostrar a la sociedad que cumplimos con la justicia: “¿Con cuánto la detuvieron?”, “con 30 gramos de cocaína”, “entonces que le pongan ocho años para que escarmiente y no vuelva a delinquir. ¡A estos delincuentes hay que castigarlos con la máxima condena!”



Yo, Teresa, fui sentenciada a ocho años por tenencia y posesión de 30 gramos de cocaína. Nunca tuve un abogado ni ningún tipo de asesoría legal. Estuve privada de mi libertad durante seis años. Mi último niño tenía un añito y medio, él no sabía lo que sucedía con mamá. Ahora tiene ocho años y sí sabe lo que sucedió con mamá.

Después de pasar seis años y medio detenida, obtengo mi libertad por medio del indulto. Fue la felicidad más grande que tuve. Mis hijos estaban felices de saber que mamá estaba con ellos para nunca más separarse. Nuestra felicidad sólo nos duró un mes. Cuando retomé mi libertad, lo único que tenía era fuerza para luchar, sueños que realizar y metas por conseguir, y darles a mis hijos y a mí misma una vida diferente, correcta y digna. Educarlos para eso, pero todo terminó cuando por segunda vez me detuvieron.

“Teresa, tú eres culpable por el simple hecho que vienes saliendo de la cárcel, y con el indulto son 25 años los que te esperan sin derecho a rebajas ni a ningún beneficio, y peor si eres reincidente”.

Estuve un mes libre y volví a la cárcel. Para mis hijos fue algo muy duro y doloroso volver a perder a mamá. Soy inocente, no estaba haciendo nada que fuera en contra de las leyes injustas

**Yo, Teresa, fui sentenciada a ocho años por tenencia y posesión de 30 gramos de cocaína. Nunca tuve un abogado ni ningún tipo de asesoría legal. Estuve privada de mi libertad durante seis años. Mi último niño tenía un añito y medio, él no sabía lo que sucedía con mamá. Ahora tiene ocho años y sí sabe lo que sucedió con mamá.**

que rigen la sociedad en la que vivimos. ¿Soy culpable, acaso por el hecho de haber aceptado la ayuda de unas personas a las que la Interpol les estaba haciendo seguimiento?

Después de pasar seis años y medio, no tenía ni una cama en la que dormir con mis hijos. ¿Soy culpable acaso por haber aceptado la ayuda de ellos cuando fueron los únicos que me dieron la mano cuando más lo necesité, sin pedirme nada a cambio?, ¿o acaso fue la sociedad la que dijo que hay que ayudar a esta mujer que está luchando para salir a delante? ¿Acaso es la sociedad la que te brinda una oportunidad? No, es la misma sociedad la que se encarga de hundirte más en la delincuencia.



Salí de la cárcel, fui a buscar trabajo: “¿Qué nivel de educación tienes?”, “tercer curso”. “¿Qué experiencia tienes?”, “ninguna, solo sé limpiar, lavar, planchar, organizar la casa”. “¡Tu récord policial!”, “la verdad no tengo, salí recién de la cárcel y necesito trabajar. Soy madre de familia, mis hijos están estudiando, tengo que pagar arriendo, alimentar a mis hijos y vestirlos, y no tengo dinero”, “no, no, no, ya conseguí otra persona, gracias”.

“¡Qué miedo, ladrona ha de ser! En la cárcel solo está la gente mala, ¡qué voy a darle trabajo si viene saliendo de la cárcel!”

Acaso la sociedad dice “hay que ser solidario frente a una realidad que existe”, la sociedad no hace nada más que cerrar las puertas, mientras se preguntan todos los días: “¿por qué habrá tanta delincuencia? Hay que castigarlos para que se termine la delincuencia”. Primero castigan y luego preguntan si eres inocente.

Yo pienso que todos tienen derecho a una oportunidad, y si de esas oportunidades se vuelve a cometer errores, pienso que uno tiene que asumir sus responsabilidades. Yo sé que los errores



muchas veces se pagan muy caro, pero habemos personas que pagamos por delitos que no cometemos. ¿Llamamos a eso justicia, unión, solidaridad? ¡Cuándo solo los pobres e ignorantes somos los que pagamos siempre!

FOTOS EXTRAIDAS DE EXPEDIENTE JUDICIAL, DE CARÁCTER PÚBLICO.



# HABLANDO DE ABORTO

## COALICIÓN POR LA DESPENALIZACIÓN DEL ABORTO

nancy carrión

Cerca del referéndum aprobatorio de la nueva Constitución ecuatoriana, el aborto se convirtió en uno de los temas más polémicos. “Todos” hablaban, criticaban, señalaban, condenaban: aborto abortistas asesinas malasmadres aborto desnaturalizadas inhumanas muerte ilegal crimen aborto matabebés el delegado del Papa los cristianos decimos la vida amor a dios aborto la iglesia asesina el inocente monseñor Jesús y María la familia la virtud la bendición de la vida el arzobispo el presidente desde la concepción el cuidado la protección decidir proteger defender la vida el derecho a...

Meses atrás, en julio de 2007, varias organizaciones de mujeres agrupadas en la Coalición por la Despenalización del Aborto, empezamos a posicionar públicamente una de las propuestas que considerábamos fundamentales en la construcción de un país más justo para las mujeres: la despenalización del aborto. Para esto nos tomamos varios meses de trabajo, debates y discusiones sobre el aborto guiadas por la sensatez, combinando reflexiones políticas, información científica y la experiencia de muchas mujeres. Todas conocíamos a por lo menos una mujer que había abortado; muchas habíamos decidido abortar alguna vez; todas sabíamos que la ilegalidad no evitaba que las mujeres abortaran. La sociedad sabía que con dinero para pagar una clínica privada se puede cuidar la vida de la mujer que decide abortar, y que quienes mueren en abortos clandestinos son las mujeres empobrecidas. En fin, al hablar y escuchar, analizar y aprender, todas entendimos que la ilegalidad del aborto no era otra cosa que una pieza de todo un sistema de control sobre el cuerpo, la sexualidad y la vida de cada mujer, un mecanismo moral de control social.

En febrero de 2008, veintiséis organizaciones sociales de mujeres, firmamos un “Pronunciamiento de mujeres diversas del Ecuador por el derecho al aborto seguro”. En él sosteníamos que el aborto ya era un derecho, ganado en la práctica por las mujeres, pues aunque fuera ilegal, 95 mil mujeres abortaban cada año en nuestro país. Exigíamos honestidad para debatir nuestro planteamiento: la extensión del aborto seguro a todas las mujeres ecuatorianas. La honestidad –con nosotras mismas– también fue el punto de partida de nuestro desafío: entender el problema del aborto de un modo encarnado, a través de nuestras experiencias personales, y explicar su ilegalidad como un problema político que atraviesa la vida concreta de muchas mujeres. Desde entonces, la memoria de nuestros cuerpos se volvió la materia de nuestra política, cuando decidimos romper

el silencio y convertir en palabra las experiencias que habíamos callado, los olvidos obligados. Hablar en primera persona, afirmar: “yo decidí abortar”, fue una decisión política que tomamos al valorar la necesidad humana de la palabra verdadera, la que nombra la experiencia de cada una con el mundo, como posibilidad de creación a partir de aprendizajes profundos.

Lanzadas al ruedo, nos encontrábamos estupefactas y consternadas frente al debate, casi siempre superficial, en el que “Todos” –Iglesia, gobierno, medios de comunicación, asambleístas, partidos de izquierda y de derecha–, habían colocado a nuestros cuerpos. Nuestra humanidad se había constituido en el territorio de la guerra entre el “sí” y el “no” en el referéndum constituyente. ¿Qué decir frente a esta sórdida disputa?, ¿cómo? y ¿a quién contar lo que nosotras sabíamos? Cómo explicar, por ejemplo, que cuando yo decidí abortar sabía que todos estarían de acuerdo conmigo en que la bendición de la vida no siempre me aseguraría mi vida; que la compasión de la gente no siempre estaría conmigo; que el amor a dios no siempre es recíproco; que el delegado del Papa, el arzobispo, el presidente nada conocían de mi vida, de lo que quería y soñaba hacer. Cómo mostrar que el cuidado, la protección, el amor los aprendí desde niña; que, como a todas, sobre la vida me enseñaron muchas madres, la que me parió, las que me cuidaron, las que me hablaron de la menstruación y me explicaron que un óvulo fecundado es casi igual a otro sin fecundar, por lo que hay embarazos que el cuerpo no reconoce y aparecen como retrasos menstruales. Cómo denunciar que la iglesia de los ricos ha matado a bebés, a sus madres, a sus familias, a sus pueblos; que abortista es el mercado negro de los servicios insalubres, de cuyas ganancias dependen las virtudes de muchas familias. Cómo recordar que dios es amor y sabe ser madre con las mujeres cuando nos enseña a decidir; que la maldad puede ser observada en las calles, sobre las madres que no pueden cuidar a sus hijos por el pesado trabajo que deben realizar todos los días; en los hijos que perdieron a sus madres por razones asociadas al empobrecimiento. Todos sabían, como yo y como muchas más, que las condiciones y oportunidades que esta sociedad ofrece dejan mucho que desear, todas sabíamos de la irresponsabilidad de los padres y el Estado en el cuidado y crianza de los niños y niñas.

### LOS DIÁLOGOS NUESTROS

Juntas, de una memoria a otra, fuimos testimoniando la historia de muchas; historia que la sociedad calla: “...sin trabajo,





¡chuta!..., si tienes hijos se pone más jodido, ahí sí que coges cualquier cosa, porque la desesperación de no tener para los pasajes, no tener ni qué comer, ver que el guagua llora sin parar y que es de hambre y que vos no tienes ni medio... de la mala suerte hasta se te enferma, todo te cae encima, y vos sin plata, nada... eso sí es duro. Pero si eres buena, la vida te recompensa, cualquier trabajito asoma por ahí, porque ahí sí toca cualquier cosa... yo sí entiendo que las mujeres anden por ahí vendiendo paquetitos de polvo o hasta el cuerpo por plata... es que la vida es dura para una madre soltera, porque casi todas terminamos solas con los hijos y, cuando no, el papá tampoco ayuda mu-



cho, ahí se queda en la casa, pero a los hijos tampoco los cuida. Entonces a una le toca todo, dejar haciendo todo en la casa, salir a vender, buscar cualquier cosa. Pero así uno busque y busque trabajo, a veces nada funciona... pero una madre es capaz de todo, de todos modos a una le toca sacar adelante a los hijos, con lo que sea, hasta prostituyéndote... claro, si eres buena madre pues, porque también podrías dejar tus responsabilidades ahí y hacer tu vida como hacen tantos hombres cuando la preñan a una y se van. Ya todo depende de una, porque una tiene que decidir qué hacer: ser una buena madre o no ser nomás. Para qué meterte a tener hijos si no vas a poder criarlos”. La obligatoriedad de la maternidad, siempre sacrificial, crea las condiciones para que las mujeres seamos explotadas económica y sexualmente y que la resistencia que pongamos sea menor, pues “si tienes hijos... ahí sí toca cualquier cosa”. La exigencia del sacrificio hace más efectivo el complejo sistema de explotación y opresión de las mujeres. Desde su historia, Azucena nos conducía a reflexionar sobre su experiencia, mostrándonos que el control de la reproducción femenina permite un control sexual-estructural que posibilita la existencia de los patriarcados capitalistas

cuando el cuerpo-mujer, vaciado de su contenido humano –la capacidad de decidir–, permite articular los mecanismos económicos, políticos y sexuales de dominación.

Y cuando nosotras respondíamos que nos negábamos a las maternidades obligatorias tanto como a las exigencias de sometimiento sexual, con frecuencia teníamos que soportar un: “¡Putas!”, como grito indignado por nuestra resistencia a ocupar el sitio “natural” de subordinación. “¡Putas!” también porque el aborto es la prueba del placer femenino. “¿Tienen sexo sólo por placer?”, nos increparon en un debate público. Y nosotras, “sí, porque el placer nos recuerda que somos cuerpos sensibles, para amarnos y relacionarnos saludable y honestamente con el mundo”.

Y Patricia, en voz alta, pensaba: “el placer femenino es el mejor anticonceptivo... ¿será por eso que se asustan?” Indignados, nos reprendieron: “¡sólo piensan en acostarse con hombres, pero en las consecuencias sí que no piensan!”; porque en un mundo de desigualdades eróticas, la mujer es quien debe pre-ocuparse desde siempre. El ciclo menstrual, los riesgos de embarazo, el ginecólogo, los anticonceptivos, el bienestar y cuidado de la relación, etc., son preocupaciones de la mujer, mientras él exige ser complacido. Peligroso sería cambiar este orden “natural” de las relaciones porque muchos placeres masculinos no podrían

satisfacerse y mucha libertad dejaría a las mujeres. Peligroso. Por eso el placer femenino debe ser regulado por el control moral patriarcal. Y como en el control moral los patriarcas encuentran el placer sexual de su poder político, reconocíamos al señalamiento de “¡putas!” como un mecanismo repetitivo de disciplinamiento sexual: opresión femenina para el placer y la libertad masculina.

Moviéndonos entre los indignados guardianes de la hipócrita moral pública, nosotras fijábamos en nuestra cabeza lo que con cinismo escondían las autoridades de salud, a pedido de los políticos. Ellos sabían que Sara decía la verdad cuando, con datos del Ministerio de Salud Pública en la mano, afirmaba que: “los abortos clandestinos y mal practicados constituyen la tercera causa de muerte materna en nuestro país”. Ellos y todo el mundo sabían que Aída no mentía cuando decía que: “para las jóvenes el acceso a métodos anticonceptivos es muy difícil, porque aunque sepas dónde se venden los condones, cuando vas a comprar uno, te miran de arriba abajo, te preguntan que para quién es y te dicen cualquier cosa: “cochina”, “indecente”. Y peor si eres negra, porque joven y negra pidiendo un condón... ahí sí eres de lo peor, ”¡prostituta!”, y no te atienden”.

Que Virginia, como médica que conoce de los problemas de salud de las mujeres, era honesta al contar que: “la situación en las zonas rurales es muy difícil, las mujeres no tienen acceso a anticonceptivos, hay sitios en donde no se sabe qué es un dispositivo intrauterino, ahí es el Estado el responsable de los embarazos no planificados, no deseados”. Que Gabriela no estaba inventado cuando explicaba que: “la ilegalidad obliga a la clandestinidad y eso te vuelve más vulnerable, los médicos pueden hacer contigo lo que les dé la gana porque saben que dependes de ellos y que ninguna mujer podría ponerles una denuncia diciendo: “cuando me hizo un aborto...”, porque se estaría delatando a sí misma”. “A mí sólo me pusieron una T de cobre sin consultarme ni avisarme, y digo “sólo”, porque pueden hacerte cualquier cosa”.

Desprovistas de información y acceso efectivo a métodos anticonceptivos, pero fundamentalmente expropiadas del conocimiento de nuestro cuerpo, las mujeres somos tratadas como la carne sobre la que el ejercicio de la violencia es legítimo; violencia del Estado reproducida a través de una cultura que mira a la sexualidad femenina con temor y desconfianza; violencia cultural ejecutada por cualquiera en el acceso ilícito a nuestros cuerpos.

Entre muchas, de todas aprendimos. Observamos cómo “Todos” lo hicieron en sus propias familias. Entendimos que quienes más sabemos sobre la salud de la vida somos las mujeres, reconociendo como verdadera la afirmación que hacía Angelina, desde el conocimiento de la selva amazónica: “en todas las culturas, hemos sido las mujeres las que más desarrollamos los saberes de las plantas que curan..., eso lo aprendemos con las mamás, las abuelas, para cuidar a los hijos y nietos, los de una misma y los de las otras”. Así, también aprendimos de su consejo: “cuando la menstruación se retrasa, una puede tomar infusión de ruda, frente a los retrasos menstruales una no debe debatirse si está o no embarazada, si aborta o no, porque mientras el óvulo no se haga carne, mientras sólo haya sangre, no hay vida humana, ¡no hay embarazo!”. A través de minuciosas conversaciones, Angelina sorprendía a muchas de nosotras carentes de conocimiento y cargadas de prejuicios que la moral de occidente convirtió en verdades absolutas, sobre nuestra salud y sexualidad.

Todas nos reconocíamos en el desempeño de un modelo de sexualidad en el que predomina la satisfacción masculina, mientras su posible resultado, el embarazo, se asume como responsabilidad únicamente femenina. Nos identificábamos en la historia

de Pilar: “a los hombres pocas veces les importa lo que una siente, buscan satisfacerse y ¡ya!, si sentiste placer o no, eso es tu problema, pero ellos ya se complacieron y ya la regaron sobre ti... Sí, cuando yo me quedé embarazada fue una vez que apenas habíamos empezado, yo sin siquiera despegar, ¿y él?, ¡ya terminó!... ¡ah!... Y el muy cara dura se da la vuelta para dormir, y yo ahí, tirada, manchada y, semanas después, embarazada. Una relación para que se satisfaga él y pague yo las consecuencias”.

“Todos” conocen el entramado de estas historias y la responsabilidad social masculina sobre el aborto. Entonces, ¿por qué “Todos” no concluyen lo que nosotras?, ¿acaso desconocen la



experiencia de las mujeres en relación a la sexualidad, el embarazo y la maternidad; experiencia y conocimiento que nos permite sostener la necesidad de despenalizar legal y socialmente el aborto?

Puede que sí, que desconozcan la violencia sexualizada, que digan incluso que la humanidad ha superado las desigualdades de género. Sin embargo, a pesar de ser doloroso, nosotras reconocemos la violencia sexual sobre nosotras. Para muchas esta violencia está atravesada por otras discriminaciones de clase, segregaciones por el color de piel u otros desprestigios heredados. Para otras ésta se erige sobre los privilegios de clase que constituyen los intachables prestigios familiares. Para todas, esta violencia se reproduce y legitima, de manera paradójica, a través de las culturas que nosotras, las mujeres, reproducimos. A todas, esta violencia nos ha causado confusiones distintas según nuestra edad. También es por esa violencia que nos hemos juntado, para mirar que el problema no está en cada una de nosotras; para descubrir a través de nuestros cuerpos la historia de una humanidad misógina; para que el reconocimiento público de esa violencia sea la denuncia de la perversidad sexista



que nos violenta y nos controla, o mejor dicho, nos controla para violentarnos más fácilmente. Lo reconocemos públicamente aunque esto signifique exponernos.

Cuando mujeres urbanas, de clase media, con acceso a la educación; más organizadas unas, con más experiencia otras, nos reunimos para construir nuestros planteamientos hacia la Asamblea Nacional Constituyente, miramos que la historia sexual de todas estaba atravesada por lo menos por una experiencia de dolor, confusión, no-placer: “cuando yo no quería, él se colocaba sobre mí, y yo, incómoda por su peso e insistencia, terminaba cediendo, diciendo que bueno pero que no fuera tan brusco, porque de ese modo me dolía”. “Siempre tenía que repetirle que no era falta de amor, sino que simplemente no puedo tener sexo cuando estoy cansada, cuando me lastima, cuando sólo quiere satisfacerse él y ni le importa lo que yo siento”. “Si las cosas no eran cómo y cuándo él quería, me acusaba de frígida”. “Cuando le pedía que se pusiera condón, me decía que así no sentía nada, me chantajeaba y amenazaba con dejarme”.

Y sin mucha diferencia, las historias que el Movimiento Nacional de Mujeres de Sectores Populares Luna Creciente analizaba para resolver su postura ante a la Asamblea Nacional Constituyente en relación al aborto, construyeron por sí mismas los argumentos de la decisión correcta: “el aborto debe ser despenalizado totalmente, pues todas somos casos especiales; sino digan qué mujer no ha pasado por una relación sexual no deseada”. Así también lo hicieron las mujeres que trabajaron en la mesa de género de la Asamblea de la Ecuarunari el 18 de marzo del 2007, al lograr la aprobación de su propuesta: “la continuación o interrupción de los embarazos debe ser decisión únicamente de la mujer”. Lo mismo decidimos las mujeres de distintas provincias del país en la Pre-Asamblea Constituyente de Mujeres convocada por el CONAMU en Riobamba en junio del mismo año, cuando aprobamos en plenaria que “la decisión de mantener o interrumpir un embarazo es únicamente de las mujeres y está respaldada por el Sistema Nacional de Salud”. Sin embargo, en el transcurso de la Asamblea Nacional Constituyente, la propuesta de despenalización del aborto fue tachada de inoportuna, absurda para el proceso constitucional y finalmente eliminada, descalificando la decisión política de miles de mujeres y contradiciendo el propio discurso de la Asamblea Nacional Constituyente, que decía privilegiar las propuestas políticas construidas desde abajo.

Si al conocer las mismas historias y mirar la decisión de muchas mujeres, “Todos” no concluyen lo que nosotras, es porque tal vez desconocen de esa manera profunda que solamente se logra cuando lo que se *aprehende* atraviesa el cuerpo y se coloca en la piel para sentir-pensar el *problema de conocimiento*. Esa forma de conocimiento que Gladys, con la sabiduría que le habían dado tantos años de traer vidas al mundo trabajando como partera en una parroquia de Esmeraldas, explicaba es necesaria para hablar de estos temas complejos como el aborto, porque: “antes de hablar, una tiene que aprender a ponerse en la piel y cuerpo de la otra para mirar y sentir lo que vive cuando decide abortar”.

### DESDE LA DISTANCIA FRÍA, LA INDIFERENCIA CLÍNICA

Por no poder o no querer conocer de este modo, como Gladys nos enseñaba, muchos y muchas prefirieron hacer como si nada supieran, como si nunca hubieran conocido a una mujer que decidió abortar, como si la indiferencia de sus miradas les quitara su responsabilidad sobre el malestar y la vida de las mujeres maltratadas, despreciadas, subvaloradas por expresiones como: “en ningún momento vamos a alentar prácticas de muerte, por eso hemos dicho que ninguno va a alentar el tema del aborto”. (Alberto Acosta, Diario El Comercio, 31 de marzo de 2008). El mismo cinismo punzante se expresaba en algunos compañeros y compañeras de izquierda cuando nos decían: “no es el momento histórico, hablar de la despenalización del aborto es poner en riesgo todo el proyecto constitucional... las mujeres deben estar contentas con los derechos alcanzados en la Constitución de 1998 y arrimar el hombro en este momento”, mientras nos instaban a guardar silencio. Contribuyan, “hay otras cosas que están más avanzadas, te puedo decir el tema de la economía, están como más maduras para que haya un salto... esta es una sociedad atrasada y machista todavía”. (Paco Velasco, entrevista en la radio La Luna, 18 de febrero de 2008). La interpe-lación del silencio y las sutiles amenazas de ser señaladas como traidoras al proceso revolucionario circularon abriendo fisuras en su propio discurso: “estamos de acuerdo con la despenalización del aborto, pero... la derecha aprovechará para atacar, no es pertinente hablar del tema en la coyuntura de una nueva Constitución”. La actitud sacrificial de autopostergación lleva-da a lo público por algunas mujeres, nos mostró que la “política real” se construía con la negociación de nuestras demandas: “silencio por el bien del pueblo”, dijeron.

Las sentencias amenazantes de unos y el silencio sacrificado de otras fue el terreno perfecto, para que con enormes limitaciones políticas e intelectuales, las ex-modelos y asambleístas de Alianza País, entre otras y otros, sintieran legítimo su derecho de amenazar y chantajear con votar “no” en el referéndum de la nueva Constitución si no condenaba como crimen a todo tipo de aborto, incluyendo el que permite salvar la vida de la mujer. Leales centinelas del paradójico vínculo moral entre la izquierda y la derecha, con las mismas limitaciones adornadas de prepotencia, algunas asambleístas de Alianza País mostraron, sin darse cuenta, que defienden la vida de un cigoto por sobre la de aquellas mestizas-longas-cholas-negras-morenas que sí conocen las complejidades de la maternidad obligatoria, empobrecida; mujeres que les provocan un rechazo visceral, inexplicable. Mujeres que, sin embargo, sirven en sus casas como empleadas domésticas y niñeras, pero siempre manteniendo una distancia “sana” con los niños, develando, así, su deseo clasista de que ojalá nunca esas mujeres empobrecidas vayan besando y abrazando a sus hijos blanco-mestizos, a quienes como niñeras tienen la obligación de cuidar, pero no el derecho de amar.

Con mucha lucidez, Azucena iluminaba el panorama explicando que las asambleístas, las “Pro-vida”, esposas de empresarios, insisten en santificar el momento de la concepción porque



no saben qué es defender la vida cada día, porque ninguna conocía lo que ella, el angustiante dolor de oír a su hijo llorar durante horas, y ella... sin atinar qué hacer, cómo conseguir comida. Nos estremecía la historia de Ximena, quien le quitó la vida a su hija para ahorrarle sufrimiento, porque sabía que no había vuelta atrás, la desnutrición estaba tan avanzada que el llanto desgarrador no significaba más que el dolor del hambre y el sonido de los raquíticos pulmones exhalando el aire que les quedaba. Dialogar desde nuestras experiencias es para nosotras una manera de ampliar nuestros conocimientos a la vez que un modo de desafiar políticamente a una sociedad que nos quiere fragmentadas y enajenadas.

### DES-CUBRIÉNDONOS EN LA FRONTALIDAD, RENCONTRÁNDONOS A TRAVÉS DE LA CONFIANZA

Cargadas de historias nos reencontramos, con cuerpos manipulados y hasta expropiados de nosotras mismas, para que el desarrollo de la ciencia médica sea posible; con la voz silenciada por la doble moral patriarcal; prohibidas de aliarnos en vínculos “extraños” por su diversidad, “peligrosos” e indigeribles

para los purismos culturales. Nos re-conocemos ya no a través del ojo patriarcal y la mirada sexista y misógina de desconfianza hacia las otras y nosotras mismas, sino que nos volvemos a conocer a través de nuestros cuerpos parlantes, con la palabra re-apropiada y potenciada por la compañía de otras para decir: “Yo decidí abortar”, y “yo sé que tu decisión fue la correcta”. Rompiendo el silencio nos reconstruimos. Así vivimos el deseo y la necesidad política de continuar las transformaciones hacia un mundo más justo para nosotras, todas. Descubrimos lo erótico como poder cuando recuperamos nuestros cuerpos, cuerpos como sitio legítimo y privilegiado desde donde hablar públicamente, cuando hacemos de nuestras vidas un recorrido para una política apasionada.

Juntas nos des-cubrimos con la frontalidad de la palabra encarnada, viva, cuando decimos: “nosotras decidimos abortar”; con la palabra desobediente, cuando roto el silencio, optamos por acompañarnos una a otra y sostener con firmeza que seguiremos hablando y construyendo estrategias para proteger nuestras vidas, transmitiendo a otras los conocimientos que construimos en esos diálogos nuestros.



A black and white photograph of a person's hand touching their own body, with a book cover overlay. The image is artistic and sensual, focusing on the texture of the skin and the gesture of self-touch. The book cover is semi-transparent, allowing the background image to be visible through it.

# **masturbación Femenina**

**experiencia auto-erótica Para La Liberación  
De La opresión sexual**

**margarita aguinaga**



La masturbación femenina es un tema del que nos cuesta hablar, un tabú, un miedo, algo de lo que sólo se habla en voz baja o a través de seudónimos, un espacio sexual casi para el olvido, en el que prima la negación de las mujeres y la incapacidad para reconocer su deseo sexual que las diferencia de los objetos. Muchas veces, la masturbación está ausente del mismo diálogo feminista y de la izquierda.

Sin quitar la validez de que la masturbación femenina se asuma de las formas que se quiera, la pregunta que me hago es si ésta es importante en el proceso de asimilación de la individuación feminista y de lucha por una nueva manera en que las mujeres podamos apropiarnos de nuestro cuerpo a través de la experimentación.

La masturbación femenina es invisible para la mayoría de las mujeres, casi similar a su capacidad de decidir, de hablar, de trabajar. Ha sido considerada de segundo orden, pues muchas veces la expectativa sexual de primer orden y finalidad casi “absoluta” es el encuentro sexual con un hombre. La masturbación femenina para algunas mujeres es, sólo a veces, el espacio de desahogo de la soledad o de la falta de un hombre, el interludio en la relación espaciada entre un hombre y otro posible.

Para la mujer el espacio en la cama con su soledad corporal y sexual es todo un proceso: movimientos sexuales; tocarse, rompiendo la barrera del miedo de hacerlo y de decirlo; el reconocimiento de imaginarios, sensaciones, dualidades, insignificancias; estacionamientos difíciles de sobrepasar –por ejemplo, la posición difícil de cambiar ante sí misma, las múltiples opresiones que se manifiestan en las imágenes que se construyen en el momento de la acción sobre su cuerpo–. Finalmente, la masturbación está compuesta por lenguajes sumamente importantes para significar, interpretar y reconocer la división y opresión sexual manifestada en la construcción psíquica, económica, política-cultural y sexual, de sus deseos y su cuerpo.

La masturbación femenina no es sólo un montón de caricias en el cuerpo, sino un proceso de lucha por una intimidad para la apropiación del cuerpo individual de cada mujer. Aunque nos incomode escucharlo, es el rincón donde empieza la auto-erótica; para las mujeres es un paso esencial hacia el amor propio.

La auto-erótica, el máximo placer femenino por medio de la masturbación, podría permitir que las mujeres ocupemos el territorio vaciado de nuestro cuerpo, asignado para el dominio sexual de los otros. Al convertir el deseo en una opción y no en una necesidad, podría articularse un proceso de diferenciación emancipadora de nuestra sexualidad: hacerse otra, pero como individuo con su propia capacidad, auto-reconocido en su propio poder sexual y en su propia capacidad de decidir y; reconocer la belleza y la profundidad del cuerpo de los otros/otras. En ese momento, podría producirse el paso del deseo intenso al amor profundo, puesto que esta auto-erótica va más allá de una pulsación biológica del deseo, es ante todo humanizadora y creadora.

Hay pasos muy cortos entre el deseo profundo y el amor intenso, pero las mujeres a veces ni siquiera llegamos a saber qué significa lo uno ni lo otro. Las mujeres fuimos castradas en nuestros requerimientos sexuales básicos. La cultura dominante instaló en nuestros cuerpos un cinturón de castidad social que nos oprime y cuando queremos desabrocharlo, otros vociferan que hay que parar esas posibles “irracionalidades” femeninas, advierten que las mujeres nos volveremos locas y descontroladas, que entonces, para calmarnos, hay que devolvernos al poder masculino y someternos a la autoridad.

Cabe construir un puente entre el proceso de sensibilización sexual femenina –como entorno de la sexualidad– hacia la acción sensitiva y afectiva sexualizada que es la masturbación femenina, epicentro de placer del cuerpo, de la mujer misma y de una colectividad. La masturbación femenina, entendida de este modo, es el espacio de autoexploración del deseo sexual individual, manifestado en el diálogo de la mujer con su propia corporalidad, en pro de mirarse a sí misma, sin esconderse de sí.

El feminismo ha indicado que la autonomía femenina requiere de un proceso de individuación y transformación total de la relación con las y los otros. La masturbación femenina hace parte de ese recorrido. La erótica femenina es un espacio de poder que permite llevar adelante la diferencia entre lo masculino y lo femenino, es la mujer encarada hacia sus prácticas sexuales íntimas, cuestionadas socialmente, y entroncada en “el privado

femenino”, del que otros sólo se atreven a hablar mal; del que se ocupan los doctores para intervenir desde la biología, la medicina o la psicología, o la iglesia para decidir sobre la sexualidad de toda una colectividad.

Sacada del baúl de las abuelas, no hay nada más bello que la masturbación femenina, reconocer la piel, las sensaciones, el propio placer. Es una fuente de vida y de amor propio. Es un acto de creación política. Si de libertad se trata, una de las libertades más importantes para las mujeres es el sentirse a sí mismas sin prejuicios, el contactarse con sus deseos, superando las barreras patriarcales instaladas en la conciencia que niegan la satisfacción sexual. La satisfacción sexual femenina es la base de la erótica feminista.

Como casi todo lo demás, la masturbación femenina empieza con el reconocimiento de la experiencia sexual construida con los y las otras. En la mayor parte de casos, puede ser que lo masculino sea una importante presencia en la construcción de la idea de la masturbación femenina, porque lo masculino es considerado el motivador sexual y germen de esta sexualidad. Como forma de poder, la sexualidad masculina en una sociedad patriarcal sobrepasa el límite de lo justo, cumple el papel de “origen” del placer sexual hasta convertirse en el concentrador y reproductor de las sexualidades femeninas y masculinas –no sólo de eso, pues si no fuera así, el poder sexual ejercido desde una concepción falocéntrica, androcéntrica y heterosexual no sería tan profundo y difícil de superar–.

Entre otras cosas, la masturbación femenina puede sobrepasar el papel de recurso complementario o de búsqueda de mayor placer, para considerarse una estrategia, una nueva manera de relanzar la sexualidad femenina, de acercarse al placer por *decisión propia*, a la devolución del control, el reencuentro, el retorno a la inventiva, a la capacidad sexual y a la construcción del poder feminista a partir del cuerpo de las mismas mujeres.

Desearse, quererse, estimarse, reconocerse en cada fantasía femenina, en cada parte de la piel es, simplemente, sentirse por opción, es un paso a la auto-identificación que puede ayudar a superar las miradas impositivamente ajenas y el dominio de

otros sobre el cuerpo de las mujeres. Puede permitir avanzar de “soy una necesidad para otros” o “necesito a otros” hacia “opto por mí misma”. La apropiación de la opción por sí misma es importante, más si ésta logra enfrentar las represiones sexuales instaladas en el inconciente, en la cultura y todos los aspectos de la vida humana.

Masturbarse, descompuesta la palabra sin ir a ningún diccionario, podría significar más-turbarse, confundirse más, porque la vuelta a la masturbación femenina puede ser un camino con dificultades y muchas veces doloroso. Sólo la des-construcción de la idea religiosa del “cuerpo sucio” y el “cuerpo puro”, genera duras confrontaciones y dificultades para el reencuentro personal y social, porque mayoritariamente el cuerpo femenino está exigido a la santidad. El solo hecho de hacer que mi cuerpo haga lo que *quiero* es un forcejeo con la costumbre de hacer *siempre lo que los otros quieran* para

complacerlos. Pasar al “hago de mí un cuerpo para el placer y la satisfacción sexual por acción conciente de mi libertad”, es toda una batalla en la que el resultado no siempre es la satisfacción propia, la decisión propia, la lucha por la libertad plena.

Los aportes hechos en este artículo requieren de la construcción de muchos más elementos, del pasar desde la propia orilla –desear tanto como amarse a sí misma– hacia la deconstrucción de la terrible fragmentación del cuerpo femenino. Pasar de desear y amar a otros, otras, hacia una satisfacción no opresiva, es parte de un feminismo profundamente humano, que desencadena lo erótico, retorna a lo erótico como práctica sexual profundamente crítica y extremadamente amorosa, desde las palabras justas que hablan sin miedo de aquellos temas “olvidados”, “tabúes”, “peligrosos”, “de segundo orden” o “no tan políticos” para el Estado, la familia, las relaciones afectivas –como los de la despenalización del aborto, las opciones sexuales–. Sin duda, para asumir la libertad sexual integral del feminismo, hay que empezar a hablar y transformar aquello que está oculto en tanto mito y prohibición sexual, *porque del desnudo se habla en lo público, con amor y respeto acerca de lo que es lo más íntimo y prohibido del cuerpo: los deseos sexuales femeninos.*







**audre lorde**

De ahí sólo hay un paso a la falsa creencia de que las mujeres sólo podemos ser realmente fuertes si suprimimos lo erótico de nuestras vidas y conciencias. Pero esta fortaleza es ilusoria, ya que se concibe en el contexto de las pautas de poder masculinas. Las mujeres hemos llegado a desconfiar de este poder, que surge de nuestro conocimiento más profundo y no racional. El







# Heterosexualidad Obligatoria y existencia Lesbiana

adrienne rich

Si las mujeres son la fuente más temprana del cuidado emocional y de la nutrición física para los niños tanto del sexo femenino como del masculino, parecería lógico, al menos desde una perspectiva feminista, plantear las siguientes preguntas: si la búsqueda de amor y ternura en ambos sexos no lleva originalmente hacia las mujeres; por qué, de hecho, alguna vez las mujeres querrían dar una nueva dirección a esa búsqueda; por qué la supervivencia de la especie y los medios de fecundación, y las relaciones emocionales y eróticas, deberían volverse tan rígidamente identificados los unos con las otras; y por qué deberían de encontrarse con restricciones tan estrictas para obtener por la fuerza la lealtad emocional y erótica de la mujer y su subordinación a los hombres. Dudo que suficientes estudiosas y teóricas feministas hayan hecho el esfuerzo de reconocer las fuerzas sociales que arrancan las energías emocionales y eróticas de las mujeres de ellas mismas, de las otras mujeres y de los valores identificados con la feminidad. Estas fuerzas, como trataré de mostrar, van desde la esclavización física literal hasta el disfrazamiento y la distorsión de opciones posibles. (...)

En su ensayo “El origen de la familia”, Kathleen Gough numera ocho características del poder masculino en sociedades arcaicas y contemporáneas, características que quisiera usar como marco de referencia: “la capacidad de los hombres de negar la sexualidad de las mujeres, o de imponerla a ellas; administrar, o explotar su trabajo para el control de su producto; controlar a sus hijos, o despojarlos de ellos; encerrarlas físicamente e impedir su circulación; negarles acceso a grandes áreas del conocimiento social y de los logros culturales”.<sup>1</sup> (...)



TODOS LOS DIBUJOS DE ADRIENNE RICH

En algunas de estas características del poder masculino, es fácil reconocer cómo se obliga a las mujeres a la heterosexualidad, no así en otras. Sin embargo, cada una de las que he enunciado contribuye al conjunto de fuerzas a través de las cuales



con el concurso de la fuerza física, las otras dos con el control de la conciencia. Mientras que las feministas han atacado la mutilación del clítoris como una forma de tortura contra las mujeres<sup>2</sup>, Kathleen Barry fue la primera en señalar que esto no es simplemente un modo de convertir a una muchacha en mujer “casable” mediante una cirugía brutal; tiene como objetivo que las mujeres en la proximidad íntima del matrimonio polígamo no quieran formar relaciones sexuales entre ellas, que, desde una perspectiva masculina y genital fetichista, las conexiones eróticas femeninas estén literalmente excluidas, incluso en una situación de segregación de sexos. (...)

En su brillante estudio “El hostigamiento sexual a las mujeres trabajadoras: Un caso de discriminación sexual”, Catharine A. MacKinnon, traza la intersección entre la heterosexualidad obligatoria y la economía. Bajo el capitalismo, las mujeres son segregadas horizontalmente por sexo y ocupan una posición estructuralmente inferior en el lugar de trabajo. (...) Ella cita una gran cantidad de material que documenta el hecho de que a las mujeres no sólo se las segrega en trabajos de servicio mal pagados (como secretarias, empleadas domésticas, nanas, operadoras telefónicas, educadoras, meseras), sino que además la “sexualización de la mujer” es parte del trabajo. Un requisito central e intrínseco a las realidades económicas de la vida de las mujeres es que las mujeres “ofrecerán comercialmente su atractivo a los hombres que tienden a detentar el poder y la posición económica para imponer sus predilecciones”<sup>3</sup>. (...) Esto da lugar a una diferencia específica entre las experiencias de las lesbianas y las de los hombres homosexuales. A una lesbiana que oculta sus preferencias en el trabajo por los prejuicios heterosexistas, no sólo se le fuerza a negar la verdad de sus relaciones fuera del trabajo o en su vida privada, sino que su trabajo depende de que pretenda ser no sólo heterosexual, sino una “mujer heterosexual” en términos de vestir y actuar el papel femenino y deferente, requerido de las mujeres “reales” (...)

La heterosexualidad obligatoria simplifica la tarea del chulo y del alcahuete en los círculos de prostitución universales y en los “centros Eros”, mientras que, en la privacidad del hogar, lleva a la hija a “aceptar” la violación incestuosa de su padre, a la madre a negar que ello está ocurriendo, a la esposa golpeada a permanecer con un esposo abusivo. “Hacer amigos o cortejar” es una de las prácticas más importantes del alcahuete, cuyo trabajo consiste en entregar la muchacha escapada o confusa al chulo para que la prepare. La ideología del amor heterosexual, transmitido a ella desde la infancia por los cuentos de hadas, la televisión, las películas, la propaganda, las canciones populares, las ceremonias nupciales, es un instrumento idóneo en manos del alcahuete, que no duda en usar, como documenta Barry. El temprano adoctrinamiento femenino en el “amor” como emoción puede ser en gran parte un concepto occidental, pero una ideología más extendida profesa la primacía y la incontrollabilidad del impulso sexual masculino. (...)

El supuesto de que “la mayoría de las mujeres son innatamente heterosexuales” destaca como una piedra de choque para el feminismo. (...) Sin embargo, olvidar examinar la heterosexualidad como una institución, es como olvidar que el sistema económico llamado capitalismo o el sistema de castas del racismo, se mantienen por una variedad de fuerzas, incluyendo tanto la violencia física como la falsa conciencia. (...)

He escogido usar las expresiones de *existencia lesbiana* y *continuo lesbiano*, porque la palabra lesbianismo tiene resonancias clínicas y limitantes. La expresión existencia lesbiana, sugiere tanto el hecho de la presencia histórica de las lesbianas, como el de la creación continua del significado de esa existencia. Con el término de continuo lesbiano, me propongo incluir una gama de experiencias identificadas con las mujeres a través de la vida de cada mujer y a través de la historia, y no simplemente el hecho de que una mujer haya tenido o deseado conscientemente una experiencia sexual genital con otra mujer. Si expandimos este término, para que incluya muchas más formas de intensidad primaria entre mujeres, como el compartir una vida interna rica, la asociación contra la tiranía masculina, el dar y recibir apoyo práctico y político, tales asociaciones como resistencia al matrimonio, (...) empezamos a captar dimensiones de la historia y la psicología femeninas que han quedado fuera de nuestra comprensión, como consecuencia de definiciones limitadas, casi todas clínicas, del lesbianismo. La existencia lesbiana comprende tanto la ruptura de un tabú como el rechazo de un modo de vida obligatorio. También es un ataque directo e indirecto al derecho masculino de acceso a las mujeres. (...)

Históricamente, las lesbianas han sido privadas de una existencia política mediante su supuesta inclusión como versiones femeninas de la homosexualidad masculina. Poner en el mismo plano la existencia lesbiana y la homosexualidad masculina, porque ambas son objeto de estigma, es borrar la realidad femenina una vez más. Obviamente, parte de la historia de la existencia lesbiana se encuentra donde las lesbianas, a falta de una comunidad femenina coherente, han compartido una especie de vida social y de causa común con los hombres homosexuales;





pero hay diferencias: la falta de privilegios económicos y culturales de las mujeres con respecto a los hombres, las diferencias cualitativas entre las relaciones femeninas y las masculinas, por ejemplo, los patrones de sexo anónimo entre homosexuales masculinos y la pronunciada consideración de la edad en los patrones de atractivo sexual entre los hombres homosexuales. Yo percibo la experiencia lesbiana como la maternidad: una experiencia profundamente femenina, con opresiones, significados y potencialidades particulares, que no podemos comprender si simplemente las engrampamos con otras existencias sexualmente estigmatizadas. (...)

Si consideramos la posibilidad de que todas las mujeres existan en un continuo lesbiano, desde la infante que mama del pecho de su madre hasta la mujer crecida que experimenta sensaciones orgásmicas al dar de mamar a su propia progenie, tal vez al recordar el olor de la leche de su madre en el de la suya propia, a dos mujeres, como la Cloe y la Olivia de Virginia Woolf, que comparten un laboratorio, a la mujer que muere a los noventa años, tocada y cuidada por manos de mujer, podremos vernos como saliendo y entrando a este continuo, ya sea que nos identifiquemos como lesbianas, o no. (...)

No se puede suponer que mujeres como las que aparecen en el estudio de Carroll Smith-Rosenberg, que se casaron, seguían casadas y, sin embargo, vivían en un mundo femenino profundamente emotivo y pasional, hayan preferido o escogido la heterosexualidad. Las mujeres se han casado porque era necesario para sobrevivir económicamente, para tener descendencia

que no sufriera de privaciones económicas ni del ostracismo social, para permanecer respetables, para hacer lo que se espera de una mujer, porque, al provenir de una niñez supuestamente anormal, querían sentirse dizque normales, y porque se ha presentado el amor heterosexual como la gran aventura, deber y consumación para la mujer.

Podemos haber obedecido a la institución de la heterosexualidad fiel o ambivalentemente, pero nuestros sentimientos y nuestra sensualidad no han sido domados ni contenidos dentro de ella. (...) La doble vida, este consentimiento aparente a una institución fundada en el interés y las prerrogativas masculinas, ha sido característica de la experiencia femenina: en la maternidad y en muchos tipos del comportamiento heterosexual, incluyendo los rituales del cortejo, la pretensión de asexualidad de la esposa decimonónica, la simulación del orgasmo de la prostituta, de la cortesana, de la mujer “sexualmente liberada” del siglo xx. (...)

La identificación femenina, es una fuente de energía, un generador potencial de poder femenino, cercenado y contenido por la institución de la heterosexualidad. La negación de la realidad y de la visibilidad de la pasión de la mujer por la mujer y de la elección de una mujer por otra como aliada, como compañera de vida y como comunidad, el forzar tales relaciones al disimulo y a su desintegración bajo intensa presión, han significado una pérdida incalculable del poder de todas las mujeres para cambiar las relaciones sociales entre los sexos, para liberarnos cada una y las unas a las otras. La mentira de la heterosexualidad fe-



menina obligatoria daña ahora no sólo los estudios feministas, sino todas las profesiones, todas las obras de referencia, todos los planes de estudio, toda relación o conversación sobre la que se cierne. (...)

Otro nivel de la mentira es la afirmación, que se encuentra con frecuencia, de que las mujeres se vuelven



hacia las mujeres por odio a los hombres. El escepticismo profundo, la precaución y la justa paranoia acerca de los hombres puede, de hecho, formar parte de la respuesta de cualquier mujer sana a la misoginia de la cultura dominada por los hombres, a las formas asumidas por la sexualidad masculina supuestamente normal, y a la incapacidad de los hombres, incluso de aquellos supuestamente sensibles o politizados, de percibir o considerar estos asuntos como perturbadores. Se representa también la existencia lesbiana como un mero refugio de los abusos de los hombres, más que como una carga ecléctica y reforzadora entre las mujeres. (...)

Podemos decir que hay un contenido político naciente en el acto de elegir a una amante o a una compañera de vida mujer, frente a la heterosexualidad institucionalizada. Pero para que la existencia lesbiana consume este contenido político en una forma liberadora hasta las últimas consecuencias, la decisión erótica debe profundizarse y expandirse en una identificación femenina consciente: en un feminismo lesbiano. La obra que

queda por delante, la de desenterrar y describir lo que aquí llamo existencia lesbiana es potencialmente liberadora para todas las mujeres. (...) El cuestionamiento surgirá inevitablemente: ¿Debemos condenar todas las relaciones heterosexuales, incluyendo las menos opresivas? Creo que este asunto, con frecuencia emotivo, está mal planteado. Nos hemos empantanado en un laberinto de dicotomías falsas que nos impide aprender la institución en su conjunto: matrimonios “buenos” contra “malos”, matrimonio “por amor” contra matrimonio “arreglado”, sexo “liberado” contra “prostitución”, “relaciones sexuales heterosexuales” contra “violación”<sup>4</sup>, “mal de amores” contra “humillación y dependencia”. Desde luego, dentro de la institución de la heterosexualidad existen diferencias cualitativas de experiencia, pero la ausencia de alternativa sigue siendo la gran realidad no reconocida, y es debido a la ausencia de alternativa que las mujeres seguirán dependiendo de la oportunidad o de la suerte de relaciones particulares, y no tendrán el poder colectivo para determinar el significado y el lugar de la sexualidad en sus vidas.

- 1 Kathleen Gough, “The origin of the family”, en *Toward an anthropology of women* (*Hacia una antropología de las mujeres*), New York, Monthly Review Press, 1975, pp. 69-70.
- 2 Frans P. Hosken, “The violence of power: Genital mutilation of females” (“La violencia del poder: La mutilación genital de las mujeres”), en *Heresies: A Feminist Journal of Arts and Politics*, 6, (1979).
- 3 Catharine A. MacKinnon, *Sexual Harassment of Working Women: A Case of Sex Discrimination*, New Haven, Yale University Press, 1979, p. 174.
- 4 Dicotomía que funciona en inglés, no en castellano. Nota del traductor.



TEXTO DISPONIBLE EN VARIAS PÁGINAS WEB. ESTE TEXTO HA SIDO EDITADO POR NOSOTRAS PARA ESTA PUBLICACIÓN.



# La construcción de los cuerpos

cayetana salao y otras voces  
con la colaboración del proyecto transgénero

La diferencia corporal y biológica de las personas ha definido dos grandes grupos: hombres y mujeres; aunque entre nosotros existan –aparentemente pocos– andróginos o intersexuales, quienes normalmente no entran en nuestro horizonte de sujetos posibles.

Esa diferencia corporal se piensa frecuentemente como diferencia sexual: el hombre tiene pene y la mujer vagina. La genitalidad se asocia a la sexualidad porque en aquella se ha concentrado el placer y la reproducción, éstos se piensan complementarios al igual que se consideran complementarios el hombre y la mujer entre sí. Alrededor de esta concepción, se desata un mecanismo que afirma las diferencias: el hombre da la esperma que fecundará a la mujer; el hombre sostiene a la familia con fuerza y la mujer con cuidado. Los dos se complementan. Los cuerpos se mueven alrededor del rito sexual, los cuerpos responden al cortejo, el cuerpo masculino reconoce al cuerpo femenino que desea, el cuerpo masculino atrae a un cuerpo femenino. Sin duda, un cuerpo contorneado es femenino, los músculos son masculinos, piel suave y no, manos duras y no, barba y no.

La condición genital sobredetermina el cuerpo y establece códigos de comportamiento y movimiento corporal para cada uno. Éstos se piensan como esencia del ser masculino y femenino, pero no son más que construcciones sociales. Además, la condición genital sobredetermina un modelo sexual gracias al discurso de complementariedad entre hombre y mujer, cóncavo, convexo; pero, ¿podría el cuerpo de la hembra seguir siendo de mujer si no hubiera nadie que lo califique de ese modo? El hombre y la mujer se reconocen en la diferencia y las personas, en general, reconocen la diferencia. Esa diferencia es codificada por el lenguaje como hombre y mujer, así se los nombra. Entonces, para que se entienda bien esa diferencia, eso que se dice mujer viene acompañado de características que se expresan en el comportamiento. Por ejemplo: la mujer ideal, desde niña es bien portada, siempre está limpiecita, es delicada, no hace esfuerzo físico, permanece en la casa, ayuda a la mami, es cuidada, se enamora, es madre, sigue

permaneciendo en la casa, cocina, cuida a los wawas y así. Al hombre ideal le toca ser fuerte, desarrollar sus aptitudes y habilidades, correr, subirse a los árboles, ayudar al papi, proteger a la ñañita y a la mami, llevar el apellido, tener mujer, controlar los sentimientos, llevar el sustento a la casa, tener hijos. Así, el sujeto va dando vida a lo que nombra. Se constituyen seres sexuados y se instala un modelo sexual.

*El sexo femenino es el clítoris [no la vagina], el sexo masculino es el pene. La vagina es la cavidad del cuerpo femenino que recibe la esperma del varón y lo canaliza hacia el útero para que se produzca la fecundación del óvulo. A través de esa cavidad el cuerpo del hijo sale del cuerpo de la madre. En el instante en que el pene del varón expulsa la esperma es el momento de su orgasmo. La vagina es, por lo tanto, aquella cavidad del cuerpo femenino en la que, simultáneamente con el orgasmo del varón se inicia el proceso de fecundación. En el varón el mecanismo del placer se halla estrechamente ligado al mecanismo reproductor; en la mujer, sin embargo, los mecanismos del placer y de reproducción están comunicados, pero no coinciden.*

Carla Lonzi

La diferencia hombre / mujer, que nuestra sociedad genera, moldea los cuerpos, los trabaja para que se ubiquen en el rol, los ejercita. Éstos se colocan. Empezamos a repetir justo lo que se nos enseñó. Dicha diferencia es rápidamente marcada, acentuada a través de roles y comportamientos designados a cada cuerpo. La profesora tiene el rincón de niños y el de niñas; las pelotas y carritos para los niños, las muñecas y las tacitas para las niñas; el baño de hombres y el baño de mujeres; preferiblemente, el pelo corto para ellos, el pelo largo para ellas. Para la mujer: la sala de belleza, la peluquería... Lo que te digan será acatado, tu cuerpo sabe lo que tiene que hacer cuando le dicen “hombre”. El cuerpo es catalogado y nombrado. El cuerpo cobra vida, las palabras dan el comando para que el cuerpo se mueva del modo previsto. Sobre el cuerpo catalogado “hombre” o “mujer” recae una serie de normas y reglas que van asentando la diferencia. El cuerpo ejecuta la acrobacia.





El sistema persiste: si yo no me siento mujer, entonces me tengo que identificar como un hombre o en el caso contrario siendo hombre biológico tengo que identificarme como mujer. ¿Por qué? Hay que abrir la mente a otras posibilidades, dejarse de tanta limitación, de tanto retardo mental.

Fue a los 9 años, me acuerdo que avancé a ponerme un vestido de mi mamá y los zapatos. Cuando me vi al espejo entre mi dije: “no estoy tan lejos de ser niña”. De pronto se me asomó que ese sería mi escape. NO ESTOY TAN LEJOS DE SER NIÑA. Entonces claro, yo no notaba tanta diferencia entre un niño y una niña, solo por una cosa tan pequeña que tenía entre las piernas tenía que ser niño? ni fregando. No sé exactamente por qué, pero deseaba ser más niña que niño, y entonces bueno, como yo me críe en una familia católica a morir, empecé a rezarle a Dios, hazme niña, hazme niña, le pedía todas las noches. Me educaron que Dios siempre hacía milagros, entonces yo esperaba que me hiciera el milagrito.

Mi vieja me decía “es mejor ser parte del sistema para que no sufras”.

Los cuerpos son contruidos bajo las órdenes de la voz que te dice como debes comportarte. Me lo dices tú, me lo dicen ellos y me lo digo a mi misma cada día, voy ejercitando mi cadera voluptuosa, pendiente de mi figura femenina, aprendiendo a callar, a acatar los consejos de los que si saben, aprendiendo la renunciar a ciertos deseos porque son obscenos, y se me impone el deseo de los otros. Desde la escuela, ojo que vigila fue afinando mis contornos, moldeando mi carne, buscando entallar al cuerpo para ponerme en el grupo de las niñas, todas iguales, para que no haya sorpresas que ellos no pueden controlar.

Dentro de cada uno nosotros existen el lado femenino y el masculino, solo que dependiendo de tu genitalidad uno de los dos tiene que desaparecer.

Hubo una presentación, entrando al kinder, fue una presentación de unos conejitos, y obviamente a los niños les pusieron, lo típico, las orejas de conejo con camiseta azul y las niñas con orejas de conejo pero con camiseta rosada, y lo único que me acuerdo es que yo le dije a la profesora: ¿Por qué yo no puedo ser conejita y no conejito?, o sea, a mí me gusta ser así (señala con el dedo a la niña), y me dijo: No, tú eres niño, tú eres hombre. Pero ¿Cuál es la diferencia?, preguntale a tu mamá, me dijo.

A los 11 años por primera vez supe que existían otras sexualidades, otra orientación que no fuera la de hombre o mujer, la heterosexual. Me acuerdo que le pregunté a mi mamá si es que ella pensaba que yo era lesbiana, porque yo, o sea, no es que me sentía atraída sexualmente por las personas a esa edad, pero si tenía un especial interés por mis panas mujeres, y en la cuestión de lo social, los juegos, la vestimenta, todo eso, más bien masculino.

De chiquita, cuando empecé a descubrir mi sexualidad, me decía a mí misma: “estás mal”, incluso iba al sicólogo. Sentía culpa, me sentía una persona mala, me sentía fenómeno. Para mí eso es violencia pura y dura sobre mí: la no libertad de expresión de mi sexualidad, la prohibición de la búsqueda de mis placeres, coartar formas más honestas y amorosas para relacioname, todo en pos de la figura familiar que muchas veces es desastrosa. La violencia no la generamos nosotros, sino ellos.

Ten cuidado sino te caen, desde que soy zurdo creo que me empezaron a dar duro, yo cachaba que no encajaba, que el mundo estaba al revés, pero para mí ellos estaban equivocados, pero resultó que el equivocado era yo. Yo te juro, loca, que veo las cosas con lucidez y creo que yo no estoy mal, los que están mal son ellos.

Si vos le ves a esa man, de lejos tiene toda la postura de hombre pero cuando se acerca ves que es una mujer.

Viviendo en Europa, a los 13 años, tuve mi primera relación con una chica y pucha ahí sí que se armó el caos total. Yo en un país distinto y mi orientación sexual. Me causó full líos allá, me pegaron porque me vieron con una chica, con mi pelada. Con lo que me pasó allá dije ni más, o sea, esa nota es una cuestión peligrosa, para mí fue traumante que me pegue un tipo grandote de veinte y pico de años. Mi mama involucró a la policía cuando le llegué a decir lo que sucedió. Pero básicamente el mensaje tanto de la policía como de mi mama, fue que yo me las busqué y si yo seguía con esas cosas, esa iba a ser mi vida. Entonces regresé acá súper traumada, dije no, ni fregando, y comencé a esconder y a vivir una doble vida. Por un año, dos años yo solo hablaba de que me gustaban los hombres, por esconder lo que en realidad sentía. Luego a los 15, 16 años dije no, o sea no, no podía esconder esa nota, en la cuestión de orientación sexual al menos, porque la cuestión de género la escondí por completo. La cuestión de quién te atrae se sabe aunque no se diga pero la cuestión de apariencia ni fregando pude expresar. Por un lado yo era presidente del concejo estudiantil, super buena alumna y todo, por otro lado yo estaba saliendo a los 16 años con una mujer de 40 años...

Mi madre no tuvo obsesión de ponerme vestiditos, las veces que tuve que ponerme Guapa, para una de esas densas ridiculizaciones y domesticaciones de belleza del régimen escolar, que estrellita de navidad, madrina de deportes y tanta vaina, me sentía tan mal, tan incomoda, sin poderme tocar la cara porque tenía maquillaje, la mirada de todos sobre mí, espectadores esperando mi show.

Los que no somos ni chicha ni limonada, es decir que mezclamos características clásicas del hombre y lo propio de la mujer, cuando ya se ha roto esa barrera y no sabes que es masculino y que es femenino, ahí ya se está planteando un X, otro nota, lo trans...



Búscate una novia que te sepa cocinar y planchar y sea buena para hijos criar... Porque qué más da lo que puedas opinar... Si la vida ya está programada, preparada, diseñada... Recibe bofetadas ese es el plan... Y así, disfrutar de tu no libertad... Cómprate una vida y nunca pares de pagar.... Mundo perfecto... Donde no hay lugar para la sabiduría

Tenemos metido en la cabeza que ser flaca es sinónimo de belleza. NO. ¿A quién no le gusta un arroz con chanchon o un mote con chicharron?





# manifiesto

## HABLO POR MI

# Diferencia

Pedro Lemebel

No soy Pasolini pidiendo explicaciones  
No soy Ginsberg expulsado de Cuba  
No soy un marica disfrazado de poeta  
No necesito disfraz  
Aquí está mi cara  
Hablo por mi diferencia  
Defiendo lo que soy  
Y no soy tan raro  
Me apesta la injusticia  
Y sospecho de esta cueca democrática  
Pero no me hable del proletariado  
Porque ser pobre y maricón es peor  
Hay que ser ácido para soportarlo  
Es darle un rodeo a los machitos de la esquina  
Es un padre que te odia  
Porque al hijo se le dobla la patita  
Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro  
Envejecidas de limpieza  
Acunándote de enfermo  
Por malas costumbres  
Por mala suerte  
Como la dictadura  
Peor que la dictadura  
Porque la dictadura pasa  
Y viene la democracia  
Y detrasito el socialismo  
¿Y entonces? ¿Qué harán con nosotros compañero?  
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos  
con destino a un sidario cubano?  
Nos meterán en algún tren de ninguna parte  
Como en el barco del general Ibáñez  
Donde aprendimos a nadar  
Pero ninguno llegó a la costa  
Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas  
Por eso las casas de caramba  
Le brindaron una lágrima negra  
A los colizas comidos por las jaibas  
Ese año que la Comisión de Derechos Humanos  
no recuerda

Por eso compañero le pregunto  
¿Existe aún el tren siberiano  
de la propaganda reaccionaria?  
Ese tren que pasa por sus pupilas  
Cuando mi voz se pone demasiado dulce  
¿Y usted? ¿Qué hará con ese recuerdo de niños  
Pajeándonos y otras cosas  
En las vacaciones de Cartagena?  
¿El futuro será en blanco y negro?  
¿El tiempo en noche y día laboral  
sin ambigüedades?  
¿No habrá un maricón en alguna esquina  
desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?  
¿Van a dejarnos bordar de pájaros  
las banderas de la patria libre?  
El fusil se lo dejo a usted  
Que tiene la sangre fría  
Y no es miedo  
El miedo se me fue pasando  
De atajar cuchillos  
En los sótanos sexuales donde anduve  
Y no se sienta agredido  
Si le hablo de estas cosas  
Y le miro el bulto  
No soy hipócrita  
¿Acaso las tetas de una mujer  
no lo hacen bajar la vista?  
¿No cree usted  
que solos en la sierra  
algo se nos iba a ocurrir?  
Aunque después me odie  
Por corromper su moral revolucionaria  
¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?  
Y no hablo de meterlo y sacarlo  
Y sacarlo y meterlo solamente  
Hablo de ternura compañero  
Usted no sabe  
Cómo cuesta encontrar el amor  
En estas condiciones

Usted no sabe  
Qué es cargar con esta lepra  
La gente guarda las distancias  
La gente comprende y dice:  
Es marica pero escribe bien  
Es marica pero es buen amigo  
Súper-buena-onda  
Yo no soy buena onda  
Yo acepto al mundo  
Sin pedirle esa buena onda  
Pero igual se ríen  
Tengo cicatrices de risas en la espalda  
Usted cree que pienso con el pote  
Y que al primer parrillazo de la CNI  
Lo iba a soltar todo  
No sabe que la hombría  
Nunca la aprendí en los cuarteles  
Mi hombría me la enseñó la noche  
Detrás de un poste  
Esa hombría de la que usted se jacta  
Se la metieron en el regimiento  
Un milico asesino  
De esos que aún están en el poder  
Mi hombría no la recibí del partido  
Porque me rechazaron con risitas  
Muchas veces  
Mi hombría la aprendí participando  
En la dura de esos años  
Y se rieron de mi voz amariconada  
Gritando: *Y va a caer, y va a caer*  
Y aunque usted grita como hombre  
No ha conseguido que se vaya  
Mi hombría fue la mordaza  
No fue ir al estadio  
Y agarrarme a combos por el Colo Colo  
El fútbol es otra homosexualidad tapada  
Como el box, la política y el vino  
Mi hombría fue mordirme las burlas  
Comer rabia para no matar a todo el mundo

Mi hombría es aceptarme diferente  
Ser cobarde es mucho más duro  
Yo no pongo la otra mejilla  
Pongo el culo compañero  
Y ésta es mi venganza  
Mi hombría espera paciente  
Que los machos se hagan viejos  
Porque a esta altura del partido  
La izquierda tranza su culo lacio  
En el parlamento  
Mi hombría fue difícil  
Por eso a este tren no me subo  
Sin saber dónde va  
Yo no voy a cambiar por el marxismo  
Que me rechazó tantas veces  
No necesito cambiar  
Soy más subversivo que usted  
No voy a cambiar solamente  
Porque los pobres y los ricos  
A otro perro con ese hueso  
Tampoco porque el capitalismo es injusto  
En Nueva York los maricas se besan en la calle  
Pero esa parte se la dejo a usted  
Que tanto le interesa  
Que la revolución no se pudra del todo  
A usted le doy este mensaje  
Y no es por mí. Yo estoy viejo  
Y su utopía es para las generaciones futuras  
Hay tantos niños que van a nacer  
Con una alita rota  
Y yo quiero que vuelen compañero  
Que su revolución  
Les dé un pedazo de cielo rojo  
Para que puedan volar. ✈️

ESTE TEXTO FUE LEÍDO COMO INTERVENCIÓN  
EN UN ACTO POLÍTICO DE LA IZQUIERDA EN SEPTIEMBRE  
DE 1986, EN SANTIAGO DE CHILE. PUBLICADO  
EN LOCO AFÁN, BARCELONA, ANAGRAMA, 2000.



# arte Y radicalidad en La LUCHA contra La Discriminación

## Las Tupis, una experiencia de interferencia político-sexual

paúl flores arroyo  
colectivo contranaturas, Perú



**Nos hemos apropiado de la imagen de Túpac Amaru II, le hemos puesto tacones y le hemos ataviado de elementos del glamour drag. Hemos intervenido el himno nacional del Perú, hemos nombrado los crímenes de odio por orientación sexual e identidad de género sobre la bandera del Perú. Hemos interferido el espacio público con la presencia de Las Tupis. Hemos hecho política de la obscenidad, es decir, hacer ver a la gente aquello que no quiere ver o que por fuerza de costumbre ya no ve.**

**E**ste artículo, que a continuación proponemos, reflexiona sobre la importancia del arte como espacio de creación radical para la lucha contra la discriminación por orientación sexual e identidad de género, en un contexto de creciente conservadurismo y represión social, donde las nociones de cultura y sistema cultural vindican el patriotismo hegemónico y desconocen la(s) cultura(s) como un sistema en constante cambio, en diálogo fluido con la historia y las expresiones culturales de la cotidianidad que disputan con los fundamentalismos.

Este sistema cultural, que ha privilegiado una historia y expresiones culturales patriarcales, ha colocado en una posición subalterna a las diversas expresiones sociales, políticas y culturales de las sexualidades. Es en este contexto que la existencia de nuevas subjetividades está afirmando que las culturas sólo son posibles cuando se manifiestan dialogantes en toda su diversidad en lo social, en lo político, y, por supuesto en el arte, es decir, cuando exploran y despliegan su radicalidad.

La construcción de las interferencias con Las Tupis en el Foro de la Cultura Solidaria, uno de los eventos artístico-culturales más importantes del distrito limeño de Villa El Salvador, es un proceso de indagación político-sexual, cuyo objetivo es generar una conmoción sensitiva, que altere el curso de los sentidos habituales de un determinado espacio.

Esta alteración de los sentidos, apela a la apropiación de los íconos más visibles del patriotismo legitimado: los símbolos y héroes de la patria. Lo que permite el cuestionamiento del sentido de cultura nacional ajena a la diversidad de expresiones, incluidas las de la sexualidad. Y también propone la re-significación de la noción de patria para todos y todas.

Pero esta alteración de los sentidos no empieza ni termina en el espacio público sino que se gesta en las emociones, temores y reflexiones de las personas que se han atrevido a caracterizar a estos personajes. Jóvenes activistas que siempre tuvieron a las drags como una otra, ajena a su cotidianidad, instalada en los escaparates de las discotecas de ambiente gay, y sólo existentes para el deleite estético de una muchedumbre indiferente a la vida detrás de esas plumas.

Fueron Andrés, Jaime y Ricardo quienes construyeron, de la mano de Javier Vargas artista plástico e integrante del colectivo, el concepto de Las Tupis. Fueron ellas las que, en sesiones de trabajo, dieron sentido crítico a la propuesta de interferencia drag, las que con mucho apasionamiento diseñaron sus trajes, rescatando la imagen de Túpac Amaru y dibujando un alter ego que luego se politizaría en las calles húmedas de Villa El Salvador.

Al intervenir a Túpac Amaru II, intervenimos al ícono nacional cuyo sentido guarda correspondencia con la imagen más simbólica de las aspiraciones del ser ciudadano peruano: héroe, valiente, fuerte y masculino. Esta intervención plantea una estrategia de apropiación, cuyo interés principal es subvertir el contenido o discurso del objeto/representación apropiado por medio de la reproducción, modificación y agregación.

Apropiación que encuentra sentido cuando la Andrea, la Jazmín y la Ursus (así mujereamos a nuestros compas), manipulan con destreza el lápiz labial y el delineador, cuando su

andar sólo es posible con días previos de ensayo sobre esas enormes plataformas (tacones altos que forman parte indivisible de la identidad drag). Y que termina cuando sus corazones dejan de latir a gran velocidad, luego de que casi estallan por la emoción que significa estar expuestas a la gente, a las miradas de hombres y mujeres que con movimientos de cabeza se solidarizan con la travestis asesinadas, o condenan el escándalo que significa “burlarse de un héroe de la patria”.

La interferencia de Las Tupis es una traición colectiva a la aspiración masculina. El mismo sentido de colectividad marca una pauta disidente que reivindica referentes de solidaridad y confianza. Pero además es una denuncia a las nociones de patriotismo, ciudadanía nacional y revolución, las cuales se afirman desde lo patriarcal que no reconoce las diversas identidades y expresiones de la sexualidad o que las reduce a un sentido subalterno y despolitizado.

Esa traición colectiva es la que hace cómplices a la Andrea, a la Jazmín, a la Ursus y a todas nosotras, pero también nos hace heroínas en un mundo donde ser femenino es ser objeto de discriminación; entonces no somos más ajenas al estigma de Las Tupis sino que todas somos Tupis, pues en nuestro día a día, la rebelión que proponemos se hace alegría, lucha solidaria y liberadora.

La interferencia de Las Tupis, también se apodera de los símbolos patrios, a través de datos escritos en la bandera, sobre los crímenes perpetrados contra las travestis en la época del conflicto armado interno, que relata la Comisión de la Verdad y Reconciliación, además de información sobre crímenes de odio ejercidos por la policía y la seguridad municipal, en diversas ciudades del país. Colocando el himno nacional, como música de fondo, para cuestionar el estribillo: “...somos libres, seámoslo siempre...”, y retirarlo de súbito para dar paso a la canción de Gloria Trevi: “...y todos me miran, porque sé que soy linda... porque hago lo que pocos se atreverán...”, canción que desde la marginalidad se constituye en símbolo de auténtica liberación. Así, la sujeta deslegitimada, golpeada, la subalterna, es decir, toda la contraparte residual de lo que es intangiblemente un ciudadano, es ahora una sujeta política que le ha arrebatado al discurso hegemónico una posibilidad para re-pensar la cultura desde la diversidad. Y la revolución desde el respeto y la valoración de las diversas identidades sexuales.

De esta manera, la posibilidad de hacer política-sexual desde el arte se convierte en un proceso donde el arte mismo, a decir de Miyagui J. y Millones J., no es un instrumento sino un espacio de resistencia y creación que inventa formas nuevas de producción de belleza y de verdad. Este arte radical, el que tiene la disposición de elaborar una nueva imagen de la subjetividad, el que condensa fuerzas liberadoras y que ha escogido los espacios subjetivos para expresarse, es ahora el escenario de la gesta política de la sexualidad. Una gesta política que recupera la cotidianidad, que establece vínculos entre el discurso político y formas de vivir la sexualidad, de construir una identidad género, en suma, de vivir con dignidad como lo hacen la Andrea, la Jazmín y la Ursus... Las Tupis.





# SOBRE EL TALLER DE MASCULINIDADES

marlon sánchez  
diego carrión  
jorge zanafria  
daniel benavides  
santiago cabrera  
eduardo llumipanta  
patric hollenstein

**E**l taller de masculinidades surge por la necesidad de varios militantes de organizaciones de izquierda, de cuestionar su forma de ser y estar en relación a las mujeres y personas con identidades sexuales diversas. Tratando de construirnos como nuevos seres humanos, oponiéndonos a la inculturación machista de la que hemos sido actores y víctimas, reconocemos que somos seres complejos y que nuestro cuerpo es el territorio de una lucha contra formas de relacionarnos opresivas y excluyentes. Los orígenes de esta racionalidad, los ubicamos compleja y funcionalmente en las estructuras sociales materiales y simbólicas, transmitidas durante el proceso de inclusión en la cultura y reproducidas por nosotros en la cotidianidad. Abandonar paulatinamente la reproducción de las pautas culturales machistas es nuestro objetivo. Nos ha resultado muy difícil debatirnos en circunstancias complejas, donde el deseo, la forma de desear, el placer, han tenido que ser cuestionados; junto a prácticas mucho más cotidianas como la forma de ver y la posición que adoptamos frente a los otros y las otras. Los párrafos siguientes reflejan de alguna manera la complejidad, las dudas y también las certezas que hemos construido en estos meses de taller. Son párrafos sentidos que pretenden develar nuestra subjetividad con honestidad, aunque no nos guste racionalmente lo que muestran. Esto es lo que somos.

**E**stos primeros meses de nuestro taller de masculinidades (porque el taller está diseñado para reunirnos cada 15 días), me han ido dejando algunas reflexiones e ideas, pero sobre todo sentimientos; a veces encontrados, como por ejemplo, esperanza y desánimo. Esperanza, porque da mucho gusto ver a un grupo de hombres (somos 7) cuestionando la forma en que ha sido construida su masculinidad y buscando transformarla; y desánimo, porque muchas veces uno sigue repitiendo conductas y actitudes que, sabemos, son machistas. Y el punto es que no basta con entender (intelectualmente) dónde radican estas conductas, y a veces no basta tampoco con sensibilizarnos ante las mismas; porque creo que todos en el grupo nos hemos sensibilizado ante el tema y hemos ido

construyendo un entendimiento frente al mismo, pero falta algo más. A ratos pienso que es un camino cuesta arriba, en el sentido de que tenemos que enfrentarnos a una forma de ser que ha sido construida a lo largo de toda una vida; que empezó en el momento en que nacimos (con expectativas que ya estaban ahí incluso antes), que continuó en nuestra niñez, adolescencia, juventud, hasta ahora. Una vez, alguien en el grupo dijo que él sentía que *ser* hombre era *no ser* muchas cosas: no ser sensible, por ejemplo. Es doloroso darnos cuenta de que para ser considerado como hombre, uno ha tenido que soportar un sinnúmero de mutilaciones a lo largo de la vida. Mutilaciones, restricciones, imposiciones, que nos han ido dando una forma *aceptable* de ser hombres. “No llores”, “no te pares así”, “no juegues con esto”, “no hables de eso”. Todas estas cosas nos han hecho lo que somos ahora: personas que se relacionan con otros y otras como si se tratara de objetos. Vemos a las mujeres como objetos para nuestra satisfacción, queremos que se vean como a nosotros nos gusta, las calificamos, las seleccionamos y descartamos. A otros hombres tratamos de denigrarlos (*huevearlos* en términos morochos), porque para afirmar nuestra virilidad nos han enseñado, y nos hemos acostumbrado, a cagar a otros. Pero también he descubierto que tras esa corteza dura y pestilente, cada uno de nosotros guarda otros valores, como la posibilidad de sensibilizarse, de no competir. A lo largo del taller hemos ido aprendiendo a compartir, a compartirnos, a compartir nuestras vivencias, miedos y miserias. Vamos entonces rompiendo esa corteza que nos aprisiona, y va apareciendo el ser humano, bello y fraterno.

**P**ara mí, el taller de masculinidades ha sido hasta ahora muy importante ya que me ha permitido reflexionar sobre varios aspectos de mi vida cotidiana y ver lo podrida que es la relación hombre-mujer o más bien macho-mujer, porque sin darnos cuenta actuamos de esta manera, sin intención muchas veces, según nuestra educación desde niños, que así fue. Porque siempre nos inculcaron en la casa, en la escuela y en todo lado “las mujercitas deben estar en la casa,



son ellos, los hombres, quienes tienen que aprender a vivir”. ¿Quién no ha escuchado este comentario algún día de sus vidas? Lamentablemente, eso ha llevado a que los hombres tengan más relaciones de pareja y aparentemente eso está bien, mientras tanto en las mujeres es todo lo contrario...

Estos primeros meses de trabajo han sido un reto, tanto en lo metodológico como en lo humano; y realizar una apuesta que solvente y tenga coherencia entre lo uno y lo otro se hace difícil por la misma complejidad del grupo, cada uno con entendimientos distintos, con entornos sociales distintos y con representaciones de la vida muy distintas a las de los demás, y con muchas cosas más que nos hacen distintos; pero con todas esas diferencias, lo hemos podido sacar adelante conjuntamente con todos los compas, porque entre tantas diferencias algo que nos une es la sensibilidad que caracteriza a cada uno de los que estamos ahí. Al rescatar esto nos damos cuenta que nos resulta incómodo como hombres sensibilizarnos ante este tipo de cosas. Es muy valioso y necesario resaltar esta parte, porque es rescatar lo que socialmente nos es negado; porque lo tierno, lo sensible no nos pertenece, y revivir este sentimiento es único para todos. En el camino encontramos muchas cosas nuevas y cada tarea nos compromete a descubrir otras más, sensaciones desconocidas que poco a poco las vamos cuestionando, reflexionando y encarnando para construirnos de esa nueva manera que nosotros mismos queremos.

Soy un animal apestoso y carroñero, a eso me ha condenado esta cultura. Me ha enseñado a odiar y a competir, a imponerme, a utilizar. Soy un lobo sanguinario cuando pasas a mi lado, siento la pulsión en todo el cuerpo, una reacción bestial que me invade, un calor irresistible. Mis ojos se van tras tu olor y son dos lanzas que te hieren. Porque el deseo, me enseñaron, tiene que ver con la violencia de poseer. Un segundo... soy consciente de todo: el sentido de utilizarte, la anulación de ti excepto de tu cuerpo, soy consciente de que en el fondo no está bien, sé muy bien que lo que busco adentro, en ese envés de mí mismo, es mucho más que un momento de placer. Pero el peso de lo que soy, de lo que he (han) hecho de mí se me precipita como una enorme avalancha y el segundo de lucidez se oscurece. Un cristal se rompe, hiere lo mejor de mí, desgarrar la ternura que sé que está en alguna parte, en ese niño asustado que me habita... tras el cristal tú, convertida en carne...

Creo que, el hecho de escribir estas líneas, en sí mismo constituye un aporte en este proceso de masculinidades, tanto colectiva como individualmente; siempre es positivo detenerse un momento y volver la vista atrás para evaluar el camino recorrido. Irrumpe entonces como resultado de estos meses de taller, un elemento que sacude mi construcción o condición (todavía no estoy muy claro en eso) de “macho”; ese elemento que a mi entender aparece como pilar del proceso, es la honestidad. Y esto porque ha resultado muy fuerte el desenmascarse, el encontrarse cara a cara con nuestro “Yo”



déspota, violento, autoritario y represor, es decir, con las condiciones constitutivas del “macho” que uno lleva dentro, y que los procesos formativos de militancia nos han ayudado a reducir o quizá disimular, pero no ha superado. Esto ha significado, por ejemplo: el transparentar esas formas casi siempre violentas de objetualizar a las mujeres y su sometimiento a nuestros caprichos por los medios más “creativos” y solapados; o el visualizar cómo de manera voluntaria o involuntaria vamos imponiendo una perversa división de roles en la casa, en el trabajo, en la organización política, en la relación de pareja, etc. En definitiva esta primera etapa del taller ha encontrado su riqueza en una honesta revisión de las formas que tenemos para relacionarnos con las mujeres y con los otros hombres. No ha sido fácil pero la voluntad se fortalece al intentarlo colectivamente junto a compañeros que con mucha esperanza han hecho la misma opción

de deconstrucción del “macho” que llevamos dentro y decidirse por la construcción de una nueva masculinidad.

Hay muchos tipos de machos, así como muchos niveles de conciencia sobre las prácticas violentas que constituyen nuestras identidades masculinas en la cotidianidad. Por ejemplo, ese macho presente en el taller de masculinidades, que se da cuenta de sus actitudes machistas y las intenta combatir: en retrospectiva, esto es, después de gritar, después de empujar, después de quedar viendo (el culo), después de crear inseguridad, después de silenciar, después de ignorar el consejo que uno mismo pidió, después de instituirse como el polo de las decisiones, después de responsabilizar a otr@s por sus propias irresponsabilidades. Esa suerte de post-conciencia nos ha acompañado en el taller, en el día a día, en este proceso, en esta

lucha parcialmente en contra de nuestras propias personalidades: un testigo interno que nos asegura que nuestra seguridad y fuerza fundamentalmente es la inseguridad y debilidad de las otras, creadas por nosotros. Por ende, algunas preguntas que me parecen urgentes para el cambio real de nuestras relaciones cotidianas con nuestra pareja, amiga, compañera son ¿cómo romper con uno mismo, más allá de la comprensión y sensibilidad intelectuales y sentimentales que nos unen en el taller?, ¿cómo llevar todo eso a la práctica?, ¿cómo contradecir la racionalidad masculina que siempre encuentra un modo de justificarse a sí misma, la violencia, la mentira; y esto antes de que nos reafirmemos a través de nuestro cuerpo violento?

ESPACIO DE REFLEXIÓN SOBRE MASCULINIDADES  
COMUNAHORMIGA@YAHOO.ES



# incesto

## DEL SILENCIO VERDUGO AL TESTIMONIO VICTIMARIO

### EL CASO DE LAS NIÑAS Y NIÑOS EN EL PROCESO PENAL ECUATORIANO

poema carrión

Escribir sobre el incesto no es fácil, y menos aún cuando involucra a niñas y niños. Mientras escribo, pienso en el malestar que este tema provocará a quien lea este artículo. Mientras escribo, yo misma siento malestar, un malestar que sentí durante los dos años que duró el trabajo de investigación para mi disertación de grado “Del incesto: discursos, procedimientos jurídicos y realidad”<sup>1</sup>. Nunca fue fácil hablar de ese tema con cualquiera. Siempre me preguntaban: “¿Por qué te metiste con algo tan complicado?”. Entre las muchas respuestas posibles, elegía siempre: “Porque es necesario”. Durante mis prácticas pre-profesionales en la Facultad de Psicología, la cantidad de casos de abuso sexual infantil de carácter incestuoso que escuchaba, me espeluznó. Y no es para menos.

#### LA LEY DE PROHIBICIÓN DEL INCESTO, LA CULTURA Y EL SUJETO

Del horror –personal y profesional– pasé a la preocupación teórica, cuando recordé que según Lévi-Strauss, la Ley de

Prohibición del Incesto era algo estructural de la cultura y, por tanto, universal. Si así era, entonces esta cantidad impresionante de casos de abuso sexual incestuoso que conocí en mis prácticas, tal vez fuera un indicador de que algo muy grave pasa, no sólo en la historia personal de las víctimas, sino en la sociedad en su conjunto. Empezamos la investigación llenas de preguntas y hasta ahora lo que hemos encontrado son puntos de partida para la reflexión. Ahora quisiera compartir con ustedes –con quienes lean este artículo– algunas de ellas, con la certeza de que el debate no se agota aquí; con la certeza de que el debate apenas empieza, y que su ampliación y profundización es urgente, no sólo para la sociedad, sino para los niños y niñas que son o pueden ser víctimas de abuso sexual incestuoso. Si bien las estadísticas son alarmantes, el drama que ellos y ellas viven sobrepasa esta tragedia numérica. Y es eso lo que nos impone tanta urgencia.

Una de las interrogantes con las que empecé mi investigación tenía que ver con la universalidad de la Ley de Prohibición del Incesto, porque es bien conocido que en algunas culturas, por ejemplo entre los Incas, el incesto entre hermanos era, incluso, alentado. Esto podría desmentir esa tal “universalidad” de la Ley de Prohibición del Incesto, que me sonaba más a pura pretensión de un señor que intentó ser el que había encontrado la suma verdad de la Antropología y de las Ciencias Sociales. Pero al leer a Lévi-Strauss, lo primero que descubrí es que la ignorancia –la mía, en este caso– es atrevida; que hace falta leer a los autores y trabajar esas lecturas, antes de discutir su teoría. La segunda cosa con la que me encontré es que el postulado de Lévi-Strauss es ciertamente fundamental en toda teoría o reflexión sobre la cultura. ¿De qué trata, entonces?

Vale decir, para empezar, que lo universal es la Ley de Prohibición del Incesto y no las formas que ésta pueda adoptar. En un extenso y riguroso estudio, Lévi-Strauss descubre que en todas las culturas, independientemente del rincón del mundo en que vivieran o de las características físicas de sus miembros, había alguna forma de prohibición del incesto. ¿Se trataría de algo instintivo para preservar a la especie de posibles taras genéticas? No exactamente. Lévi-Strauss encontró que en muchas culturas se permitían uniones consanguíneas que traían consigo este riesgo, por ejemplo, se permitía la procreación entre primos hermanos cruzados (es decir, primos en donde el hombre es hijo de la tía paterna de la mujer), pero se proscribían aquellas que en absoluto corrían este mismo riesgo, por ejemplo, entre primos hermanos lineales (primos en que el hombre es hijo del tío materno de la mujer) aunque uno de estos fuera reconocidamente adoptivo. Y mientras esto sucedía en unas culturas, en otras era posible la unión entre hermanos, aunque ésta fuera un “privilegio” de las castas sacerdotales o de los gobernantes (el caso de los Incas) para preservar la pureza de la “sangre divina” que corría por sus venas. Sin duda, un sistema tan intrincado y “caprichoso” de prohibiciones del incesto, y tan variable de una cultura a otra, no puede ser un asunto de instinto. Pero, ¿cómo explicar que todas las culturas cuenten con alguna forma de este tipo de prohibición?

Habría que preguntarse, entonces, sobre la función que cumple esta ley. Lévi-Strauss encuentra que sobre la base de estas prohibiciones y, por tanto, de las posibilidades que la interdicción plantea, se estructuran las relaciones humanas en tanto relaciones sociales. Gracias a la prohibición del incesto, un grupo humano no se queda encerrado en sí mismo, porque no se basta, sino que debe salir al encuentro de otros grupos humanos para crear alianzas, para relacionarse. Las alianzas, los intercambios, hacen que estas relaciones entren en el campo de lo simbólico, porque exigen *comunicarse* con los otros; dar y recibir; otorgar un valor a eso que se entrega y que se recibe del otro. La Ley de Prohibición del Incesto constituye así, el salto entre el estado natural (animal, instintivo) al estado cultural de los seres humanos. Probablemente García Márquez no leyó a Lévi-Strauss antes de escribir su novela más célebre, pero ilustra muy bien la tragedia del incesto, cuando su consumación encarnada en un niño con cola de cerdo, que es arrastrado por las hormigas, le pone fin a una estirpe “condenada a cien años de soledad”.

Pero la Ley de Prohibición del Incesto no sólo es fundamental en la Antropología, también lo es en el Psicoanálisis. En su teorización, Sigmund Freud deja claro cómo es ésta, precisamente, la que inaugura, por así decirlo, la vida psíquica del sujeto. ¿Cómo lo hace? Pues cuando un niño o niña llega al mundo, con suerte llegará a ocupar un lugar en el universo simbólico de los otros: el lugar de hijo/a en primer lugar, y luego el lugar de hermano/a, nieto/a, sobrino/a, amigo/a, etc. Cada uno de esos lugares es distinto porque las relaciones son distintas y lo que les diferencia es, justamente, la Ley de Prohibición del Incesto. Y esto no es algo que el niño o la niña nacen sabiendo. Tanto es así, que a cierta edad, el niño expresa su deseo de casarse con su madre cuando crezca, y la niña con su padre –o con alguien que para ellos ocupe el lugar de figura paterna o materna–. Pero afortunadamente algún adulto concernido en la conversación, le aclarará que eso no es posible. Entonces los niños y las niñas empiezan a desprenderse poco a poco de la protección materna y paterna, y buscarán establecer relaciones de afecto y confianza con personas externas al núcleo familiar y luego a la familia ampliada.

Esto, en el tema de la sexualidad, tiene implicaciones muy importantes. Sí, la Ley de Prohibición del Incesto nos permite justamente salir del núcleo familiar, esto nos garantiza que podemos optar por otros, llegado el momento... que podemos optar. En este sentido, el incesto no es una opción sexual, sino la ausencia de opciones.

#### INCESTO Y ABUSO SEXUAL INFANTIL

Ahora, pensemos en cuáles podrían ser las consecuencias para un niño o para una niña que está en proceso de entender que los adultos –y mucho más si son miembros de su familia– están ahí para amarle y protegerle; que ellos no desearían hacer “pareja” con este niño o niña, porque es niño/a y porque es su familiar; que puede confiar en que estos adultos le cuidarán mientras él o ella descubren el mundo y crecen. ¿Qué pasaría



si uno de esos adultos rompe con eso que el niño o la niña ya tenían más o menos claro, traiciona su confianza y se aprovecha de su cariño?, ¿qué pasaría si transgrede su intimidad, violentándole o seduciéndole?, ¿qué pasaría si le pone a “consentir” algo que nunca ha vivido y que no es capaz de imaginar o procesar? Alguna vez oí decir a alguien que cuando un adulto entabla una relación de pareja con un menor de edad, el que más pierde es el adulto, porque pierde su prestigio, su buen nombre. Hizo falta enunciar la palabra “incesto” para que esa persona entendiera todo lo que los niños y niñas tienen que perder.

¿Por qué doy este salto del incesto a abuso sexual infantil? Pues por dos razones. Primero, toda historia de incesto “consentido libremente” tiene detrás alguna forma de pedofilia o de confusión terrible en esa persona que “consiente”; segundo, porque toda forma de pedofilia es, de algún modo, incestuosa.

Aclaremos la primera afirmación: no significa esto, de ningún modo, que todas las personas que en su niñez fueron abusadas constituyan, cuando adultas, relaciones incestuosas o pedófilas. No. Significa que los niños y las niñas incestuadas no sólo son víctimas de violencia sexual (porque toda irrupción de su sexualidad infantil desde la sexualidad adulta resulta violenta, aunque no sea físicamente), sino también de una confusión mental, emocional y psíquica tremenda. Los vínculos que tenían con ese adulto las más de las veces implican afectos muy fuertes e importantes para la niña o el niño: en casos de abuso sexual no es raro encontrar que el abusador se haya ganado previamente el cariño y la confianza de su víctima. Pero aunque no fuera así –digamos que se trata de un abuelo o un tío huraño o maltratante– el sólo hecho de saber que se violó una prohibición tan fundamental, que ni siquiera se le ocurriría quebrantarla, le provoca a un niño o una niña, cuando menos, confusión, dolor, vergüenza, culpa. Y mucho más, si ese adulto le ha convencido de que la culpa es suya, de que ha sido esa niña o niño quien le buscaba para jugar, o de que ha sido él/ella quien ha consentido que eso sucediera<sup>2</sup>.

En tanto psicóloga, he trabajado con casos –y he escuchado y leído de otros muchos– de niñas y niños que rechazan tajantemente la sola idea de que se denuncie a su victimario. De poco sirve explicarles que eso evitará que le abusen nuevamente. Es que el abusador no es un desconocido cualquiera, es su primo más querido, su abuelito (el que le protege cuando la mamá le pega y le compra golosinas), su papi. Y si el abuso le causó tanto dolor que ya no quiere más a ese tío, a ese hermano, puede suceder que se siente muy sucia o sucio, o con mucha vergüenza de que otros totalmente desconocidos, como los abogados o los policías, se enteren de que alguien estuvo hurgando en sus partes íntimas o algo por el estilo. El silencio les protege pero, a la vez, les condena.

Aclaremos ahora la segunda afirmación. El papá no siempre es el padre y la mamá no siempre es la madre. Cuando digo “papá” y “mamá” hablo de las personas de carne y hueso que engendraron a un niño o niña; cuando digo “padre” y “madre” hablo de funciones y roles que no los cumple cualquiera, es decir, hablo de una relación. Pero resulta que a lo largo de su

infancia y adolescencia el niño y la niña encontrarán, según sus necesidades y posibilidades, sustitutos de sus figuras paterna y materna. Lo harán, precisamente, porque entenderán que el mundo no empieza ni termina en sus padres. Entonces entablarán relaciones de afecto con los abuelos/as, tíos/as, profesores/as o cualquier adulto con quien tengan cierta proximidad y con quienes se sientan *identificados* de alguna manera. Así como su padre y su madre, cada uno a su modo y desde su espacio, son una autoridad para su hijo/a, también lo pueden ser, aunque en menor escala (dependiendo del tipo de relación), el resto de adultos.

Pero decir que todo abuso sexual infantil es de algún modo incestuoso, no significa decir que dé lo mismo. Obviamente, el nivel de relación no es el mismo (con todos los afectos y significados que involucra). Por eso se habla del abuso sexual *incestuoso*, para diferenciarlo del abuso sexual en general. Y aquel es mucho más grave. Una parte importante de nuestra investigación para la disertación, se la realizó en la Jefatura de Delitos Sexuales y Violencia Intrafamiliar del Ministerio Público (Fiscalía General del Estado) de Pichincha. Para el efecto, tomamos prácticamente la tercera parte de las denuncias realizadas en el 2006. Encontramos que el 49% del abuso sexual infantil es de carácter incestuoso. Este dato, ya terriblemente elevado, esconde una cifra aún peor, que corresponde a todos los casos que nunca llegan a ser denunciados, porque el niño o la niña decidió no hablar; porque en su familia no le creyeron; porque a pesar de que le creyeron (o constataron) que fue abusado/a, decidieron no afectar la “unión familiar” o, en el mejor de los casos, porque prefirieron proteger a la niña o niño de un sistema legal que abandona a la víctima o que, de lo contrario, puede ser tan *revictimizante* como el silencio.

### La revictimización de las víctimas de abuso sexual incestuoso en el sistema penal ecuatoriano

¿Qué quiere decir *revictimización*? Que no sólo el silencio puede proteger a la vez que condenar. También puede hacerlo el testimonio. Al menos eso es lo que sucede en el sistema penal de nuestro país.

Muchas y muy variadas campañas de prevención del abuso sexual se han hecho en el Ecuador. La lógica es, por un lado, que los niños, niñas y adolescentes, sepan que no es normal ni está bien que un adulto busque cualquier forma de intimidad sexual con ellos. Por otro lado, se espera que si un niño o niña que ya ha sido abusado cuenta lo ocurrido, los adultos a su alrededor tomarán medidas inmediatas para impedir que el abuso continúe. Todo eso es correcto, sólo que no es tan simple.

Cuando alguien ha vivido un suceso traumático, hablar de ello no resulta fácil. Es preciso crear una serie de condiciones que le hagan sentir a esa persona segura, protegida y respetada. Aún así, es probable que se resista a contar todo lo que vivió, porque en estos casos, *contar es volver a vivir*. Y esto puede ser mucho más complicado si ese trauma tiene que ver con abuso sexual. Y más complejo es aún, si la víctima es un niño o

niña. Y peor todavía, si ese niño o niña se ve obligado a dar detalles del abuso que sufrió, de parte de un ser querido o, cuando menos, respetado –no lo olvidemos– y, si tiene que hacerlo por repetidas ocasiones a diferentes personas totalmente desconocidas, cada vez, y en un contexto en que el ambiente familiar se ha alterado, con llantos, amenazas, dudas y expectativas de por medio<sup>3</sup>.

En todas las etapas del proceso penal, entre ellas el juicio propiamente dicho, muy probablemente la niña o el niño será entrevistada/o repetidamente. Incluso, si todos los adultos involucrados en el proceso lo consideran pertinente para despejar cualquier duda, la víctima puede ser confrontada a su victimario.

Resulta que la revictimización no es el único riesgo que se corre en todo este largo y complicado proceso penal ecuatoriano, que para los niños y niñas está lleno interrogatorios, tensiones, frustraciones, miedos, amenazas, sentimientos de culpa, etc. Otro riesgo, y muy grave, es que en este proceso, la credibilidad del testimonio de la víctima se vea seriamente afectada. Entre el deseo de olvidar lo ocurrido, el de satisfacer las expectativas de los adultos que le rodean y, muchas de las veces, el de proteger al victimario, los niños y niñas tienden a borrar gran parte de los recuerdos, a confundir un suceso con otro, a condensar el recuerdo de varios sucesos diferentes, a contradecirse y, muchas veces, a retractarse. Toda esta “contaminación” de su testimonio puede ser mucho más fuerte mientras: más veces se haya reiterado el abuso; más amenazas, chantajes o dudas haya percibido de los adultos que le rodean; más veces tenga que hablar de lo sucedido y; más tiempo haya transcurrido entre el abuso y el testimonio<sup>4</sup> (en nuestro país, un proceso así puede tardar tranquilamente dos años, en los cuales incluso la lógica de pensamiento del niño o niña pudo haber desarrollado sus potencialidades reflexivas).

Tantas contradicciones pueden llevar a algún juez, poco informado sobre estos temas o poco escrupuloso, a concluir que la supuesta víctima miente o que no da elementos lo bastante contundentes como para condenar al acusado. Y, muy probablemente, podrá respaldarse en el argumento de que el peritaje médico no prueba nada, porque no hubo penetración (o sea, no hay pruebas físicas que demuestren que hubo abuso) y cuando la hubo, no se encontró restos de semen o bello público para un examen de ADN (porque la víctima seguramente se lavó antes de ir a denunciar) o porque la víctima (en el caso de las niñas) presenta un “himen dilatable”, o sea que no hay pruebas fehacientes de desgarró.

Entonces, para los pocos casos en que los padres o tutores de la víctima decidieron llevar la denuncia hasta las últimas consecuencias –a pesar de que todo esto le genere gran dolor a la niña o niño–, convencidos de que ese no es cualquier delito y que es importante y necesaria una sanción social y legítima a un acto atroz, que no es desde ningún punto de vista legítimable, para esos casos, pues, puede ser que el sacrificio de esa niña o niño, de sus padres, familiares, tutores, etc., no haya servido.

¿Cuál es la alternativa, entonces? Permanecer en el silencio no es de ningún modo una salida, porque es legitimar de soslayo un delito que no sólo pone en riesgo la integridad de un niño o de una niña, sino que arriesga la integridad de ese principio que nos hace humanos, que nos permite relacionarnos con los otros de forma simbólica, es decir, en el marco de la cultura. Pero tampoco podemos permitir que, a cuenta de demandar una sanción para el victimario, se vulnere de tal forma a la víctima, que esa misma demanda devenga en algo irremediablemente traumático por sí mismo<sup>5</sup>.

#### Notas

- Carrión Sarzosa, María Poema y Figueroa Rodríguez, Suelen Aurora, *Del incesto: discursos, procedimientos jurídicos y realidad*, Quito, PUCE, 2008.
- Lo más grave es que hoy por hoy, la pedofilia está saliendo de la clandestinidad, no para ser socialmente juzgada, sino para posicionarse como un discurso de reivindicación política. Holanda cuenta, incluso, con un partido pedófilo y existe una red que celebra el “Día Internacional del Orgullo Pedófilo”. Su propuesta básica es que la pedofilia es una opción sexual más, que debería ganar los mismos derechos, en el campo jurídico (es decir, oficial) que tienen los grupos GLBT. ¿Será necesario aclarar que la pedofilia, así como el incesto, no es una opción sexual? En esta relación, al menos un miembro de la “pareja” no tiene la posibilidad de elegir. En la sexualidad infantil –hay que decirlo– no están en juego todavía las opciones, sino algo más básico: la construcción de una identidad. Y obligar a un niño o niña a saltarse ese proceso constituye una violencia psicológica brutal.
- En la investigación mencionada, encontramos que, en el 18% de los casos revisados la víctima tuvo que contar una sola vez, a una sola persona lo que ocurrió y cómo ocurrió; el 39% de los casos tuvieron que hablar sobre el abuso (revivir en el relato) 2, 3 y hasta 4 veces, con personas diferentes cada vez. Si bien en el 43% de casos restantes, el niño o la niña no habló nunca frente a ningún involucrado en el proceso penal, este dato no es para nada alentador: significa que el proceso no ha tenido seguimiento, es decir, que la persona que hizo la denuncia no pudo o decidió no impulsar la investigación del fiscal, para después poder ir a juicio.
- Van Gijseghem, *Factores que, en los tribunales, intervienen en la calidad del testimonio de niños que han sido objeto de abuso sexual* [Facteurs interférents avec la qualité du témoignage de l'enfant au tribunal dans des cas d'abus sexuel]. Revue Canadienne de Psycho-éducation, vol. 19, 1 (1990). Texto traducido del francés por Susana Espinoza.
- Ese debate debe llevarnos, necesariamente, a construir nuevas formas de intervención en el marco legal ecuatoriano, que sean más adaptadas y respetuosas de la realidad física, psicológica, social y emocional de la víctima (no sólo de las víctimas de abuso sexual infantil de carácter incestuoso). Por ejemplo, diseñar un modelo cabal de “Entrevista Única” a la víctima, como hace años se está aplicando en San Diego, Estados Unidos, con excelentes resultados. Sin duda es mucho lo que hay que cambiar, pero por eso mismo, es preciso empezar ya.



# a La calle

## recorrido por la explotación sexual y las burlas patriarcales. entrevista a Karina Bravo, Presidenta del Colectivo Flor de Azalea

nancy carrión



**Nancy Carrión:** Para empezar, quisiera que me cuentes de dónde viene Flor de Azalea y del por qué de la organización.

**Karina Bravo:** Cuando vine a Machala, después de trabajar en Guayaquil y en La Troncal, me enamoré de una organización inmensa, la “22 de Julio”, la primera organización de trabajadoras sexuales. Me enamoré tanto que me comencé a vincular con todo lo de la organización, inclusive participé en organizaciones de mujeres de sectores populares al inicio del Movimiento de Mujeres de El Oro (MMO). Eso fue abriendo inquietudes en mí y en otras compañeras trabajadoras del sexo de los sitios cerrados, como clubes nocturnos o cabarets. En el 2002, dejé el trabajo sexual y me dediqué a trabajar de promotora de salud en un programa de prevención del SIDA. Ahí había mujeres trabajadoras sexuales de la calle. Siempre hubo una división bien marcada entre ellas y las que trabajaban en sitios cerrados, tanto que decíamos “¡no pasemos por ahí porque están las otras!”. Yo veía a las compañeras de la calle y decía: “por qué esa división, si todas somos iguales, somos mujeres”. Cuando me quedaba hasta tarde, seis o siete de la noche, veía cómo la policía las corría, cómo había mayor violencia y cómo era muy diferente trabajar en un sitio cerrado, que tiene un poquito más de seguridad que

trabajar en la calle donde hay mayor peligro, mayor violencia, donde la policía molesta más y donde la misma gente, la comunidad de alrededor estigmatiza más a las trabajadoras del sexo, tildándolas siempre como delincuentes. Entonces hicimos una estrategia de acercamiento, porque eran muy desconfiadas –y entiendo su desconfianza– y me veían a mí como diferente a ellas por el hecho de que había trabajado en un prostíbulo, no me veían como una compañera que sabía lo que vivían porque estaba en su calle. Me costó mucho ir conquistando la confianza de ellas.

Comenzamos primero con cuatro compañeras y poco a poco empecé a enterarme de todas las cosas que les pasaba, por ejemplo, que la policía las cogía, se las llevaba, las violaban, les quitaban el dinero; se las llevaban hasta Pasaje y ahí las dejaban botando sin dos reales, y desde allá muchas veces les tocaba venir a pie, porque no les dejaban absolutamente nada; y cuando eran detenidas las llevaban de 15 a 20 días. Siempre las perseguían, si ellas estaban comiendo, ahí iban y las sacaban, si las encontraban en el mercado comprando con sus hijos, tampoco les importaba y las subían en el carro con sus niños. Había una serie de discriminaciones y violencia contra sus derechos.

Cuando empezamos a hablar, a ver que estos problemas teníamos todas, comenzamos a armar estrategias para parar la violencia, porque la cosa que más les afectaba era la policía, la que les perseguía, les pegaba, maltrataba, sin importar si estaban embarazadas ni nada. Así se comenzó a armar Flor de Azalea, un 14 de febrero del 2002. A partir de eso hubo un impulso cuando empezamos a visibilizar mucho más estos problemas. Fue la primera vez que las trabajadoras sexuales salieron a las calles sin máscaras, sin nada; son las que han hecho consignas en contra de la policía, en contra de las autoridades, en contra de los explotadores sexuales; ellas son las que salen a la calle a marchar, más no las que están en sitios cerrados. En esto, las de la calle fueron las primeras en reivindicar nuestra situación, la primera organización en decir “queremos que esto se llame trabajo sexual”, “queremos que se legalice la Asociación”, “aquí estamos, dando la cara”; eran las que se reunían con las autoridades, las que proponían y hacían muchísimas cosas para ir avanzando. Al principio eran como 35 trabajadoras sexuales y ahorita somos entre 60 y 80 trabajadoras sexuales, algunas van y vienen.

**¿Por qué crees que quienes más salían eran precisamente las trabajadoras sexuales de la calle y no las de los sitios cerrados? Y, ¿cómo fue esta experiencia de salir juntas a la calle para protestar?**

Porque las de los sitios cerrados no quieren que les identifiquen. Cuando se trabaja en un sitio cerrado se tiene una doble vida, te cambias de nombre, de identidad. No das la cara. En los sitios cerrados solamente te conocen los hombres. Pero si tú sales a la calle a marchar y muestras tu rostro, toda la gente va a saber que tú haces trabajo sexual. Las trabajadoras del sexo de la calle, al inicio, cuando fue la primera reunión con el intendente para exigir que ya no molesten, unas tres o cuatro compañeras se pusieron un antifaz y entre ellas mismas decían “pero qué ridículas, si ya todos nos han visto en la calle, para qué, de quién nos ocultamos” y dijeron “¡saquémonos el antifaz!”

**El salir a la calle de esa manera es una forma de apropiarte de lo público. Una mujer confrontativa en la calle, puede ser una presencia incómoda para la sociedad, entonces colocarte ahí es un acto político desafiante que le pone a la sociedad frente a lo que no quiere ver de sí misma: la sociedad que prostituye a mujeres, por ejemplo. Algo de esa lucha política de las mujeres que salen a marchar y protestar dando la cara, se puede ver también en la lucha cotidiana –política, por ser desafiante en lo público– de las mujeres que trabajan en la calle, ¿no?**

Sí, es un desafío a la sociedad, pero también a ti misma. Si tienes días de estar ahí, es porque estás luchando por llevar el sustento a tu familia, una lucha contra todo lo que los otros digan de ti. Nosotras tenemos una consigna que dice “todos los hombres son unos machistas, primero nos utilizan y luego nos critican”. Pero lo mismo le decimos a la sociedad, a la policía, a los dueños de los prostíbulos, a la justicia. Nuestras consignas las hemos hecho para hacer ver

cómo esa sociedad, esos hombres, nos utilizan y luego nos critican, nos explotan y nos violentan. Los primeros explotadores de las trabajadoras sexuales son los policías, nos utilizan y nos violenta. Entonces, así, poniéndonos en lo público, Flor de Azalea ha ido posicionando el respeto. Por ejemplo, que el Municipio llame a las trabajadoras sexuales para negociar un espacio, porque no es que pueden venir a botarlas como si nada, no, tienen que negociar con ellas, de acuerdo a lo que ellas exijan.

**¿Pero qué significa dar la cara públicamente todos los días?**

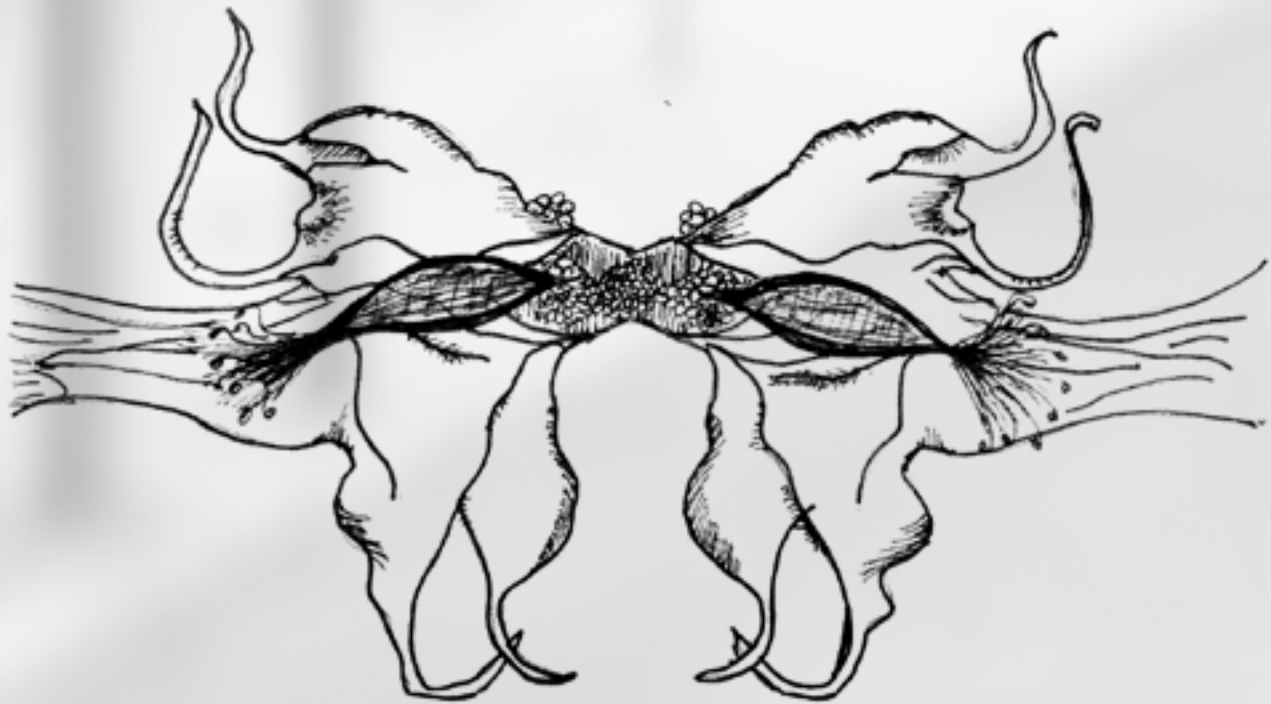
En la calle estás expuesta, eres más vulnerable, y tus hijas también. Hay una forma en que la sociedad funciona como con una burla cultural. El hecho de tener a una adolescente en la calle también nos va a repercutir en algún momento a nosotras, porque por ser hijas de trabajadoras sexuales están más vulnerables a que los explotadores sexuales estén buscándolas para hacerlas víctimas de la explotación sexual.

**¿Y qué ha provocado esa otra forma de estar en la calle?**

Logramos una reunión con el intendente, con el comisario de salud e inclusive con la Policía para proponer lo que queríamos: seguridad para las mujeres que trabajan en la calle, no violencia, no discriminación, que se nos respete. Decíamos que la policía debía estar para dar seguridad a las mujeres, no para violentarlas. Pero ha sido duro. Un día me llevaron detenida y me tocó poner una gran denuncia a la persona que me maltrató. Era 31 de diciembre, estábamos con los años viejos y de repente vinieron unos 30 policías diciendo “ellas son unas putas y tienen que estar en un sitio cerrado”. Yo le explicaba por qué ellas estaban en la calle y le decía que si les llevaba a ellas tenía que llevar a todo el que esté en la calle, el que vende coco, el que vende agua, y él decía: “ellos no están haciendo prostitución”, y yo que “ellas no se están prostituyendo aquí, solo están paradas”, y él: “chucha e tu madre, ¿no se van a retirar?”, yo “¡que no!”. Y en ese momento llamó a un carro del GOE y vinieron cualquier cantidad de policías, como 50, como si fueran a coger a un narcotraficante, toda la calle se llenó de policías. Al ver eso algunas compañeras se fueron, la gente en la calle decía: “pero por qué, si no están haciendo nada malo” y ellos decían “retírense, retírense... ah, ¿no se van a retirar?”, entonces cogió y me dio un solo puñete en la cara, me cogió de la blusa y en ese momento, a la fuerza, a rastras me subieron al carro del GOE. En el carro ellos comenzaron a hacer mofa, a reírse, a decir “ustedes no valen nada, son unas putas, hoy día van a ver lo que pasa, hoy día va a haber un festín”, porque cada vez que arrestaban a una trabajadora sexual, ellos utilizaban a las compañeras, las violaban y se las llevaban en la mañanita a baldear las celdas, a recoger la basura del patio, a cargar agua y a hacer un sinnúmero de cosas; lo que les tocaba hacer a ellos les mandaban a hacer a las compañeras.

Esa vez pude vivir todo lo que las compañeras me decían, cómo los policías decía “¡estamos de fiesta!, hoy día vamos a hacer...” Yo escuchaba eso y quería llorar, pero al mismo tiempo decía “no, Dios mío, tooodo lo que pasan las compañeras”, y





en carne propia iba experimentando todo, esa rabia, esas ganas de caerles encima. Nos fuimos detenidas seis compañeras, ellas fueron tan solidarias que se fueron conmigo cuando sólo me iban a llevar a mí. En esa ocasión hicimos dar de baja a un cabo y eso nos ayudó a frenar la violencia de la policía. Sirvió para que dejaran de molestar durante unos cinco años. También logramos que ninguna fuera detenida y, si iba tenía que ser máximo unas pocas horas, y sin pagar ninguna multa. Ahorita están comenzando a molestar otra vez y nosotras a armar otras estrategias, comenzar a tomar fotos para fundamentar más la violencia que ejercen, porque ellos siempre justifican “nosotros las llevamos detenidas porque ellas defienden a los ladrones, porque trabajan haciendo escándalo en la calle” y es mentira, en realidad es que “las llevamos detenidas porque están paradas en la calle y son unas prostitutas”. Pero eso no dicen, ellos van y molestan a las compañeras porque les da la gana, porque recibieron una orden del comandante. Tú vas a la policía y preguntas en dónde está la orden y te dicen que no, que la orden fue del intendente y éste te dice que la orden fue del Municipio, y entonces cada quien se pasa la pelota y al final tú no sabes nada. También logramos hacer un encuentro de trabajadoras sexuales después de años que la Federación de Trabajadoras Sexuales ya no estaba activa. Mientras tanto denunciábamos la corrupción que había dentro del Departamento de Epidemiología del Hospital Teófilo Dávila, donde las compañeras eran tratadas como animales, violando todos nuestros derechos, a la salud, a la información, a la confidencialidad. A partir de la denuncia que hicimos de que se nos estaba

obligando a ponernos unas vacunas de hepatitis B, pagando de 12 a 15 dólares y amenazando con quitar el carné a las que no nos poníamos dos ó tres dosis, las trabajadoras de la calle comenzaron a incentivar a las de los sitios cerrados y se empezó a denunciar la corrupción de Epidemiología, los casos por las vacunas obligatorias, se denunció cómo era el servicio de salud paupérrimo y de mala calidad. Porque ahí tenían una cheslón vieja, destartalado, un sitio al que a las trabajadoras sexuales les tocaba entrar con otra compañera para que cogiera el foco y la doctora le pudiera meter el espéculo; los espéculos eran de hierro y se ponían en un balde donde había ratas, habían pésimas condiciones de higiene. Pronto hablamos de que nunca hubo un sistema de salud de calidad para las trabajadoras sexuales, siempre se nos obligó a hacernos poner inyecciones, sin que se nos dijera de qué eran. Muchas veces, por ejemplo, nos hacían comprar una inyección para penicilina y de esa misma inyección ponían a dos, tres compañeras de la misma dosis, nos obligaban a comprar condones caducados. Si queríamos ser atendidas rápido teníamos que refilarle a la enfermera, a la licenciada... comenzamos a denunciar toda la corrupción, fuimos a buscar a los medios de comunicación, los llevábamos, abríamos las puertas para que vean eso. Nos tomamos el control profiláctico, sacamos a la presidenta de ese tiempo, una presidenta corrupta.

**¿Esa discriminación de las instituciones de salud es también otro mecanismo de explotación?**

La salud de las trabajadoras sexuales ha sido el negocio de las instituciones de salud, la Dirección del hospital y el

Departamento de Epidemiología; médicos que tienen negocios como comisariatos en donde a las trabajadoras sexuales se les obliga a comprar a través de engaños, a veces en complicidad con nuestras representantes... Las trabajadoras sexuales puestas en bandeja de plata para seguir siendo explotadas a través de una cadena de cómplices: las instituciones de salud, directores, médicos, enfermeras, etc. Todos negociando con nosotras.

Flor de Azalea hizo que el sector de salud por primera vez comenzara a ver a las trabajadoras sexuales, dialogue con nosotras que decíamos “aquí cómo pueden decir qué clase de salud puede ser beneficiosa para nosotras, si nunca nos han preguntado”, así hicimos que en todas las reuniones en donde se fuera a hablar de la salud de las trabajadoras sexuales, estemos nosotras para decir cómo queríamos que fueran los servicios, qué calidad de servicio queríamos, y que éste no sea solo la auscultación de nuestra vagina, sino un servicio de salud integral. A raíz de todo esto comenzamos a pelear en conjunto con el MMO para que se cumpla la ley de maternidad gratuita, que había desde el 86 pero en la que nunca se había tomado en cuenta a las trabajadoras del sexo. Formamos un comité de usuarias de las trabajadoras del sexo para vigilar el cumplimiento de la ley.

**¿Por qué la preocupación por la maternidad?**

Porque a partir de ahí íbamos a hacer que nos vean como seres humanos, no como objetos sexuales; no solamente nuestra vagina, sino nuestro cuerpo como algo integral.

**Cuando nosotras hablamos de nuestro cuerpo como algo integral decimos que no queremos ser solamente mamás ni que el Estado nos reconozca solo como madres. Creemos que la ley de maternidad gratuita es importante, pero sigue maternalizando nuestra existencia; si no quieres ser mamá, casi no tienes posibilidades de acceder a un sistema de salud pública.**

Esa es nuestra propuesta ahora, queremos que no solamente se nos vea en el rol de madres, sino más allá. Nosotras decimos cuántas trabajadoras del sexo tienen infecciones de transmisión sexual y no saben a dónde ir, en quién apoyarse. Es más, nosotras somos promotoras de salud en el Centro Manuel Estupiñán, donde actualmente están yendo las trabajadoras sexuales. Algo que logramos ahí es sacar el servicio de control profiláctico del Departamento de Epidemiología –que estaba por fuera y atrás del hospital– y que se lo pusiera en los servicios generales de salud dentro del hospital y de los centros de salud. Así vamos rompiendo la barrera, la brecha entre “mujeres buenas” y “mujeres malas”, unas, las señoras y amas de casa, atendidas en los hospitales y centros de salud y otras, las putas, en Epidemiología. Cuando estábamos en Epidemiología, las mujeres decían “no, no, crucemos a la parte de enfrente, por ahí no pase porque ahí están las putas”. Cuando comenzó este cambio, en agosto del 2004, fue una lucha compartida con otras organizaciones y mujeres.

**Pones bastante énfasis en las diferencias entre las trabajadoras sexuales que están en la calle y las de los sitios**

**cerrados, ¿cómo te explicas el fraccionamiento tan fuerte?, ¿por qué se produce?**

Yo creo que las divisiones, los fraccionamientos, los prejuicios entre las trabajadoras del sexo vienen desde afuera, desde una sociedad que nos clasifica según los modelos/estigmas de la “mala” y la “buena”, eso, que también es algo cultural, se refleja en nuestras relaciones. La que tiene mejor categoría es la que gana más, está en un night club, se puede lucir mejor; la que está en el prostíbulo tiene menor categoría, recibe más hombres, trabaja más horas.

**Hay diferencias de clase, pero también dices que ser “buena” es una estética, un modo de vestirse, arreglarte, es una manera de portarte para complacer a una sociedad que nos mira y juzga para, de ese modo, conseguir que nosotras mismas nos coloquemos en el lugar que quieren que estemos, un lugar que no siempre es bueno para nosotras.**

Sí, en nuestro caso la diferencia se marcaba muy bien cuando ibas al control profiláctico y todas querían estar mejor vestidas que las otras, sobresalir más, en buenos carros, carteras, zapatos.

**Decía eso porque entre las mujeres que no somos trabajadoras sexuales también existe ese tipo de fraccionamientos y modos muy fuertes de juzgarnos bajo los mismos patrones de la “buena” y la “mala”. Y la imagen de la mujer “buena” también está asociada a una estética que generalmente es la de mujer blanca, rubia, delgada, el prototipo barbie o Virgen María, mientras la estética de los sectores más populares representa al estereotipo de la delincuente.**

Ese es el prototipo y símbolo de una “mujer buena” en una sociedad patriarcal; una mujer buena para los hombres. Y entre las trabajadoras sexuales también es así.

**Independientemente del trabajo que hacemos, la “buena” es también la menos erótica, la menos sexual. Tú decías que en el trabajo sexual, la “buena” está en los night club, donde tiene menos hombres que la de la calle.**

Sí, se cree que las mujeres “malas” deben existir para satisfacer los instintos “animales” de los hombres –de los que supuestamente ellos no tienen la culpa–. Las mujeres “buenas”, se supone, no pueden hacer muchas cosas que las “malas” deben complacer. En un grafiti vi “las mujeres buenas se van al cielo, las malas a donde las lleven”. Recién le preguntaba a un hombre: “¿qué pasaría si tu esposa te dice que tiene fantasías sexuales con otro hombre?” y me respondió “no, mi mujer nunca, porque es una mujer de casa”. Y nosotras le cuestionábamos, “¿cómo sabes que tu mujer no tiene ese tipo de fantasías?”, y él, “es que yo sé que ella es feliz conmigo”. “¿Tú le has preguntado?” “No, me imagino”. Nadie nos pregunta si somos felices siendo “buenas”, pero a partir de esa imagen empezamos a competir.

**En las mujeres que no son trabajadoras sexuales también se repite esa misma dinámica, ese modo de competir, de medirse las unas a las otras, ¿cómo miras eso?**

Me incomodan las discriminaciones entre las mujeres por su forma de vestir, de hablar, de ser, cuando se dice “es que



parece puta”, “no te metas con ella, esa parece prosti”; los hombres dicen “no te vistas así porque pareces prostituta”. Siempre me he preguntado ¿qué es parecer prostituta? Y ¿qué es no parecer “prosti”? ¿Es la ropa? No, no es eso lo que marca. ¿Qué significa ser decente? ¿Acaso es dejar de trabajar y quedarme en la casa esperando a que un hombre me mantenga y dejar morir de hambre a mis hijos? Los hombres siempre dicen “esa parece prosti porque mira cómo se viste, mira cómo se pinta, mira su lenguaje”, cuando muchas mujeres tienen un lenguaje mucho más grotesco que una prostituta; si has tenido más de una pareja en la vida, eso también te convierte en prostituta. O sea, los hombres definen quién es una prostituta. Son cosas, marcadas que solo en apariencia, tienen que ver con el cuerpo, la imagen, el comportamiento, el lenguaje, pero se extienden a todo lo que es una mujer.

**Otra cosa que decías es que en la calle se vive mayor violencia y que a las trabajadoras sexuales se las tacha de delincuentes, ¿por qué crees que la sociedad coloca a las trabajadoras sexuales y a los delincuentes como si fueran iguales?, ¿cómo se vive esa marca de la delincuencia que la sociedad coloca sobre ti?**

La delincuencia es un estigma muy pesado. Cuando yo era trabajadora sexual y no estaba dentro de la organización, llegaba a mi casa y no salía, no hablaba con los vecinos; iba al comisariato y me parecía que todos me veían y me conocían. El peso social del estigma es tan fuerte que te lo hacen sentir e interiorizarlo como una vergüenza que te aparta de los otros. Me daba vergüenza, no tenía amigas en el barrio, si iba al colegio de mi hija me ocultaba, trataba de hablar rápidamente con la profesora, todo, porque me decía a mí misma “es que lo que yo estoy haciendo es malo, indebido”. El estigma es un peso grande que te marca y terminas dándoles potestad a otras personas sobre ti misma. Nuestra palabra no era considerada como válida porque el trabajo que nosotras hacíamos no era considerado como trabajo, y todo trabajo que se hace en la calle es visto como lo último, lo peor, por eso es que se asocia a todos los males. Nos tildan de brujas, ladronas, rateras, rameras. Muchas de esas cosas también las dicen otras mujeres, nos tildan de “quita maridos”.

**Ese modo de tacharnos para avergonzarnos y silenciarnos o que terminemos (auto)excluyéndonos es muy común, ¿no? Incluso la desconfianza entre mujeres viene porque nos vemos a través de ese ojo patriarcal.**

Sí. Hay compañeras que me han dicho “pero tú no pareces trabajadora sexual, por el lenguaje mismo”, y yo he dicho que no juzguen a mis compañeras, porque ¿sabes quién ha hecho que nosotras actuemos así? es la sociedad. Porque si fuera una sociedad justa que respete, las compañeras no actuaran así. Pero desgraciadamente este trabajo hace que tú te pongas como quien dice “a la dura” para que nadie se meta contigo.

**Pero no solamente en el lenguaje, sino en todos los aspectos de la vida. Del modo en que la sociedad actúe contigo, frente a ti, depende tu forma de ser y actuar frente a él. Esta**

**es una sociedad que rompe sus vínculos éticos con las mujeres; el vínculo desde el cual la sociedad también debe ser responsable por tu vida, tu bienestar, el cuidado de tu salud, el acompañamiento en la maternidad que tú vives para dar hijos al mundo.**

Sí, y esa ruptura duele, porque no es fácil hacer trabajo sexual, a mí me costó mucho, días de llorar, pensarlo, de olvidarme de todas las cosas que me había enseñado mi madre, los valores, todo... Pero más impera tu responsabilidad, tu necesidad. Es un trabajo muy forzado, no es fácil, porque nadie sabe qué es lo que va a pasar cuando tú cierras la puerta, no sabes qué persona es, qué trato te va a dar. Y tienes que aprender a formar una coraza de mujer dura, a pesar de que por dentro puedes estar temblando. A mí me pasaba eso, si a mí un hombre me trataba groseramente, yo tenía que actuar de la misma manera porque si yo actuaba pasivamente, me dejaba ahí mismo dándome mi buen puñete, abusando de mí. Entonces tenemos que ponernos esa armadura de mujer dura, mujer grosera, a pesar de que en el fondo seamos muy dulces, porque no somos diferentes a las otras mujeres, la única diferencia es el trabajo que hacemos.

**Cuando hablas me siento reconocida en algunas cosas, porque yo también he tenido que negociar mi sexualidad con alguna pareja, he sentido no poder controlar lo que va a pasar; que cuando una cierra la puerta, te sabes vulnerable, sabes que la violencia es muy probable, desde que no quiera usar condón, hasta que quiera hacer contigo lo que le dé la gana, del modo que le dé la gana, sin importarle tu bienestar ni tu placer, sino solo el de él.**

Claro, porque ellos se creen dueños de tu cuerpo. Creen que porque te pagan pueden hacer de tu cuerpo lo que ellos deseen, porque ellos lo que quieren es un objeto.

**Pero incluso pasa cuando no te pagan.**

Sí, por eso digo, a todas las mujeres esas son cosas que te hacen ponerte la coraza de mujer dura, como para que, si te pasó una vez, no te pueda volver a pasar...

**Como si dependiera de una, como si el problema estuviera en una y no en ellos.**

Exacto. Yo explicaba, si la sociedad es violenta, ¿por qué piden a mis compañeras que no sean así? Porque sobre nosotras hay violencia todo el tiempo, cuando te subes a un carro y todo el mundo te queda mirando, hay una violencia visual. Entonces tú actúas de acuerdo a cómo te sientes con la manera en que los otros te tratan. Pero si hubiera un ambiente de respeto, de igualdad, de justicia, la trabajadora sexual fuera como cualquier otra mujer. Lo digo porque yo me he sentido violentada muchas veces. A mí me costó mucho entrar a la universidad, me costó mucho poder ser respetada, me costó mucho demostrar que soy inteligente, porque todo el mundo piensa que solo servimos para el sexo y que somos brutas. Muchas veces cuando estaba en la universidad me encontraba con alguien que había sido mi cliente y me decía: “y tú qué, ¿ya no trabajas?, ¿cuándo nos vamos por ahí?” Entonces a mí me tocaba decir “un ratito, eso fue hace



tiempo atrás y yo acá vengo a estudiar.” Entonces, ¿cómo ir generando respeto en los espacios en que tú estás?

**¿Y cómo? Porque a todas nos pasa que en la universidad, por ejemplo, sin que seas trabajadora sexual, los hombres intenten colocarte en el lugar del objeto sexual. Se construyen formas sutiles de mostrarte que el espacio de quienes “saben pensar” es masculino, porqzue los que debaten son hombres. Y eso no es gratuito, construyen públicos para ellos. “¿Y tú?, ¿qué haces aquí? Puedes venir a tomar-te un café conmigo”, ser su público... y tienes que sentirte halagada con eso aunque la invitación tenga una intención sexual, ya sea de coqueteo o de llevarte a la cama. O sea, son espacios en donde te ponen difícil el diálogo intelectual con los compañeros o profesores. ¿Cómo haces para colocarte como interlocutora?**

Yo, por ejemplo, he tenido que pelear mucho, pelear conmigo misma porque yo soy muy visceral –agresiva por las razones que ya te expliqué–, entonces yo digo “si demuestro mi parte débil que es la agresividad, por ahí me van a atacar”. Entonces nos toca una lucha permanente, estar firmes en el “no es cierto lo que tú dices”, “te equivocas”, “yo no pienso que sea así”, “las mujeres no pensamos así”. Tenemos que estar posicionando cosas, ganando a pulso el respeto. A nosotras nos toca colocar esto de que ser mujer no es distinto a ser trabajadora sexual, porque el trabajo que haces no es lo que te define, hay otras cosas, los ideales, los sueños, las dudas, los miedos.

**¿Qué otros aprendizajes políticos han podido lograr con la organización?**

Que cuando hablamos de esta sociedad hipócrita, también

tenemos que hablar del Estado que es un explotador, que no quiere ver cómo se llena de dinero de las trabajadoras sexuales a través de los permisos de salud, los permisos de funcionamiento para los lugares donde trabajamos, a través de las divisas que envían las muchas compañeras migrantes, porque el 80% de esas divisas son de compañeras que están trabajando en Europa. ¿Y qué es de ese dinero que está entrando al país y que no se lo ve? Ni se toca el tema, cuando se habla de migrantes solamente se habla de mujer-migrante-doméstica, pero no se habla de mujer-migrante-trabajadora del sexo. Cuando se habla del trabajo sexual solamente se señala y discrimina a la trabajadora sexual, pero ¿qué pasa con la sociedad, la gran industria del sexo? Porque si yo me pusiera a dibujar en un papelote el trabajo sexual, les diría que hay más de 100 actores, donde están los dueños de los prostíbulos, la policía, el comisario de salud, el intendente, los abogados, todos que además son clientes que pagan muy bien por estar con nosotras; la gente que nos vende la ropa, los perfumes, la gente que nos vende la comida, los taxistas, y así un sinnúmero de gente que también son trabajadores sexuales, que es con nuestro dinero que se llenan los bolsillos o bien sobreviven. Entonces estamos hablando de una sociedad hipócrita que no quiere ver más allá. Pero en definitiva, estas luchas no podemos hacerlas solas, sino con otras mujeres, organizándonos, haciendo propuestas que nos permitan levantarnos, dar la cara, denunciando al mismo tiempo que proponiendo qué es lo que desde nuestro punto de vista queremos en salud, economía, política. Tenemos que estar ahí, de frente, luchando, haciendo y pronunciándonos. ✎



# ESTADO PATRIARCAL Y ESTADO PROXENETA

## La PUTA no Tiene Clientes, Tiene PROSTITUYENTES

maría galindo \*



derechos, porque instala una crítica más profunda e irreconciliable con el Estado, sea éste del norte o del sur, sea socialista o capitalista. Por eso, el universo de la prostitución es un pendiente de todos los sistemas políticos, de todas las ideologías y de todas las culturas del mundo, de norte a sur y de este a oeste. El “Estado proxeneta” es, definitivamente, una manera de jerarquizar las relaciones sociales en una determinada sociedad. Es una

mirada que sale desde el mundo de la prostitución pero que nos sirve para comprender las relaciones sociales en todos los ámbitos y entre todos los actores.

*Segundo.* Al mismo tiempo, el Estado proxeneta es un concepto útil y clarificador para todos los movimientos sociales, para todas las mujeres y no sólo para las mujeres en situación de prostitución. Por ejemplo, acá en Bolivia, los movimientos de campesinos, de desocupados, o de lo que fuere, han entrado en esa relación de dependencia, clientelismo y cooptación, donde el Estado ocupa todo el espacio de la vida social y política; donde el Estado es lo relevante, lo importante, lo trascendente, lo histórico. Esa relación de los movimientos sociales con el Estado, sin una clarificación de su carácter proxeneta y patriarcal, deriva en relaciones destructivas para los movimientos y en prácticas jerárquicas que no transforman la realidad social.

En esa relación de pedir concesiones y reconocimientos, el Estado se convierte en un pequeño patio, una pequeña jaula donde te mueves jugando a pedir concesiones, mientras él juega a dártelas o quitártelas. Sin ese pequeño espacio-jaula no tienes otra política, ni otro espacio dónde moverte, ni otro interlocutor. Es como si más allá del Estado no hubiera política, ni sueño de transformación, ni objetivo, ni horizonte; como si la relación con el Estado se comiera todo, fuera todo.

*Tercero.* Otro elemento importante de las características de este Estado proxeneta es el tipo de relación que te propone en lo micro, en lo pequeño. Es la relación burocrática que tiene, implica la incapacidad del Estado como aparato de resolver los problemas; no tiene capacidad directa, por eso te utiliza como

parte del mecanismo de resolución. En ese punto, además de establecer relaciones burocráticas, el Estado se caracteriza definitivamente por establecer relaciones humillantes protagonizadas por algún funcionario o funcionaria mediocre que halla en el pequeño espacio que ocupa, el terreno ideal para ejercer, reiterar y subrayar ese espacio de “poder” en el que respecto de ti se coloca. Ese funcionario o funcionaria y sus mecanismos de postergación, humillación, arbitrariedad, impunidad y corrupción son el rostro del Estado frente a vos puta, a vos desempleado, a vos viejo, a vos vieja, a vos vendedora ambulante. Es la cara del proxeneta que vive de ti, con tu dinero. Por otro lado, el Estado es tan proxeneta en el momento en que te da la concesión clientelar, como en el momento en que te mete en la cárcel.

Está siendo proxeneta con dos armas distintas, y además tiene muchas armas y algunas otras características. ¿Cómo deberíamos relacionarnos, entonces, los movimientos sociales con el Estado proxeneta? ¿Cómo haces para que tus necesidades, tus carencias, tus emergencias, tampoco te sean expropiadas y sean eso, tuyas? La ilusión de la conquista y el avance a través de la ley o cualquier otra forma de concesión. ¿Cómo trabajar eso? ¿Cómo trabajar una capacidad no personal, sino como movimiento, como colectivo? ¿Cómo no dejarte seducir por ese sentido de concesión del Estado? ¿Cómo se hace eso? Nosotras en Bolivia, las Mujeres Creando, nos hemos ido quedando solas respecto de muchos movimientos con los que hemos trabajado.

### ¿cómo se relaciona el Estado proxeneta con nuestros cuerpos?

En Bolivia, primero se protege la salud del “cliente” exclusivamente. Segundo, se utiliza la salud y el cuerpo como un instrumento policíaco de control y extorsión de la mujer en situación de prostitución, otorgándole un carnet que va con foto, que debe renovar anualmente y hacer sellar semanalmente, por el cual además debe pagar. Se utiliza la salud también como un mecanismo de señalamiento y aislamiento, porque éstas compas son atendidas en centros especiales donde se vacuna también a los animales, los que por lo general son centros de mala muerte donde muchas veces no hay ni un baño de uso público. Estos centros son como vitrinas que la población usa para señalar con el dedo. Lo más grave, y que engloba lo demás, es que se mutila el cuerpo de la mujer en situación de prostitución, convirtiéndola en vagina. Puesto que la revisión es de cinco minutos y es exclusivamente vaginal, si tiene un problema de riñones, pulmones o lo que sea, no cuenta. Todo esto se hace a través del Ministerio de Salud y la Prefectura (Gobierno departamental), con la complicidad de las Alcaldías. Es decir, son políticas institucionalizadas, estatales y oficiales.

En este marco, no cabe el discurso de derechos sin poner en cuestión estos conceptos de mutilación del cuerpo de las mujeres y de convertir este cuerpo en objeto al servicio de los intereses y necesidades del “prostituyente”, que es un ser sin rostro y que engloba el universal masculino. Lo que el Estado proxeneta nos dice, es que la puta está al servicio de “los hombres” de una sociedad y, por lo tanto, se trata de cuidar la salud de ellos.

Esa es la función que el Estado cumple. El Estado proxeneta nos dice también que las mujeres somos objetos de uso y de desecho, porque a las mujeres en situación de prostitución que se contagian del VIH las desecha sin otorgarles más que el carnet de sanidad y punto. Somos un objeto de uso y de deshecho.

Por eso es que una mujer en situación de prostitución, lo primero que necesita es recuperar su cuerpo entero. Yo creo que todas las mujeres en un Estado proxeneta y patriarcal, hemos sido expropiadas de nuestro cuerpo y nuestro placer y necesitamos recuperarlo. Para nosotras no hay política posible desde las mujeres sin que pase por esta recuperación. Por eso la puta nos aporta desde su lugar una visión que nos clarifica y enriquece.

Me gustaría, para terminar, hacer nuevamente una síntesis de las características del Estado proxeneta y sus mecanismos: está la captura de tu necesidad, y una especie de subvención mínima de tu necesidad como mecanismo de control, dependencia y humillación al mismo tiempo.

La mutilación de tu cuerpo y la conversión de tu cuerpo en el reflejo del deseo del otro, del varón universal. Esa mutilación tiene también la capacidad de reducirte a las funciones que al Estado le interesen; la maternidad, que es una función que viene desde otro campo, es también un ejemplo de eso, cuando la mujer vale solo en tanto sea madre.

Y hay un tercer mecanismo que es sobre el deseo, pero no sobre el deseo de la puta, sino sobre el deseo del cliente respecto a ella. O sea, eres vagina y fuente de información valiosísima para el Estado proxeneta sobre el que es ciudadano, que es el hombre.

### FRENTE AL ESTADO PROXENETA LA PRAXIS POLÍTICA FEMINISTA POSIBLE ES LA AUTONOMÍA

La relación con el Estado está dada, es algo que no eliges, sino que se da de antemano. ¿Qué puta elige un explotador? El explotador prostituye a una joven sin que medie un proceso de elección, ni de negociación, ni nada. Eso está dado de antemano.

El Estado está instalado en la vida de las mujeres y de todas nosotras, independientemente de que lo escojamos o no. Entonces, lo que nosotras planteamos es generar una lógica autónoma de relacionamiento. Es decir, inventar un espacio propio cuando el Estado te diga “eres puta, por lo tanto tu cuerpo es vagina, tu afecto me sirve para el laboratorio, tu necesidad me sirve para mantenerte ahí donde estás, y tu lugar es el de la puta”. Entonces, inventar el territorio propio es no limitarse al territorio que el Estado te asigna. Un lugar propio de relacionamiento tendría que producirse desde la autonomía y hacia la sociedad. No podemos permitir que el Estado intermedie la relación entre nosotras y la sociedad. Hay que hacer el esfuerzo, la acrobacia y la coreografía de construir una relación directa con la sociedad, que no esté mediada por el Estado.

Esto implica estar atrapadas en el clientelismo que plantea el Estado, lo que no significa dejar las energías allí. Es necesario trabajar en una lógica paralela y simultánea.

\* MIEMBRO DE MUJERES CREANDO-BOLIVIA.  
WWW.MUJERESCREANDO.ORG, MUJERESCREANDO@ENTELNET.BO





# memorias Feministas DEL NEO-POPULISMO

## DE PASADA POR LA ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE

asamblea de la casa feminista de rosa

Casi todas, antes de encontrarnos, dimos un giro hacia rincones ensombrecidos por el juego de edificios y luces de la vida pública, hacia sitios tan distintos como las calles y los negocios de la noche, la cárcel, consultorios y otros sitios dedicados al secreto del aborto, barrios suburbanos... Todas anduvimos buscando un destino diferente. Algunas, buscando el vínculo con otras como requisito indispensable. Sentimos muy de cerca el acoso de la autoridad de la policía, de los cachineros, de los médicos, de los jueces y carceleros, de los medios de comunicación, de la Iglesia y hasta de los buenos ciudadanos..., después de todo, muchas somos llamadas “indecentes”, “torcidas”, “antisociales”, de esas cuya sola existencia desestabiliza la utopía ciudadana, y todas somos compañeras cada día. Algunas somos ciudadanas integradas, pero con la certeza de que nuestra posición de privilegio debe ser problematizada seriamente, porque solo así podemos trabajar por un mundo donde, realmente, quepan muchos mundos.

En aquellos sitios, en esos recorridos y encuentros, cobraron forma organizaciones entre diversas, como “Mujeres de Frente, externas e internas en la cárcel de mujeres de Quito”, la “Coalición por la Despenalización del Aborto” y la “Coalición Ecuatoriana de Iniciativas GLBTI” (hoy Movimiento Ecuatoriano de Diversidades Sexuales, MeDise). Las que emprendimos estos recorridos organizativos, habíamos decidido rumbos bastante diferentes. Estábamos las que apostamos por invadir lo público con la palabra retadora que va madurando en los rincones ensombrecidos, que decidimos seguir habitando en común, en contacto con el mundo vivido, cuidadosas de que permanezca presente el punto de vista de todas. Estábamos las que decidimos dejar aquellos rincones y permanecer en el espacio público, para transformarlo. Todas nos transformamos

de muchos modos en estas travesías: unas aprendimos la fuerza y la sagacidad que se necesita para habitar aquellos lugares; otras, trans-tocando los cuerpos se brotaron redondas caderas; muchas hemos sentido los placeres del cuerpo colectivo; todas hemos madurado nuestra capacidad de asombrarnos y armarnos de rabia creadora; muchas seguimos descubriendo el mundo ancho, complejo, viviéndolo a ras del suelo. Seguramente por eso, vamos entendiendo bien las prácticas de empobrecimiento selectivo, encubrimiento y postergación, y construimos nuestra militancia feminista como lucha contracultural y política.

De ahí surgieron nuestro enamoramiento, nuestros debates y nuestros desacuerdos, y en la coyuntura, la decisión de participar colectivamente en el proceso constituyente. No podía ser de otro modo, pues las diversas estaban en movimiento. Muchísimas, en todo el país, dedicaban su organización a la discusión y la construcción de propuestas de cara al proceso constituyente. Muchos sitios del territorio nacional bullían de mujeres concentradas en comprender lo que significaba armar una nueva Constitución y en aportar propuestas desde su experiencia cotidiana y organizativa. La participación era de todas y, por eso, respetaba los ritmos de las discusiones y del nacimiento de propuestas. Este movimiento prometía ser de todas, siempre que supiéramos articular las organizaciones y las palabras diversas, para llegar fortalecidas al campo de fuerza que se configuraba en Montecristi. Como parte de ese movimiento de movimientos, nosotras, optamos por posicionar las voces de algunas sobre cuyo encubrimiento se levanta la utopía ciudadana.

La nuestra es una sociedad fracturada entre una comunidad ciudadana y una serie de sectores proclamados “antisociales”, “raros”, con lenguajes, posibilidades y horizontes de vida tan



distintos, que el diálogo horizontal y la participación resultan virtualmente imposibles. Así que nosotras construimos un juego de puentes y traducciones para alcanzar a explicarnos en la Asamblea de la Revolución Ciudadana.

Como expresión del movimiento feminista, nos asomamos a la oficina del primer presidente de la Asamblea Nacional Constituyente y a varias mesas, exigiendo reconocimiento legal de las “familias alternativas”, trashumantes, lésbicas, homosexuales, transgénicas, transnacionales, de madres ampliadas, callejeras. Era la voz de muchas y muchos entretejidos de manera estable por amores filiales y solidaridades estrechas, proclamadas imposibles por la norma cristiana que pretende gobernar los amores y las solidaridades, echando tierra sobre muchísimas, en defensa de la idílica pareja reproductiva y sus retoños. Junto a ellas, aparecimos terrosas, frontales, mujeres que habíamos decidido abortar en algún momento de nuestra vida, por motivos muy distintos, exigiendo la “despenalización del aborto ¡ya!”. La palabra denunciante era la de la experiencia vivida en la clandestinidad, la confusión y el miedo, impuestos por esas mismas damas y padrones, sostenidos en el poder no sólo por su rol empresarial sino también por su trabajo de control moral de las mayorías, ajenos a las opciones de muchas.

La palabra era la de la vida digna, la vivencia de muchas que consideramos que el aborto no ha sido un pecado ni va a empezar a serlo ahora, pero también la de muchas cuya decisión, obligada a la soledad, la vergüenza y hasta la muerte, es testimonio de la sordera y la crueldad de las damas y patrones del gobierno de la moral. Junto a ellas, existencias incómodas, hijas de una alianza entrañable entre mujeres no presas y presas en la cárcel de mujeres de Quito, exigimos la “despenalización de la pobreza, ¡ya!”, con la que planteamos la ampliación del indulto ciudadano a las reincidentes por delitos de narcotráfico y delitos menores contra la propiedad, aquellas a las que la excarcelación lanzó de nuevo a los círculos viciosos del empobrecimiento, la búsqueda de la vida, el acoso policial y el castigo. Además, exigimos que la nueva Constitución definiera la construcción de un sistema de Justicia Reparadora no sólo para la víctima sino también para quien delinca, si su historia de vida estuviera signada por la discriminación y el despojo. Optamos por explicar lo más evidente: en este país se acosa y apresa a aquellas y aquellos cuyos cuerpos portan una combinación visible de rasgos y cicatrices del desprestigio y la injusticia social. Muchas traducidas como “antisociales” por el gobierno del pánico ciudadano, pueblan de color las cárceles de este país, sitios habitados por la informalidad impuesta por el orden de mercado, y el empobrecimiento extendido a grandes grupos urbanos a través de las mujeres-madres criminalizadas. Hablando desde la experiencia concreta, cotidiana, que

debilita, entristece, angustia, levanta resistencias, sabe arriesgarse, imagina y ensaya posibilidades, todas juntas, reivindicamos lo evidente y a la vez lo más difícil de entender en esta sociedad gobernada por ciudadanos distinguidos por su doble moral y sus propiedades privadas.

No cabe duda de que hubo muchas, muchas presencias incómodas para el proceso constituyente de la Revolución Ciudadana e incluso para los amigos y amigas montadas en el tren de la Historia: representantes asalariadas del movimiento de mujeres, asambleístas amigos, asesoras, y un largo etcétera de aquellas y aquellos para los que, después de todo lo que habíamos andado, no era el momento histórico de hablar claro, para las que era el momento histórico de delegar nuestra voz a las especialistas del lobby político. El proceso que había ido creciendo diverso, multitudinario, había sido privatizado por quienes decidieron que no era el momento histórico de respetar los ritmos y la inteligencia colectiva organizada durante años, por quienes temen a la multitud indómita.

Por eso, el primer presidente de la Asamblea Nacional Constituyente nos dijo que la estabilidad del bloque País exigía nuestra solidaridad en forma de silencio, esa debía ser nuestra posición como compañeras de izquierda, aunque en ello se fuera la vida de muchas. Por eso, aquellas mujeres institucionalizadas como tecnócratas del género, con derecho supremo a indignarse, nos acusaron de exponer al Movimiento a un debate público que dificultaba las negociaciones alcanzadas a lo interno de los espacios privilegiados de la Política. Por eso, compañeros de izquierda nos proclamaron inadecuadas, mientras asambleístas amigas se explicaban que éramos una expresión juvenil, infantilizándonos entre dientes. Por

eso mismo, a la vez, muchas participantes del movimiento de mujeres de todo el país, que se habían trasladado a Montecristi a testimoniar su presencia activa y su palabra elaborada, fueron invitadas a marchar hacia un mitin de asambleístas amigos y luego a regresar a sus localidades, un día antes de que el pleno de la Asamblea Nacional Constituyente recibiera al “Movimiento de Mujeres”, adecuadamente representado por algunas ventrílocuas y especialistas del lobby político.

Las familias de este país no son nucleares y reproductivas, y muchas de las que lo son generan enormes sufrimientos para las mujeres, ¿qué duda cabe? Tenemos razón y argumentos sólidos para defender la despenalización del aborto de manera abierta, como un diálogo amplio y hasta mediático con aquellas que han decidido y decidirán abortar, y que no encuentran alianza en las que públicamente hablan cuidadosas de no ofender al gobierno de la moral, a la Iglesia que en este país sigue mandando. Igual que es verdad que en este país se castiga el empobrecimiento y doblemente a las mujeres que sostenemos como vamos pudiendo a nuestras familias, contrahechas por el

orden neoliberal; mujeres sobre las que el presidente echó un indulto perdonavidas, con el aplauso y hasta el silencio del movimiento feminista y las izquierdas, cuidadosas de no discutir al gobierno del pánico ciudadano, creado en defensa de los bienes y la estabilidad social y política de los empresarios de este país. Lo insensato es pensar una militancia feminista que pretenda negociar el bienestar de todas a espaldas del mundo y cuidándose de no hablar demasiado, porque así no se rasga las estructuras de poder, porque así solo se construye paternalismo y se fomenta la certeza de que la palabra que vale es siempre la profesionalizada y la que emana desde arriba.

Después de exigirnos solidaridad ciudadana, en forma de confianza ciega a las negociaciones a puerta cerrada, y mesura obediente frente a las reivindicaciones cedidas en dichas negociaciones, nos pidieron solidaridad en forma de lucha contra la derecha moral y económica unida por el NO, en el referéndum aprobatorio de la nueva Constitución. Las delicadísimas negociaciones “democráticas” con la derecha radical unida habían fracasado, mientras el líder neo-populista nos llamó izquierda infantil a unas y pelucones a los y las indígenas, intentando debilitar un movimiento de movimientos sociales con décadas de lucha a cuestas, en su trabajo de construcción de una masa popular fulgurante de apoyo mudo y agradecido a su personalidad carismática, que se arroga el derecho de proclamar quién es la izquierda y quien no. Y muchas “representantes” del “Movimiento de Mujeres” y muchos de los selectos de la “Izquierda”, montados en el tren de la Historia, llamaron a esto socialismo del siglo XXI.

¿Donde hay una necesidad sentida, no debería haber un derecho por el que jugarnos? ¿Cuándo y cómo deberemos tejer y articular la voz de la vida de todas para construir un movimiento de movimientos de izquierda? ¿Es que las y los que entienden de Política saben más de todas que nosotras mismas? ¿Es que de ese modo vamos a construir un movimiento feminista de izquierda en este país? ¿Desde cuándo y en pos de los privilegios políticos de quién, las que optamos por trabajar en

colectivo, construyendo la horizontalidad, fuimos proclamadas indialogantes y hasta anti-patria? ¿Es que no está claro que las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo?

Simpatizamos con la puerta entornada por la nueva Constitución, con la astucia inteligente que colocó articulados sutilísimos que prometen posibilidades de legislar de otro modo, como sonreímos cuando el presidente Correa cuestiona con desprecio inteligente a los agentes de la derecha moral y económica unida. Pero no festejamos su régimen de desmovilización social y debilitamiento de la creatividad autogestionaria. No podemos ser amigas de la propaganda oficial y movimentaria

que, en campaña por el sí en el referéndum constitucional, socializó entre la población la homofobia, invisibilizando, además, a todo el resto de identidades de la diversidad sexual. Ni aceptamos la publicidad populista que infantiliza a las mujeres proclamadas “antisociales”, contentándose con un indulto otorgado como perdón paternal por pecados no cometidos, sin preguntarse cómo y a dónde retornan las excarceladas, a la vez que se construye una institucionalidad de Estado para otorgarles un castigo ciudadano, sin ningún diálogo con ellas, con nosotras. Tampoco transamos con la propaganda que fomenta la moral de criminalización de las muchísimas que han decidido y decidirán abortar. No se puede seguir construyendo un Ecuador sin nosotras, sin todas nosotras, sobre nosotras. Convertirnos

en masa seguidora del líder, no es el estilo de nuestro compromiso militante.

Apostamos por un feminismo activo, tejido de mujeres diversas capaces de ponerse en cuestión, capaces de problematizar las profundas diferencias entre nosotras, como única posibilidad real de generar alternativas a esta sociedad androcéntrica, de clases, racista. No podemos construir un feminismo militante latinoamericano, desde arriba, no debemos. Construimos un feminismo que no avergüenza de serlo y que no transige frente a solicitudes cordiales de postergarnos siempre de nuevo, en nombre del Pueblo entero, de cuyas rebeldías y propuestas siempre, siempre, hemos sido parte activa.



ADRIANA BALBUENA





## La Cafeté

Por el placer de encontrarnos, beber y comer;  
compartir saberes y sabores amasados  
con el trabajo colectivo y la alquimia culinaria.

ASCÁZUBI E2-48 Y 9 DE OCTUBRE, QUITO-ECUADOR  
LACASADEROSA@RISEUP.NET  
MARTES A VIERNES, 15h00 A 21h00

## agradecimientos

Esta revista no hubiera podido surgir sin la inteligencia, esfuerzo y compromiso colectivos de varias compañeras que en una apuesta consciente por la autonomía y autogestión política, apoyaron y contribuyeron a la producción de Flor del Guanto. Mujeres diversas y desiguales, negras, mestizas, lesbianas, heterosexuales, de clase media, empobrecidas intensamente por las políticas neoliberales, compartimos este esfuerzo de escritura.

Agradecemos y saludamos la participación de iniciativas y procesos organizativos de colectivos de fuera del país, igualmente autónomos, feministas y de izquierda, con los que vamos estableciendo alianzas.

Finalmente, queremos reconocer con alegría toda la contribución fundamental en el diseño de Patric Hollenstein, compañero del colectivo La Pepa, así como el trabajo de impresión autogestionaria de esta revista por parte de la Comuna Hormiga. Igualmente agradecemos las contribuciones gráficas de amigos y amigas que de manera generosa colaboraron con Flor del Guanto.

## Casa Feminista de Rosa



### Casa Feminista de Rosa

Ascázubi E2-48 y 9 de Octubre  
Quito-Ecuador  
lacasaderosa@riseup.net  
Abierta al público de  
martes a viernes, entre 15h00 y 21h00

ESTA REVISTA FUE IMPRESA POR EL COLECTIVO COMUNA HORMIGA  
CONTACTO +593 (0)96 001 997, +593 (0)96 333 376

ESTA REVISTA SE PUBLICA CON EL AUSPICIO DEL



Ministerio de Cultura  
del Ecuador

# NOLAPSUS

VIERNES  
22:00

RADIO LA LUNA  
99.3 FM

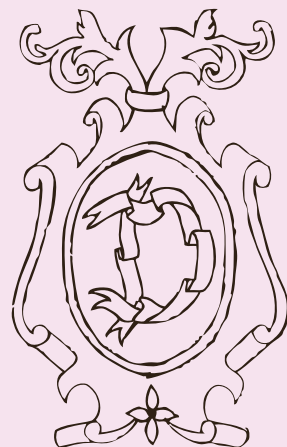
ALTERAMOS TU CONCIENCIA HABITUAL



<http://elchurocomunicacion.blogspot.com>  
[elchurocomunicacion@yahoo.com](mailto:elchurocomunicacion@yahoo.com)

## DIONISIOS

Cultura-Arte-Identidad



### La magia del Teatro Drag

Viernes y sábado, 21.00h

Enero 23, 24, 30, 31 **La telenovela de las chicas cocodrilo**  
Febrero 6, 7, 13, 14 **Hablemos si... da... el tiempo**  
Febrero 20, 21, 27, 28 **A la hora del té me tiene la zorra hinchada**

MANUEL LARREA N14-52, ENTRE RIOFRÍO Y CHECA  
QUITO-ECUADOR  
+593 (2)255 77 59  
BYROCORLEON@YAHOO.ES